

No 2
14-3276

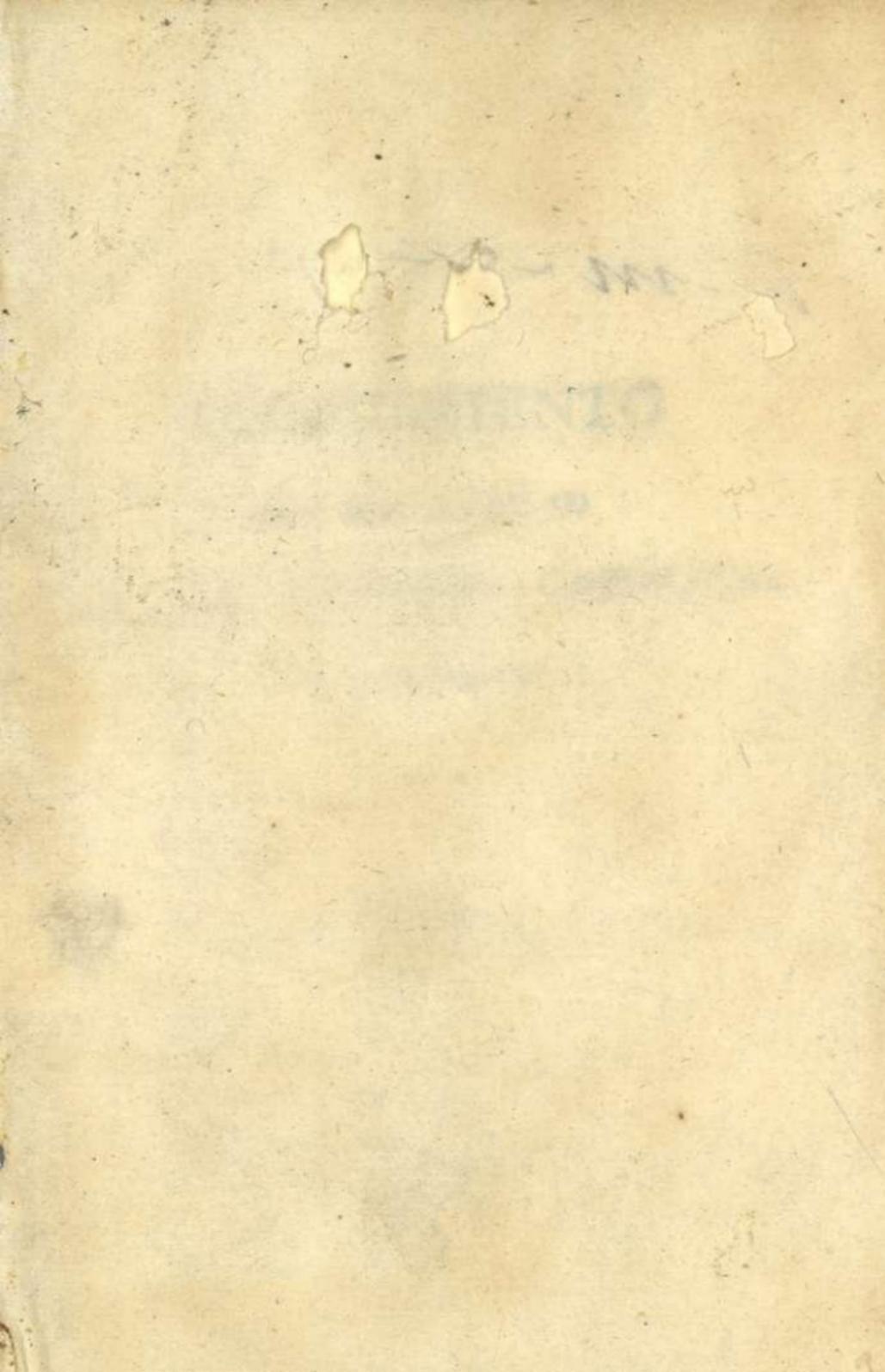


~~3m-7-6.~~

2741-5276

Biblioteca Universitaria	
GRANA	
Sala	C/
Estante	12
Tabla	
Número	140

B	REAL
Sala	B
F	22
Nº	619



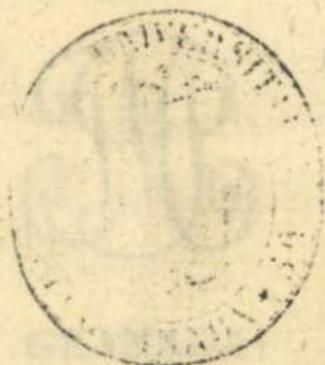
1-11-18

CONOCIMIENTO

DE LA VERDAD

DE LA RELIGION CATÓLICA.

TOMO PRIMERO.



CONOCIMIENTO

DE LA VERDAD

DE LA RELIGION CATOLICA.

TOMO PRIMERO.



R. 24898

CONOCIMIENTO

DE LA VERDAD

DE LA RELIGION CATÓLICA,

POR LA

EVIDENCIA DE SUS PRINCIPIOS.

OBRA COMPUESTA POR

*EL DOCTOR D. ANTONIO MARÍA HIDALGO
CANÓNIGO DE LA INSIGNE COLEGIATA
DEL SALVADOR DE GRANADA.*

TOMO PRIMERO.



GRANADA:

IMPRENTA DE D. JUAN MARÍA PUCHOL,
AÑO DE 1822.

CONOCIMIENTO
DE LA VERDAD
DE LA RELIGION CATOLICA,
POR LA
EVIDENCIA DE SUS PRINCIPIOS.

OBRA COMPUESTA POR
EL DOCTOR D. ANTONIO MARIA HIDALGO
CANONIGO DE LA IGLESIA CATEDRAL
DEL SALVADOR DE GRANADA.

TOMO PRIMERO.



GRANADA:

IMPRESA DE D. JUAN MARIA PUCHOL.
AÑO DE 1822.

UNIVERSITARIA

EL EDITOR.

La ignorancia de muchos acerca de los motivos de nuestra creencia; el prurito de disertar sobre puntos de la única y verdadera Religion, el extravío de las costumbres en consecuencia de estos principios; la consideracion de la poderosa influencia que tiene aquella en la felicidad de las naciones; la utilidad que atrae á la sociedad por el sostenimiento de ella en toda su pureza; la ilusion que produce la curiosa lectura de los libros impíos; la dificultad por lo general en el estudio de nuestros apo-

logistas, ya por la diversidad de idiomas en que están escritos, y ya por su difusion, ó demasiada concision, son otras tantas causas que me han determinado á dar á luz esta obra fruto de un ingenio español.

La sencillez de su estilo, lo riguroso de su crítica, la fuerza y energía de sus pruebas, la solidéz en la solucion de los argumentos, su amenidad y finalmente, su susceptibilidad, ó acomodamiento para la educacion pública y privada, me parece la hacen recomendable y acreedora al aprecio de los literatos, y de todo aquel que desee con ingenuidad conocer la verdad. = Vale. J. H. M.

AVISO AL LECTOR.

Lector amigo: si piensas en mi obra hallar alguna cosa nueva en la sustancia, no te molestes en leerla. Te aseguro (y si quieres lo conocerás) que no es un plagio; pero nada trato que no esté ya dicho de muchos siglos ha , y repetido muchísimas veces por plumas mejor cortadas que la mia. Desde que nuestra Religion nació , fué perpetua antagonista de las pasiones todas; por precision la habian de impugnar los esclavos de ellas; por eso de mucho tiempo ha , cuanto es posible decir en contra , se ha dicho; por la misma razon quanto hay en su favor está escrito mil veces. ¿ Mas por esto hemos de guardar un perpetuo silencio en esta materia ? Si los impíos de todos tiempos , en especial los de los nuestros , no le hubiesen dado mil formas á los mismos argumentos de que no fueron inventores; no tendríamos nosotros que variar los modos de alegar nuestras evidentes pruebas. La conducta de los impíos en esta parte , es un testimonio auténtico en nuestro favor; por-

que si estuviera destruido el valuarte de nuestra religion, ¿á qué diversificar de tantos modos los ataques? Disparate es poner baterias á una plaza derribada; mas ellos contradicen este hecho con sus palabras, se jactan de destructores de la religion; pero es para con los ignorantes; por eso han vulgarizado materias que solo entendian los literatos. Este modo capcioso es nuevo ¿será bueno callar nosotros reservándonos como si tuviésemos miedo ó vergüenza de salir al público? Nada ménos. Digamos las mismas cosas que otros han dicho aunque de distinto modo, y éste, acomodado á la capacidad del vulgo, para que si ellos procuran engañarle, estorvemos en lo posible los efectos; este es mi intento, no decir nada nuevo pero si de un modo nuevo.—Vale.

OBJETO Y PLAN DE LA OBRA.

¿Quien habrá tan poco amante de la verdadera creencia y sanas costumbres, que no se llene de amargura al considerar los progresos que hace la incredulidad en nuestros desgraciados dias? Nuestra península está llena de las fuentes de donde manan las pestíferas doctrinas. Los perniciosos libros que las vierten, andan en manos de los jóvenes; pues se tiene como parte de la fina ilustracion haber leído su contenido. Cuando el entendimiento no va guiado por buena crítica, está muy propenso á preocuparse, por huir de la preocupacion misma. Todo lo viejo por ser tal, antes de examinarse bien, alhaga ménos á la curiosa juventud, que la novedad;

y esta por sí misma inclina más al acenso, por llevar el carácter de la mal entendida ilustracion.

Bien han sabido los libertinos valerse de esta flaqueza del entendimiento humano para confirmar á los incautos en esta preocupacion, dando á sus doctrinas, muy viejas, y mil veces reprobadas, un aire de novedad que alucine. Pero no harian ellas tantas conquistas, si no se valiesen sus autores de otro defecto bien general. En semejantes materias la corrupcion del entendimiento supone regularmente la de la voluntad. De aqui es, que muchos jóvenes, siendo solo pecadores, vienen tal vez á ser impíos con su lectura. Ven doctrinas que alagan sus apetitos, y que les persuaden la impune satisfaccion de ellos. Observan reprobadas aquellas verdades, que, ó les contenian, ó les amargaban sus placeres. La antigua creencia, tal vez, les estimula y arguye: las nuevas doctrinas, de que jamas oyeron hablar en el tiempo de su educacion, los sorprenden: el modo de exponerlas los

embelesa: encuentran en ellas, sino satisfaccion á sus dudas y quietud en sus perplexidades, pretextos para despreciarlas. Se les ocurre como razon fuerte que sus padres y maestros les enseñaron lo contrario; su voluntad se siente en cierta manera como arraigada y detenida en la fe de sus mayores; pero reflexionan, que á estos sentimientos llaman sus encantadores libros preocupaciones; rutineros á los que creyeron como ellos: fatuos ó bribones á los que le predicaron cosas semejantes: espíritus reptiles y flacos, á los que no saben romper las cadenas, con que aprisionaron su entendimiento en el tiempo de su ignorante niñez: y almas grandes, y espíritus fuertes, á los que saben dejar las vulgares sendas para seguir la filosofía que ellos llaman verdadera.

Asi engañados, dudan con mas descaro, aunque no con ménos recelos. Hablan con sus amigos con tono de despreocupados: se comunican sus ideas: se confirman en sus errores: y sin formarse jamas un concertado

plan, aun teórico, de religion ni de moral, solo saben aunque mal, poner argumentos y dificultades contra la religion en que se educaron, y que jamas fondearon ni entendieron. Arguyen de estas tan sérias y sagradas materias delante de personas tan desprevenidas como ellos, y las escandalizan, si son piadosas; ó las seducen, tal vez, si no están bien afectas, entre aquellas no oyen respuesta á sus argumentos, y entre estas hallan aplausos. Todo lo atribuyen á la fuerza de sus argumentos; asi los juzgan indisolubles, y se preocupan mas: si alguno les hace frente con poca instruccion, es objeto de sus burlas y desprecios: y si con solidéz, se evaden temerosos, pero no convencidos, ni ménos orgullosos; y en todo caso confirmados en sus preocupaciones. La primera raiz de todo el mal es la ignorancia. Muchos hay de buen talento é instruccion en otras materias; pero en las de religion no saben mas que lo que aprendieron en las escuelas. Esta es la desgracia: en ellas

no se enseña otra cosa que un catecismo muy superficialmente entendido: despues se engolfan los jóvenes en otros estudios, contentándose con saber de religion, lo que aprendieron cuando niños; ni creen que haya mas que saber; y asi para ellos no hay otro motivo de su creencia, sino porque se lo enseñaron asi.

Si los jóvenes aprendiesen desde su niñez, despues de sabido un buen catecismo, los principios evidentes, en que estriba su creencia, y los incontrastables motivos, que inclinan al asenso de cualquier hombre que busca la verdad de buena fe, estarian muy bien prevenidos contra todas las acechanzas de la impiedad. Sabrian que su creencia no es vaga, infundada, ni estriba en preocupaciones: que si hay misterios que creer, á los que no alcanza nuestra corta comprension, los principios en que estriba su creencia ó por mejor decir, los que los hace creibles, son tan evidentes que no pueden ponerse en duda; y que es tal su enlace, que no puede dudarse de aque-

Nos que no alcanzamos, sin negarse tambien á la evidencia de los que percibimos.

Como oyen argumentos contra los misterios que la razon por sí sola no alcanza: y por otra parte jamas han oido las que en favor convencen ¿qué extraño será que el entendimiento vacile, si la voluntad no se hace mucha fuerza á creer lo que debe, sin saber por lo que cree?

Estas y otras consideraciones y sobre todo, la misma lamentable experiencia, persuaden la necesidad de que la juventud de ambos sexos reciba en su educacion, no solo los artículos de su creencia, sino tambien los conocimientos de los fundamentos que los hacen evidentemente creibles. De este modo, si despues oyeren las charlatanerías de algunos, sabrán á lo ménos atrincherarse en la evidencia de sus pruebas, de donde no le podrán sacar los mas capciosos sofismas; no se entiviará su fe: mirarán con horror los libros, que como un espeso humo esparcen las malas doctrinas para

ofuscar á los ignorantes; y si los leyesen, verán verificado todo lo que oyeron de ellos á sus maestros; pues nunca leerán una sola razon que hiera los sólidos principios, en que estriba, el admirable edificio de su religion.

Es verdad que hay algunos otros libros en nuestro idioma que tratan las dichas materias, pero no están en un método acomodado á la capacidad de los jóvenes. Se desea un libro en que se trate este tan importante asunto con claridad, brevedad posible, comprehension y concision, de tal modo que un niño, ya de alguna edad, despues de haber aprendido un catecismo, pueda tambien tomar una regular noticia de los motivos de su creencia, que le sirva como de un alarma para lo sucesivo, y de fundamento para si despues quisiese estudiar la materia mas á fondo, lo haga con discernimiento y provecho. No se limita mi objeto á sola la juventud; deseo que todas las personas de cualquier clase y edad estén instruidas en materias tan importantes: por esto tra-

to de reunir mis deseos acomodándome en lo posible á la capacidad de un niño, y dando mas estension á las ideas para aquellos que por su edad y otras circunstancias tengan mas ilustracion.

Bien conozco que el desempeño de este objeto es muy difícil, pero tambien es muy útil, yo entre la dificultad y la utilidad he estado vacilante mucho tiempo, por último me determiné persuadido á que el público á lo ménos conociendo mi buena voluntad disimularia los muchos defectos de la obra.

Sería inútil que yo quisiese poner á unos y otros en estado de poder arguir de religion con algun impío, ni capaces de enterarse á fondo en todos los errados sistemas de estos, en todos sus capciosos argumentos, ni de las astucias de que se valen para impugnar, lo que no pueden con la razon y la verdad. Esto necesita entendimientos mas ilustrados, juicios mas solidos, é instruccion mas profunda en esta clase de materias; pero

no me parece imposible disponer su instruccion de tal modo que á lo ménos comprehendan la evidencia de los fundamentos de la religion, los ponga en estado de discernir entre la verdad y falsedad, alarmándolos contra las imbasiones del error; pues estando ellos convencidos de la certidumbre de sus principios, tendrán por falso todo lo que juzguen se opone á su creencia.

La dificultad está en disponer las pruebas de modo que abracen toda la doctrina contra cualquier clase de libertinos; que ellos puedan entenderlas con la esplicacion del maestro, y aprender sin mucho trabajo las razones fundamentales.

Para esto me ha parecido lo mas conveniente dividir esta obrita en lecciones, que dá un maestro á su discípulo, disponiendo cada una en forma de catecismo, cuyas respuestas breves y claras, abracen la doctrina, que se dá con mas estension en la esplicacion; y para que las respuestas recaigan sobre la doctrina bien entendida, se pone, ántes del orden de pre-

guntas y respuestas, la esplicacion sobre el punto de la leccion. De este modo entendida la materia, podrá una persona de cualquier edad aprender en el orden de respuestas, una recopilacion de la doctrina, que vendrá á ser como una prueba epilogada del punto: y de la reunion de todas las lecciones resultará el orden de pruebas y fundamentos, con que se evidencia la credibilidad de nuestra religion. Todo el aparato de pruebas se reducirá á probar la revelacion; pues de este modo si simplifica mas el objeto, sin faltar en nada á su substancia; porque la prueba de esta verdad, no solo es contra los naturalistas, sino contra los ateistas, deistas pirrónicos é indiferentes; lo uno porque este es el punto de reunion de todos, y lo otro porque la revelacion enseña todas las verdades que ellos impugnan.

De este modo nos escusamos de pelear contra cada uno en particular; cosa que haria el asunto muy difuso y complicado.

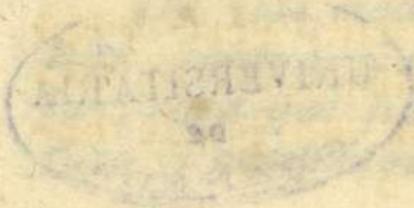
No se omitirán las ojecciones mas principales y genéricas, dando las respuestas con la posible claridad, á fin de que aparezca mejor la verdadera doctrina. Cuando se ofrezca referir alguna proposicion de algun libertino me contentaré con copiarla ó referirla sin el nombre del autor, porque mi intento es impugnar la doctrina de ellos, para lo que importa saber de quien es.

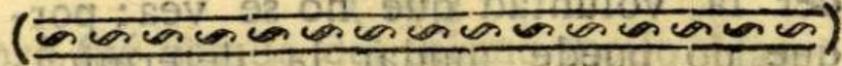
Ve aquí ya todo mi objeto, plan é intencion, si le realizo, á Dios sea dado el honor, alabanza y gloria.



No se agitan las ciencias mas
 principales y generales, dando las res-
 puestas con la posible brevedad, a fin
 que aparezca mejor la utilidad de
 ellas. Cuando se ofrecen varias
 una proposicion de algun asunto
 contentarse con copiarlo de algun
 sin el nombre del autor, porque en
 tanto es importante la doctrina de
 los, para lo que importa saber de
 ten. 22.

No debe ya todo mi objeto, que
 intencion, se le refiera a Dios, sin
 que el honor, alabanza y gloria





LECCION I.

Previa doctrina para el conocimiento de la evidencia de los principios de nuestra Religion.

El objeto de nuestro entendimiento es lo verdadero; y de tal modo se siente inclinado á lo que conoce como tal, que no puede menos de dar su íntimo asenso, sin que en esto tenga parte la voluntad. Esta potencia podrá seguir, ó no la verdad que el entendimiento conoce; mas como este llegue á persuadirse la verdad del objeto, no puede convencerse á que es falso, ni la voluntad podrá jamas mudar este íntimo convencimiento. El ojo v. g. es para ver; y asi como estando bien dispuesto el órgano, y habiendo luz, no puede ha-

cer la voluntad que no se vea; porque no puede mudar la determinacion de la potencia á su obgeto, lo mismo sucede con la verdad con respecto al entendimiento.

La voluntad podrá estorbar la vision quitando, interceptando la luz, ó no dirigiendo el órgano al obgeto; y este es tambien el modo con que puede estorbar el conocimiento de alguna verdad. La voluntad podrá hacer que el entendimiento no se aplique á ver la luz, que arroja de sí una verdad; mas si se le presenta, la conocerá segun los grados de luz que despida: asi como segun la mayor ó menor material luz, que refleja de un obgeto, hace que la vision sea mas ó ménos clara, y distinta.

Todo lo que es evidente es cierto; mas no todo lo que es cierto es evidente. La verdad de una cosa no depende de nuestro conocimiento ú opinion. Los hombres opinaron en otro tiempo diversamente sobre el peso del ayre: hoy no se duda; mas él siem-

pre fué pesado del mismo modo. Hasta cierto tiempo no se conoció la direccion del imán al norte: hoy es evidente; mas él, conocida ó no, siempre tuvo esta propiedad.

El ser una cosa verdadera consiste en que ella sea lo que es, porque de lo contrario sería y no sería: lo cual envuelve manifiesta contradiccion.

La verdad de una cosa puede constarnos de muchas maneras, y por motivos de distinto género. Cuando los motivos, de cualquier género que sean, nos persuaden v. g. á la existencia de una cosa; pero por otra parte hay otros, que nos persuadan á lo contrario; entónces el entendimiento, como si fuese atraido por dos iguales fuerzas; no se inclina mas bien al asenso que al disenso; y en este caso se dice que duda. Si los motivos le inclinan algo mas; pero esta mayor inclinacion no destruye enteramente el temor de que pueda ser verdad lo contrario, en este caso se dice que opina. De modo que, segun

sea la mayor fuerza del motivo, que incline al asenso, será mas probable la opinion, esto es, mas cerca del total convencimiento de la verdad. Mas si los motivos son tales que lleven tras sí al entendimiento; esto es, que lleguen á persuadirle de que la cosa es, y sin temor de que no sea, ella es ya evidente; y porque la verdad es tal que el entendimiento no duda, ni opina, y puede dar el asenso sin ningun temor de errar,

Tres géneros hay de verdades, que son segun el ser de las cosas: unas abstractas de la materia: otras sugetas á los sentidos: y otras que de su naturaleza lo están, pero por haber pasado no están ya sugetas á ellos. Tres medios correspondientes nos ha dado la naturaleza para hacernos ciertos de ellas: el sentido íntimo, los sentidos exteriores y los testimonios. A las verdades del primer género llamamos metafísicas; físicas á las del segundo, y morales á las del tercero. Si cualquier verdad segun su género, arroja, por decirlo asi, cierta

luz para que el entendimiento la vea con claridad, será evidente; porque manifestándosele así, le quita todo el temor de errar en el asenso.

De aquí nacen tres géneros de evidencia, metafísica, física y moral. Cuando nos vemos precisados á dar ó negar el asenso ó disenso, esto es, á sentir en nuestro interior esto es cierto, ó lo otro es falso por la conveniencia ó inconveniencia que tienen entre sí dos ideas, se llama evidencia metafísica como si digéramos v. g. $2 + 1 = 3$. Dos cosas iguales á otra tercera son iguales entre sí, y otras semejantes en las que el sentido íntimo ó razón conoce que, lo que afirma ó niega, no puede ser de otro modo.

La evidencia física se adquiere cuando nos vemos precisados á dar el asenso acerca de la existencia de una cosa en virtud de la clara percepción de ella por nuestros sanos sentidos. Que el sol existe: que tu estás sentado, son unas verdades físicamente evidentes.

La evidencia moral viene á resolverse ó terminar en la física, y tiene lugar en los hechos, dichos, ó sucesos, que fueron físicamente evidentes, y que no los podemos ya percibir por los sentidos, porque pasaron, pero que de tal modo están atestiguados, contestados, afirmados y certificados por los que los vieron, ó por monumentos que los indican, que el entendimiento se ve atraído en virtud de todas las circunstancias á dar el asenso: como si tratásemos de saber si hubo un hombre llamado Hernan Cortés, que conquistó á Méjico.

Una verdad en sí misma no tiene mas ni ménos comparada con la de otro género; porque ya he dicho que la verdad ó falsedad de una cosa consiste en que sea ó no sea; y en esto claro está que no puede haber mas ni ménos; pero si hablamos con respecto al conocimiento de ella; ó á sus caracteres para ser conocida, puede haber mas ó ménos hasta llegar á la evidencia: pero puesta ya

en este grado, tampoco admite mas, ni ménos; porque la evidencia no es otra cosa que la certidumbre de la verdad adquirida por la clara luz que ella despide al entendimiento segun su género, de tal modo que disipe todos los motivos de negar. Tan cierto es que los ángulos de un triángulo equilátero son iguales entre sí, como que existe el sol, como que Hernan-Cortés conquistó á Méjico: y teniendo cada una de estas verdades los motivos segun su naturaleza, para que el entendimiento la conozca con la posible claridad, serán unas tan evidentes como otras.

De las verdades hay unas que en sí mismas llevan tal claridad que el entendimiento no necesita mas que dirigirse á ellas para conocerlas: otras la tienen como envuelta, y necesita el entendimiento hacer cierto desenroyo para conocerla; mas no por esto pierden la evidencia; porque su verdad es demostrable por reduccion, ó deduccion á las verdades conocidas por sí mismas; de tal

modo que no pueda dudar que son bien deducidas de aquellas, y como que se envuelven en ellas.

Si yo te digo $20 \times 20 = 400$, ó que el cubo de 20 es 400, es una verdad evidente; pero demostrable por reduccion á principios por sí mismos conocidos.

Tampoco pierde la evidencia una verdad segun su género, porque alguno no la alcance, ó por falta de exámen, de exactitud en la demostracion, ó de aplicacion á ella, siempre que los motivos que la hagan conocer, sean de suyo capaces de presentarla con toda claridad al entendimiento. De aquello solo se inferirá que la verdad no es evidente para aquel ó aquellos sugetos; pero no que no lo sea de suyo. Porque un discípulo v. g. no comprenda una demostracion matemática algo complicada, no deja de ser evidente la verdad; porque ella en sí es demostrable, y la falta no está en la luz que despide la verdad, sino en la accidental mala disposicion de la potencia.

Dige que segun sea la luz que la verdad arroge al entendimiento, se va adquiriendo mas claro conocimiento de ella; y que esto puede ser hasta la evidencia en su respectivo género; de tal modo que no pueda negarse el asenso. En las verdades que no son por sí mismas evidentes, sinó que son demostrables, se va recibiendo este aumento al paso que se disminuyen los motivos racionales para el disenso.

Contraigámonos á la certeza moral. Oyes decir v. g. que en tiempos antiguos hubo un rey en Macedonia llamado Alejandro, que, teniendo un reino pequeño, salió de él para conquistar; y que con poca gente, y en poco tiempo, se le rindieron los reyes mas poderosos del mundo. No tiene duda que al oír un hecho tan maravilloso tu entendimiento, sin mas motivos que la relacion siente dificultad en asentir á creerle; porque sus circunstancias chocan: ademas que esto puede ser una fábula como otras infinitas, que nos cuen-

tan los libros de caballerías; pero como esta verdad se ha de refundir en la evidencia física, todo mi asunto para hacértela evidente debe reducirse á hacerte ver que lo han dicho los que lo vieron, y que estos testigos no son sospechosos por algun capítulo, y que el mismo dicho de aquellos ha pasado sin corrupcion á nosotros. En este caso sabemos lo que sucedió con la misma certeza de que es susceptible una verdad que ya no puede verse; pero ántes de esto es menester ir quitando al entendimiento todas las dificultades que le detienen para el asenso. Supongamos pues que no crees el referido hecho por mi relacion; pero si yo te digo que le creen todos, y que si quieres cerciorarte lo preguntes á cualquiera que haya leído alguna cosa, ya te sentirás con ménos dificultad; porque dirás: ¿es posible que todos crean unánimemente una mentira tan clásica? Todos habrán tenido la misma dificultad en creerle que yo; con que cuando lo creen habrán hallado el hecho verdadero

No obstante: tu entendimiento podrá decir: como ha tanto tiempo que pasó, y ni los que existen, ni sus abuelos lo pudieron ver, se creará porque así lo digeron, y pudo ser fábula en todo ó en parte, que por tan estendida la tengan todos por realidad. Pero si yo te añado, que estos y sus abuelos lo saben porque se lo enseñaron los mismos que lo vieron; ya tu entendimiento tendrá ménos dificultad en creerlo. Con todo: como el caso es extraordinario, no se rinde enteramente, y dice: que los que digeron que lo vieron pudieron mentir, contando á sus hijos portentos por entretenerlos ó por ostentar valor, si sirvieron en los egércitos del héroe. Mas, si yo te digo que son millares de hombres los que refieren la misma cosa como testigos de vista, y que estos no solo eran de los vencedores, sinó de los vencidos, y espectadores, ya tendreis ménos dificultad. Mas sin embargo; dirás: ¿y por donde sabemos que esos lo han dicho? Decir que es verdad, porque

lo aseguraron los que lo vieron, cuando con nosotros no pueden hablar, es no constarnos que lo digeron, aunque en realidad lo hubiesen dicho. Pero repara, diré yo, que los que nos lo dicen, ó lo vieron ó lo oyeron á los mismos que lo vieron. Instas diciendo que á nosotros nos lo aseguran los libros de historia; pero como nuestros historiadores copiaron lo que hallaron escrito en los mas antiguos, estos pudieron escribir la fábula ó adulterar el hecho, y tomarla estos de buena fe. Mas si añadido que tenemos los mismos originales, no de un autor solo á quien pudieran referirse, sinó de muchísimos de diversos paises, genios, intereses, amigos y enemigos, y aun de los mismos que intentaron con toda su fuerza ocultar la gloria del héroe: que muchos de ellos escribieron en el mismo tiempo que sucedió el hecho ó en los muy inmediatos, y que todos contestan una misma cosa; ya tu entendimiento se siente muchísimo ménos detenido en el disenso; por-

que al instante se te ocurrirá una razón muy obvia: si fuese posible que todos los escritores se hubiesen concertado á inventar ó adulterar el hecho, otros de aquel tiempo la hubieran refutado, ó á lo ménos los enemigos del héroe se hubieran alegrado en grande manera en descubrir la maraña, y no en confirmarla á pesar suyo; mucho mas cuando estos pudieron ser testigos de vista. Sobre todo, si te añado que este ha sido un hecho contestado por todos los siglos que han pasado de él á nosotros, y que en todos ellos se hallaron y hallan monumentos públicos que le verifican, creo que tu entendimiento no tendrá justa dificultad para el asenso. Solo podrá quedarte un escrúpulo, y es que todos estos testimonios al fin son de hombre falaz y engañoso por naturaleza; pero esto mismo da un motivo de credibilidad. Por lo mismo que el hombre es engañoso, limitado y falaz opina diversamente, y resultan de una misma cosa contrariedades: luego cuan-

do todos están contestes en una misma cosa, es señal fija de que ninguno la ha podido negar, dudar, ni tergiversar ; y de donde puede provenir esto, sinó de la evidencia de la verdad ? Los hombres de todo dudan ú opinan, ménos de lo que no pueden por ser evidente: conque si del dicho suceso v. g. nadie duda, ni en él hay opinion, sin duda lo es. Luego que hayas hecho esta reflexion, tu entendimiento no halla motivo alguno para no dar el asenso: ya se halla tan atraído de la verdad que no puede detenerse sin negarse á su conciencia, y entónces ha adquirido el completo conocimiento de que es capaz esta verdad.

Ademas: si la referida objecion fuese razon bastante para pribar de la evidencia á una verdad moral, nada sería evidente, ni física, ni metafísicamente. La evidencia física se funda en el testimonio de los sentidos: estos son falaces y muchas veces nos engañan: si meto una vara en el agua, la veo torcida: si giro en cír-

culo con violencia un ascua, veo un ascua circular, ó un círculo de lumbré. En el género metafísico lo mismo; porque ¿cuantas veces nos engaña nuestra razón? ¿cuantas veces concebimos conveniencia entre dos ideas, que no la tienen? No obstante que todos asienten á esto; nadie, ni aun los mismos pirrónicos, niegan absolutamente los dichos géneros de evidencia. A un hombre puede engañarle su sentido ó razón; pero no á muchísimos: puede ser engañado alguna vez, ó en tales circunstancias, pero en todas, y continuamente es imposible; porque son reglas fijas y ciertas, que ha puesto la naturaleza para hacernos ciertos de las cosas.

Ahora bien: ¿dicha verdad moral v. g. dejará de ser evidente ó porque algunos digan que no la creen contra el testimonio de su misma conciencia, ó porque no alcanzan la demostración, ó porque no se apliquen á ella? No: porque arroja de sí tales motivos, que la hacen clara y manifiesta á cualquier hombre de bue-

na fe y sensato: así como no pierden la evidencia estas verdades: hay sol: los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos rectos ó porque á uno ó muchos les de gana de negarlo, ó porque no tengan ojos, ó porque no entiendan la demostracion geométrica; porque ellas siempre son claras y demostrables; la una á los sentidos, y la otra á la razon que la contemple.

Con que los dichos motivos obligarán á que creas v. g. la verdad del egemplo propuesto, como evidente. Ya creida con esta certeza, supón tú que te dice uno que ese hecho es imposible, porque Alejandro, segun dicen, era pequeño de cuerpo: que se embriagaba, que su tropa era poco numerosa con respecto á la de sus enemigos; que Darío y Poro á quienes se dice venció, eran poderosísimos: que los griegos á los que sugató eran amantísimos de su libertad, y muy valerosos: que apenas tuvo tiempo para andar las tierras que se asegura conquistó, mucho ménos pa-

ra sugetarlas; con otras muchas cosas semejantes, que exageren la dificultad: y de aqui infera que es falso que hubiese tal conquistador. A este tal le dirias: todo eso será como quiera, y hará tal vez el hecho mas extraordinario; pero como yo sé que es cierto, no debo inferir por eso que es falso, sino que el hecho es grande y extraordinario. Si te replicase: yo no puedo concebir como aquel gran Darío fuese vencido, y presa su familia defendida con el mayor esfuerzo de todo el poder pérsico: le dirias tú: está bien que no se conciba el como: pero es cierto que asi fué. Mientras vm. no me ponga testigos que desdigan el hecho, de igual peso que los que lo afirman, y que sean testigos de vista, no deroga vm. nada de mi certidumbre. Y si le oyese decir abiertamente que concede el hecho; pero que sino le esplican el modo hasta quedar completamente satisfecho, no lo cree, dirás, y con razon, que este es un mentecato, pues cerraba los

ojos á la evidencia, y la buscaba en
 donde no puede haberla.
 29 Pues hijo en este caso estamos, y
 aun con mejores circunstancias á nues-
 tro favor en orden á las verdades
 de la religion. Ella se funda en he-
 chos publicísimos, contestados por mi-
 llares, por pueblos y naciones ente-
 ras, jamás contradichos por ninguno
 de los infinitos enemigos de ella: re-
 feridos por autores fidedignos, y
 contemporáneos, por centenares de
 testigos oculares, por millares de per-
 sonas que por no quererse persuadir
 ligeramente, procuraron investigar la
 verdad con intento de impugnarla,
 y la hallaron incontrastable, quedán-
 do tambien convencidos á toda su
 satisfaccion: por públicos tribunales,
 por testimonios auténticos: por mo-
 numentos públicos y constantes: por
 muchísimos testigos que unánimemente
 lo firmaron con su sangre dando tes-
 timonio de la verdad. Consta tam-
 bien de libros genuinos de autores
 contemporáneos tanto amigos como
 enemigos, no impugnados de falsos,

antes bien contestados, por los que habian visto y oido los que ellos refieren.

Ademas hechos y dichos pronosticados detalladamente por hombres de toda probidad, recibidos como verdaderas profecías de este hecho por una nacion entera y muy numerosa en la sucesion de muchos siglos, guardadas religiosamente, y autorizadas con portentos que de ningun modo pudieron ser humanos, ni supuestos; porque se ejecutaron á presencia de una nacion no facil en creer; antes tachada evidentemente de incrédula. En fin todos estos fundamentos son para confirmar una doctrina conexa, santa y la mas concerniente á la razon, enseñada y ejecutada por personas de una santidad admirable, ajenas de toda hipocresía y filosófico orgullo. Ella sí enseña cosas admirables, muy obscuras, y sobrenaturales; pero siendo ciertos estos datos; qué fuerza deberán hacer los argumentos que digan; esto ó lo otro no lo alcanzo: aquello

un misterio, luego todo es falso? No lo puedo explicar de un modo que me sea evidente, luego no debo creerlo. ¿No será un insensato el que arguyese así desentendiéndose de los testimonios arriba dichos? Pues este es el caso en que nos hallamos con los incrédulos. La dificultad podrá estar en haber ver que lo alegado es efectivamente así: esto es, que hay efectivamente todos los motivos referidos para creer la verdad de la revelacion. Esto mismo te iré demostrando en las lecciones siguientes.

Veamos antes si has entendido bien la doctrina de esta.

PREGUNTAS.

M. ¿A qué juzgas se dirige la doctrina de la leccion primera.

D. A darme á entender la evidencia de que son capaces los principios de nuestra religion.

M. ¿De qué evidencia son capaces?

D. De la moral.

M. ¿Por qué no son de metafísica ó física.

D. Porque no se trata de verdades abstractas, sino de hechos, dichos y sucesos que ya pasaron.

M. ¿Son verdaderos?

D. Sí, y porque fueron efectivamente.

M. ¿Son evidentes?

D. Sí, porque se presenta con claridad su verdad por motivos capaces de hacernos ciertos de su existencia.

M. ¿Cuales son estos?

D. La publicidad de ellos.

M. ¿Por donde nos consta esa?

D. De la unánime contestacion de millares que asi lo aseguran, por no haber sido refutados por ningún contemporáneo, y por el testimonio de los que los averiguaron de intento.

M. ¿Hay algunos otros documentos?

D. Sí, hay públicos y auténticos monumentos, y el de los mismos enemigos que no los niegan.

M. ¿De los dichos tres géneros de evidencia, y de las verdades á que corresponden, cual es la mayor?

D. Ninguna; porque, asi como la

verdad consiste en que la cosa esa, la evidencia consiste en que sea clara.

M. ¿ En qué consiste esa claridad?

D. En que quite todo motivo prudente para suspender el asenso de un hombre sensato y de buena fe, si aplica su razon á conocerla.

M. Dices bien: esto vamos á ver en las lecciones siguientes. Yo te presentaré un hecho portentoso, difícil de creerse atendiendo solamente á su simple relacion, mas yo iré quitando todas las dificultades á tu entendimiento, de modo que no quede motivo para suspender el asenso á su verdad. A este efecto prepararé tu mente con el ejemplo de Alejandro: pero antes quiero darte una leccion muy importante.

D. Si hay públicos y auténticos monumentos, y el de los mismos emperadores que no los niegan.
M. De los dichos tres géneros de evidencia, y de las verdades á que corresponden, cual es la mayor?
D. Ninguna; porque, así como la

LECCION II.

De las diferentes clases de impíos, de sus doctrinas, modo de tratarlas é impugnar las nuestras: de lo cual aparece un fuerte argumento contra los que se apartan de nuestra religion por las doctrinas de los libertinos.

Vamos á empezar, amado discípulo, nuestras importantes lecciones, en las que verás los firmes fundamentos, que deben determinar á creer los misterios de nuestra santa Religion. Pero antes que entremos en las pruebas positivas, me parece muy oportuno darte un alarma contra los incrédulos:

No queráis creer, dice el Espíritu Santo, á todo espíritu. J. C. y S. Pablo nos dan dos señales para discernir la buena doctrina de la mala. Por la misma doctrina conoceréis si es de Dios. Por sus frutos dice J. C. los conoceréis. Veamos pues la doc-

trina y frutos de los libertinos, para saber si en ella misma encontramos los chocantes caracteres del espíritu del error y la mentira.

A cuatro clases podemos reducir la numerable turba de libertinos; ateistas, deistas, naturalistas y ecépticos ó indiferentes. Ninguno de estos admite nuestra religion revelada; y por diversos rumbos se reúnen solo en la impiedad.

Los ateistas niegan la existencia del Supremo Ser, que llamamos Dios: por lo tanto tambien de todo ente espiritual; mas como, á pesar de ellos, el Universo, y cada una de sus partes publican un principio del que hayan tenido el ser, deben explicar de algun modo el porque son todas las cosas, de cuya existencia no es posible dudar. Para esto inventan doctrinas, cuya sola manifestacion choca y repugna á la razon, y aun en estos puntos tan sustanciales se dividen entre sí; porque las consecuencias de un principio errado no son regularmente acordes: el camino de

la verdad es uno, y el que de él se aparta ha de vagar por trochas, que conducen precisamente al error.

Si se habla en el orden físico dan por causa de todo al hado (voz que nada significa) ó una sucesion infinita de causas, que, á manera de una circular cadena, unas dependan de otras, sin ser ninguna primera.

Como no admiten principio inteligente, nada hay que, segun ellos, no suceda por necesidad; y como tampoco hay ningun ser espiritual, todo cuanto existe es materia. No habiendo quien haya dado el orden y disposicion que observamos á las cosas, no puede haber fin ninguno en él: de consiguiente todo es por acaso. Por la casual combinacion de la materia se hicieron los cielos y la tierra con sus concertados movimientos: y la admirable armonía del Universo, con todas las encantadoras maravillas, que le adornan no son hechas por una potencia inteligente y sábia, sino que son efecto de que, habiéndose combinado la materia con su confuso mo-

vimiento, ya de esta, ya de aquella manera, vino por último á formar la combinación que advertimos tan casualmente como pudo formarse otra.

Por tanto no hay (mas substancia existente ni posible que la materia, y todo lo demás es un modo ó diversa combinación de ella. De consiguiente el hombre, el árbol, la piedra, y el bruto no se distinguen substancialmente. Estas consecuencias son de ellos tan concedidas, segun los principios de su doctrina, que no tienen rubor en confesar que las admirables obras del arte, todas las producciones, inventos, é investigaciones del entendimiento humano, jamas vistas en el bruto, son efectos de una *física sensibilidad*, y que si el bruto no las ha hecho, y si el hombre es solo porque este tiene *manos con dedos, goza de vida mas larga y habla.*

La libertad para ellos una vozibaga; pues todas las obras del hombre *deben ser efectos próximos, ó ne*

esarias consecuencias de las impresiones, que causan los objetos que nos rodean.

De estos principios en el orden físico, veamos la doctrina, que se va infiriendo en el moral. El hombre como que no es libre, está precisado á seguir el impulso de sus apetitos, tan ciegamente como el bruto *de quien se distingue en muy poco*, como que son propensiones de su naturaleza, que no puede evitar, y efectos de la *física sensibilidad*. Por tanto las leyes naturales, que le prohíben seguirlos, son *ilusiones de los hombres, ó invento de ellos*, pues *no hay mas ley natural que lo que exige la misma materia.*

Por tanto el pudor es, segun ellos, un invento del esquisito deleyte, y el culto de Venus es un arte digno de admiracion para alivio de nuestras tristezas.

Segun las dichas doctrinas no hay oficios mutuos entre los hombres; y asi la base del derecho, y de la Etica es el amor propio, y los motores.

de todo el orbe moral deben ser el dolor y el deleyte. De consiguiente la utilidad propia de cada individuo es la regla de las humanas acciones.

Como todo esto tiene su principio en la sensibilidad física, en la que convenimos con los brutos: y que no hay en nosotros otra mayor, de aquí nacen el deleyte y el dolor, úni-co bien y mal de que somos capaces, seremos tan capaces de ley como ellos: y en efecto es consecuencia necesaria lo que ellos conceden: que las leyes son inventos de los hombres poderosos para exitar el miedo. Y la verdad no discorda esta consecuencia; porque lo mismo hacemos con los brutos cuando queremos que nos obedezcan; exitarles por la física sensibilidad el dolor y el miedo.

Mira ya en breves principios á donde vamos á parar con todo. El mas fuerte está autorizado por la naturaleza contra el mas flaco: si este posee una cosa, y aquel la apeteció, tiene derecho para privarle de ella: si le incomoda su existencia no hay

inconveniente en quitarle la vida; porque el apetito, que es la ley, así lo exige. Ve aquí ya un trastorno general en todas las cosas. ¿Te admiras? Pues si son verdaderos aquellos principios, no hay remedio, es menester venir á parar en estas consecuencias; y aunque las leyes penales puestas por los poderosos sean capaces de contener, como contienen los palos al bruto, eso quiere decir que si pueden evadirse, la accion no tiene ya ningun inconveniente, y en todo caso queda libre el deseo; pues ni este, ni la accion misma son justas, ni injustas. No se horrorizan ellos de estas consecuencias, y en esto está la mayor prueba de que se infieren de sus principios.

Nuestros libros santos, que ellos no admiten, nos dan la verdadera idea de semejantes monstruos, cuando dice David: dijo el necio en su corazon: no hay Dios: estos están corrompidos, y se han hecho abominables en sus estudios: no hay uno siquiera que obre bien.

Estos son los ateistas. Veamos si la doctrina de los deistas no es tan repugnante. Estas dos clases de impíos se dan mucho á la mano. Es verdad que admiten la existencia del supremo Ser; pero le imaginan un Dios ocioso, que contento con gozar de sus perfecciones, no cuida de las cosas humanas. *Crió el mundo, ó fué abeterno, y le deja correr á fuerza de aquel primer impulso, que dió á la materia sin cuidarse de mas.*

» Dios, dice uno de estos libertinos, tanto en el universo moral, como en el físico ha puesto un solo principio de todo lo que ha sido: lo que es y será no es otra cosa que un desarrollo necesario. El dijo á la materia: yo te doy una virtud: al momento los elementos sujetos á las leyes del movimiento, pero errantes y confusos en los espacios, formaron innumerables monstruosas uniones, y han producido mil diversos caos, hasta que equilibrándose, formaron el orden, que se cree tiene el mundo.

Conducido otro en fuerza de la

demostracion á confesar la existencia de un Dios, dice despues, *que no sabe no obstante, si este mundo es criado ó eterno, ni si hay un principio ó muchos.*

Uno de los principios en que estriba la doctrina de estos es que *Dios es suficiente á sí mismo.* Esto es cierto; porque ¿quién podrá decir que Dios necesita de algo? Pero está muy mal aplicado segun su sistema, como verás por las consecuencias. Supone que el haber providencia es injurioso al Ser Supremo, como si se siguiese que necesita de algo cuando de ello cuida.

Tratando del hombre sientan *que solo puede gozar en esta vida.* Claro está que esta proposicion es consecuencia del sistema: pero veamos á donde conducen una y otra. » Si Dios se basta á sí mismo, dice uno, ningún cuidado tiene de las acciones de los hombres. El no recibe ofensa alguna de ellos. No puede embidiar ninguna cosa buena de ellos, y mucho menos castigarlos porque las gozen: por tanto, son muy prudentes

los que ponen todo su cuidado en gozar de los bienes de esta vida, sin pena alguna, ni temor de ser castigados. El gozar de cualquier clase de placeres ni deshonra, ni honra á la divinidad.

Estas consecuencias disuenan; pero son concedidas por ellos en los mismos términos, como inmediatas ilaciones de su sistema. Ve aqui como venimos á parar en lo mismo que antes te dije. Porque si tanto en el órden moral, como en el físico todo se hace en virtud de aquel impulso, que Dios dió á la materia; si Dios en nada se mete ni gobierna: y si el hombre no existe, sino para gozar de sus placeres impunemente: la virtud, el vicio, las leyes, honestidad, honor, pecado, culto, deberes, sociedad, &c. son voces vacias que nada significan. De consiguiente el amor propio de cada uno es la necesaria regla de su obrar, como en el bruto.

Semejantes monstruosidades y las consecuencias de ellas, horrorizan aun

á los mismos naturalistas, por tanto admiten un sistema que parezca menos ehocante, y que conduzca al mismo fin con mejores apariencias. » Dios cuida, dicen, de las cosas, que crió, las conserva, y dió leyes á las criaturas racionales para que se gobernasen segun ellas, y obrasen de este modo su felicidad;” pero desechan la revelacion diciendo: » que es suficiente para todo la ley natural: dicen que aunque la divinidad se basta á sí misma, quiso criar entes que le glorificasen, dándoles leyes segun cuyo cumplimiento recibiesen premio ó castigo: que les manifestó el modo con que queria ser servida: que no puede mirar con indiferencia la ovedien-
cia ó desobediencia en esta parte: y que por ser celoso de su gloria se ve impelida á premiar y castigar.”

Estos filósofos hablan con entusiasmo de la divinidad, de su Bondad y Misericordia: exageran pomposamente la ley natural: y tambien hablan mucho de virtud, honestidad, sagrados vínculos y todo con aire magestuoso.

Hasta aquí parece que vamos bien; pero sin tacharlos ahora el no admitir la revelacion, veamos á donde conducen tan hermosos aparatos, y advertirás que incurren en el mismo caos que los anteriores.

La pena que estos presumen contra los transgresores es solo „el dolor que nace de la perturbacion del orden que la criatura se causó con ella; mas no pena alguna que Dios le cause; pero, si (continua uno) es causada por Dios, no puede ser, sino para volver á la criatura á la felicidad::: pues en él hay siempre una voluntad constante y necesaria de la beatitud de las criaturas.“

En este sentido hablan de las penas de la otra vida, para quitar todo el horror, que pueden causar las eternas penas, con que, segun nuestra religion, son castigados los malvados, asegurando que no obstante sus crímenes, al fin, despues de alguna pena han de ser felices. En esto viene á parar el hablar con tanta energia de la Eterna bondad é infinita

misericordia del Ser Supremo.

Todo el hermoso aparato, con que exageran la religion natural y la ley de la razon, termina á desechar como inútil é injuriosa al Ser Supremo toda ley positiva, y la religion revelada. » ¿Tendremos, dice uno, atrevimiento en nuestras déviles cabezas para añadir nuestros decretos á sus inmortales leyes::: ? ¿ y será razon que, como si fuéramos dioses, demos nuestras órdenes á la tierra ?

De este modo todo lo traen al tribunal de la razon natural, y sientan por máxima que » un hombre de buen juicio no debe creer lo que no comprehende.

Los primeros principios de la ley natural son generalmente conocidos de todos; mas los secundarios, no lo son tanto; porque como son consecuencias, que se sacan de los primarios, no todos deducen de un mismo modo. Mas: como para obrar se necesita la aplicacion de la ley general á los casos particulares, cabe mucho error en esta aplicacion. Así

se ve que cada uno en los casos, que litiga alega razon á su favor, no pudiendo verdaderamente tenerla, sino uno de los dos. Tambien la experiencia ha acreditado que la ofuscacion del humano entendimiento ha llegado á adoptar máximas contra los mismos naturales principios, teniéndolas como consecuencias de la misma ley natural: asi sucede á los idólatras. Ademas; que en la dicha aplicacion cabe mucha advitriedad maliciosa; porque como la ley no fuerza físicamente á obrar segun ella; y la natural no tiene fuerza coactiva extrínseca, cada uno, aunque conozca que no tiene razon para obrar de tal ó tal modo, puede alegar y porfiar, aunque mienta, que tiene de su parte la razon: en este caso nadie podrá hacerle confesar lo contrario, si no quiere.

De todas estas malas aplicaciones son causa nuestras pasiones, que dirigidas por el amor propio, á cada uno aparenta razon para seguir sus gustos y apetitos. No habiendo

ley positiva, que interprete la de la razon, y obligue tambien exteriormente, resulta que el intérprete de la ley para nuestro obrar en los casos particulares, y quien determine el general principio, podrá ser la passion ó la voluntad de cada uno. Con que cada individuo queda autorizado por sí mismo para decir que obra con razon, obrando como quiera. Luego esta doctrina viene á reducirse á que el amor propio de cada uno es la verdadera ley, que rija sus acciones bajo el especioso nombre de razon y ley natural.

Veamos ahora si yo he inferido mal. La ley natural dicta, como los mismos naturalistas confiesan, que Dios se ha de adorar; mas no consta de este principio como ha de ser adorado, y de aqui cada uno inferirá lo que quiera. El pagano, el Moro, el Judío, el Cristiano y el Católico aseguran (no obstante la diversidad de su culto) y podrán asegurar que le honran debidamente; y segun los principios de los dichos filósofos

es menester confesarlo: así es que lo conceden, y aseguran que cualquier religion se da á Dios el debido culto.

Con que sacamos por consecuencia que con cualquier accion obramos bien, con tal que nos parezca que obramos con razon; y que si obramos contra el testimonio de nuestra conciencia, no hay que temer por esto que hemos de perder nuestra felicidad; pues la pena temporal que tendremos será solo el sentimiento de haber obrado mal. Las leyes positivas son inútiles é injuriosas al Ser Supremo; porque él ha dado la razon sola para todo. De consiguiente no obligan. Estas reglan los derechos y mutuas obligaciones en las sociedades: con que nada importa quebrantarlas y trastornar todos los respetos por sostener cada uno su egoismo con la capa ó presuncion de razon. Ve aqui como por otro camino, los naturalistas llevan al mismo término que los demas; solo que doran la senda para que no parezca tan insensata. ¿Y qué diremos de los pirróni-

eos? é indiferentes lo mismo; pero toman otro rumbo. Aquellos por fin tienen algun sistema; mas el de estos es no tener ninguno. Ponen en exámen todas las religiones y los pareceres de todos: aglomeran dificultades por todas partes, y dando á todas el caracter de insuperables, infieren por máxima que un hombre sensato debe dudar de todo, cuando su razon no encuentra en donde sentar el pie. Con que estos ni tienen ley ni religion, ó su misma voluntad es su ley y regla de sus acciones.

De todo esto aparece que el fin de los autores de semejantes doctrinas es, constituir al hombre por diversos rumbos en manos de sus apetitos impunemente: quitarle todo temor y freno para que tenga toda su felicidad en gozar de sus placeres; mas como para esto es menester desorganizar el Universo físico y moral, y trastornar todas las ideas, sin que choque á primera vista una revolucion tan general, toman todas las medidas, y se valen de todos los ad-

vitrios, que ha podido sugerir el espíritu del error. Los que leen sus doctrinas con inteligencia conocen esto; mas los ignorantes y perdidos suelen quedar presos en los lazos que arman.

Los dichos libros, principalmente los de los últimos, son como los lugares de donde los impios y libertinos sus secuaces, sacan todos sus argumentos para ostentar erudición despreocupada, impugnando la religion, sin formarse, ni poderse formar un sistema, ni bueno ni malo y la razon es por lo que voy á decirte, y te servirá para conocer otro caracter de estos autores, el cual es tan propio de la falsedad, que, conociéndole, no puede arguirse de buena su causa.

Si lees los mas de los libros dichos con reflexion no sabrás que juicio formar del sistema del autor. Unas veces te parecerá católico, otras materialista, otras deista, naturalista otras, y muchas pirrónico ó indiferente. Oye estas expresiones de uno muy famoso. „Os

confieso , dice , que la magestad de las escrituras me deja pasmado , y que la santidad del evangelio habla á mi corazon::: ¿ como es posible que un libro tan sublime y tan sencillo sea obra de los hombres ? ¿ se podrá creer que el sugeto , cuya vida se refiere no sea mas que hombre ? Tiene el Evangelio un caracter de verdad tan grande , tan evidente , tan inimitable , que seria el inventor (si fuese invento de hombres) todavia mas pasmoso que el heroe (cuya vida y muerte se refiere)::: á la verdad si la vida y muerte de Sócrates es de un sábio , la vida y muerte de J. C. son de un Dios. ¿ Quién no dirá que estas espresiones , y otras que omito , no son católicas ? Pues oye otras del mismo. » El Evangelio está lleno de cosas increíbles , de cosas , que repugnan á la razon y que no puede conocer un hombre de juicio. « Aqui ya aparece un deista ó ecéptico.

Este mismo exalta la razon natural hasta ser la regla única de su creer y obrar. En esto parece un natu-

realista; mas cuando dice: „demasiadas veces nos engaña la razon; y asi tenemos adquirido derechos para recusarla“ manifiesta ser un ateista: y cuando esclama: „Ser de los Seres el mejor uso de mi razon es anonadarse en tu presencia:“ parece de hombre de una fe contemplativa.

El mismo dice: „Yo creo que el mundo está gobernado por una voluntad sábia.“ Esta protestacion á lo menos es de un deista; mas cuando dice: „yo no se si hay un principio ó muchos; parece un ateista ó maniqueo.

El mismo en otra parte, aunque no se atreve á negar enteramente la creacion, se ostenta como perplexo diciendo: „los hombres de todas las edades, que han meditado la creacion combienen en que es imposible, á ecepcion de algunos que sugetan la razon á la autoridad.“ Ve aqui un materialista embustero, falsario y capcioso. Mas óyelo en otra parte hablando de Dios. „Lo que importa saber es que es el ádvitro de los sucesos de

los mortales::: que nos manda ser justos y amarnos mutuamente, y que despues de esta vida hay otra, en la que el Ente Supremo castigará á los malos con suplicios y premiará á los buenos." Aqui tenemos espresiones católicas con sentido de un mero naturalista; porque él jamas siente como nosotros.

Si hubiera de referirte todas las semejantes proposiciones que están sembradas en sus impías obras, me dilatara demasiado; porque son muchas, no solo en este autor sino en todos los de su clase; no obstante para hacerte esto mas evidente solo te referiré algunos pasages de otros.

Uno de ellos, y muy famoso elevando la religion natural á lo summo, parece que admite un Dios legislador y criador, la existencia de los espíritus, y en fin alguna religion; pero á este mismo se le oye decir, que "para él la voz Dios nada significa::: que el órden admirable del universo no tiene mas principio que el acaso::: el alma no es mas que parte de la ma-

teria pensadora:“ y otra infinidad de cosas que son como principios de sistemas contradictorios.

Oye de otro Corifeo de la impiedad algunas proposiciones sistemáticas con que mancha algunas de sus páginas. »Nada es menos de temerse en el mundo que el ateismo::: todo es incierto en el mundo::: no me determino á creer una opinion mas bien que otra sino concurren señales extraordinarias::: Dios jamas hace cosas extraordinarias para manifestar lo futuro::: la opinion sola es la que hace el carácter de la verdad::: la verdad real no tiene jurisdiccion sobre nosotros::: toda ignorancia de buena fe disculpa enteramente cualquier error, y asi la conciencia de un pagano le obligará á honrar sus dioses::: la autoridad de Dios es soberana; porque él no puede engañarse, ni engañarnos::: vale mas callar y creer la revelacion, sin razon alguna que alegar razones que no se puedan refutar::: todos los teólogos de cualquier partido que sean bienen á prestar home-

nage (de todo esto habla de los misterios) á los pies del trono de la razon::: que juzga sin apelacion::: no hay cosa mejor que sostener la religion de sus mayores y profesarla::: los hombres no son conducidos á la verdadera religion ni por la via del exámen, ni por la de la autoridad; sino por la educacion unos, y otros por la gracia augustiniana::: los misterios de la religion repugnan á la razon."

Mira que miscelánea de doctrinas. No pienses que son solas estas las que hay en las diversas obras del autor, omito otras muchísimas de la misma naturaleza. Ellos hablan como les acomodó en cada circunstancia; como el objeto era impugnar la religion en esto siguen su plan, en lo demas les importaba poco decir cualquier cosa. Si mezclan algunas proposiciones católicas, es para distraer, alucinar y engañar al lector con una falsa piedad.

Ahora bien: ¿qué extraño será que los desgraciados jóyenes, que se lle-

nan la cabeza de la lectura de estos libros se hagan un lio, que jamas puedan desenvolver? Solo adelantarán una cosa, y es: mirar con tivieza ó tal vez con horror, la religion en que se han criado: vivir y obrar del modo mas análogo á sus pasiones, y lo demas que sea como fuere.

Al oir mi esplicacion te tendrá perplejo una dificultad bien obia. Si semejantes autores son instruidos ¿cómo no advirtieron estas contradicciones? Y si no lo son ¿cómo persuaden á tantos? Pero te admirarás mas si te digo que muchos de ellos eran hombres instruidos; y que sin embargo no hallarás una razon convincente en prueba de los dichos sistemas; porque no la hay: así su intento es mas bien disuadir que persuadir. Todos sus aparatos son tela de araña para coger incautas moscas; y todas las pruebas consisten en marañas retóricas. Los preocupados é ignorantes se alucinan con bellezas, trogos, figuras, buen language, apodos,

sátiras, chistes, historias é invectivas y no caen en desnudar de todos estos adornos sus argumentos. El que sabe desnudarlos encuentra cosas muy pueriles, y ridículas, y solo ve una lógica muy capciosa. Por eso tratan así las materias; porque si desembozasen el error ¿quien le habia de seguir? Con que ellos conocian muy bien la falsedad, cuando procuran disfrazarla. Cuando no hay razones para un mal pleito se mete, como suele decirse, á voces, y los diestros jugadores de manos hablan y accionan mucho para que, distraidos los espectadores, no adviertan la maña.

25 Pero ¿es posible, dirás, que sean engañados algunos hombres de buen juicio, con semejantes fruslerias? Que lo sea un ignorante, baya; pero ¿cuantos que no lo son siguen sus doctrinas? Es pues preciso que ellos aleguen algunas muy convincentes razones. Yo te aseguro que á ningun hombre instruido á fondo en la religion engañarán; pero esos hombres hábiles, que los siguen, lo son en

otras materias; mas en las de religion y las que están con ellas conexas, no lo son. Mira: uno de los que quiso dar al ateismo la última mano compuso un libro á estilo matemático. Pone sus definiciones, axiomas, proposiciones, &c. sienta sus principios, y forma lo que él llama demostraciones. ¿Quién al oír que N demostró matemáticamente el ateismo no quedará sorprendido? Si le toma en las manos, y preocupado, aunque sea solo por inadvertencia, no cae en la falsedad que envuelve una definición tiene que ir concediendo todo el sistema: porque hecha una suposición falsa ó verdadera, si se concede, es menester tambien conceder todo lo que de ella se va infiriendo. Concedida v. g. la suposición de que la tierra sea plana, te iré yo infiriendo proposiciones que falsifiquen necesariamente, no solo los sistemas inventados hasta hoy, sino todos los fenómenos que observan tus mismos ojos. Pues lo mismo sucede con el método matemático de este autor En las

definiciones que da á la substancia y á la causa estriba todo. Las sienta como principios conocidos; por tanto no las prueba. Las obscurece con el language para que no aparezca á primera vista la falsedad, y son en sí tan falsas, que nadie las concederá sino un ateaista; porque ellas suponen el sistema que por ellas intenta probarse: de tal modo que, si se niegan, ya se concluyó todo el matemático sistema, aunque se inventase otro para probarlas.

Pero imagínate que el que lee, ó no cae en la falacia, ó ignora los principios de la metafísica, se engolfa en la lectura, habiendo entrado sin reparar en la trampa; (por que ¿quien se ha de presumir que cuando va á ver demostraciones, ha de hallar principios falsos en las primeras líneas?) ya se halla perplejo sin saber como desenvolverse. El si ve un todo repugnante; pero como no encuentra puertas su razon, se queda en el laverinto, se turba, mas despues se aquieta cuando observa que

sus apetitos tienen en él impunemente toda la posible satisfaccion.

Si hablamos de otros filósofos, en cierta manera sucede lo mismo. Después de grandes aparatos: al abrigo de una sofística amenaza, ó sobre alguna proposicion verdadera, se sacan otras muy falsas; el que no es muy cauto, ó por no caer en el anatema ó por no saber á donde va á parar con la proposicion, la concede, y á poco se ve envuelto en un horror.

Son infinitos los egemplos que pudiera ponerte de esto; pero contémonos con algunos. Ya has oido parte del gran panegírico que hace uno del Evangelio, ¿y en qué viene á parar esto? En decir que está lleno de errores, y cosas increíbles. Otro exagera la Omnipotencia de Dios, la cortedad de nuestros alcances, las nuevas cosas que cada dia se descubren, que parecian repugnantes, ¿y para qué estos preámbulos? para decir que la materia puede pensar; porque seria contra la Omnipotencia de Dios decir que no puede

dar esta propiedad á ella : que nosotros ignoramos las propiedades de muchas cosas , y que acaso lo que nos parece mas imposible será cierto y lo palparemos algun dia ; y que esta cuestion de si la materia piensa , es meramente filosófica.“ ¿Y será extraño que un incauto caiga en el lazo? Pues en verdad: á nada menos conduce que á probar el materialismo ; porque si la materia piensa , van fuera los espíritus.

¿Quien no concederá á primera vista estas proposiciones? *Los yerros involuntarios no son delitos. Mas vale callar y creer la revelacion que alegar razones á donde ella no alcanza. Los hombres son conducidos á la Religion por la gracia de Dios , y otras infinitas. Pues una mala lógica pasa á probar que en cualquier Religion y con cualquier culto se honra á Dios: que los cristianos creemos á ciegas , y sin razon; y que lo que se llama gracia es una vulgar preocupacion injuriosa á Dios: porque le hace autor del pecado.*

En lo que mas desplegan sus talentos y erudicion no es en probar positivamente algun sistema, sino en arguir contra los Misterios de la Religion: y como estos son sobre la razon guiada por sí misma, se imaginan contradicciones en que cebarse. De aqui, lo que solo es sobre la razon, dicen que es contra ella, y no hay sutileza que no propongan, ni artificio que no inventen para caracterizarlos de imposibles. Aqui son las invectivas, sátiras, energía, repeticiones: todo con intento de hacer odiosa nuestra Religion, y si pudiesen conseguir esto, les basta; porque su principal intento no es formar sistema, sino recusar el juez, que les arguye, á su pesar, sus malas obras. Por lo demas se alegrarian mucho que el orbe quedase en una anarquia universal; mas como para esto no hay senda, es menester inventar, atollar por escabrosidades, y obscurecer la verdad, no manifestando los fundamentos evidentes de nuestra religion los cuales están intactos, por-

que no pueden ser batidos. La mayor prueba de esto está en que contra ninguna religion se encarnizan, señal que esta es la que les hace sombra. Contra ella todos convaten: señal que no esta derribada, huyen de imbadir los principios; señal que gozan de insuperable resistencia. Muchos por no hacer sospechoso su silencio en esta parte, tocan de paso alguna cosa como quien intenta herir á quien teme. Algunos pocos mas atrevidos han emprendido la materia sin dar á entender el intento; pero sus mismas obras han denigrado la fama, que por otra parte se habian adquirido. Si vieras, que de falsos testimonios, que mentiras, que suposiciones envueltas en mucha erudicion proponen, te admiraras. Esto parecerá cuento; pero cuidado que es verdad evidente. Ya tendremos lugar de advertírtelo en adelante. Por ahora solo basta insinuarlo, y hacerte reflexionar que no es extraño que caygan en el lazo los menos advertidos, cuando ven escritas por

autores tenidos por literatos y des-
preocupados mil falsedades en tono
magistral, y decisivo, como doctri-
nas constantes y admitidas.

Con que ve aqui como, y porque
ellos obran con arte y malicia; y
y como y porque engañan á muchos.
Si todos los que leen, ú oyen á sus
secuaces, estuvieran bien instruidos
en la Religion, no seria así. Nues-
tra Religion Santa es como la colum-
na que guiaba á los hebreos en el
desierto: por un lado era muy lu-
minosa, y por otro obscura. La re-
ligion tiene principios, y ministerios
tan conexos y enlazados con ellos, que
no pueden saberse aquellos, y ne-
garse á creer estos: ni negarse es-
tos, sin cerrar los ojos á la eviden-
cia de aquellos. Los impios atacan la
parte obscura, sin manifestar la par-
te clara. Los que ignoran esta, se
alucinan; mas los que la conocen, no
pueden ser ofuscados. Bien saben esto
los impios, pues su silencio arguye
malicia.

Yo pienso hacerte ver la parte

luminosa de esta sagrada columna, manifestándote los motivos de nuestra creencia, y de este modo sin impugnar particularmente ningún sistema, quedan todos falsificados; porque siendo cierta la revelación, hay un Dios Criador, y Provisor; ella prueba que no es suficiente la ley natural, y queda deshecho el pirronismo é indiferentismo. Pero antes de empezar las pruebas quiero saber si has entendido la esplicacion de hoy.

PREGUNTAS.

M. ¿Qué juicio formas de la doctrina de los libertinos, aun antes de haber oido pruebas positivas contra ella.?

D. Que llevan consigo los caracteres del error.

M. ¿Por que?

D. Porque todos sus sistemas conducen á un trastorno general de ideas comunmente siempre recibidas, conexas con la recta razon y á la

total perversion de las costumbres.

M. ¿Y eso en qué se manifiesta?

D. En el encono contra la Religión que sujeta las pasiones y malos apetitos.

M. ¿En qué mas?

D. En la inconsecuencia de sus sistemas, en la contradicción de sus doctrinas, en el modo capcioso de tratarlas, y en las consecuencias á que conducen.

M. ¿Pues, qué se infiere del sistema de los ateistas.

D. Que si no hay Dios, ninguna regla hay cierta en sí misma buena á que ajustar el obrar de cada uno, y todo sucede por necesidad.

M. ¿Y esto en que es contra las costumbres.?

D. En que cada uno se fingirá una regla á su advitrio, ó todo lo podrá escusar con la necesidad.

M. ¿Y qué se infiere del de los deistas?

D. Lo mismo: porque si no hay Dios que gobierne, cada uno se gobernará á su advitrio, ó por necesidad.

M. ¿Dirás lo mismo de los naturalistas, que admiten la religion y ley natural?

D. Si: porque en las consecuencias de los principios naturales, y en la aplicacion de ellos, cada uno podrá inferir é interpretar, ó por autojo ó por malicia, atribuyendo á la razon las sugeriones de su amor propio.

M. ¿Y de los pirrónicos é indiferentes?

D. Tambien: porque el que de todo duda, ó á nada asiente, ó ninguna regla cierta le rige, y en habiendo de obrar, lo hará segun su antojo.

M. ¿Y como tratan estos autores sus doctrinas?

D. Sin los caracteres de la verdad.

M. ¿Pues cuales son estos?

D. La claridad, sencillez, ingenuidad, enlace, conexion y consecuencia en la doctrina.

M. Pues que ¿no tienen ellos estos caracteres?

D. No: porque tergibersan, callan lo que no les favorece, alteran, mezclan contrariedades, envuelven

especies, que no son del caso, y usan de pomposos adornos, y cautelas, embrollando asi las falsas doctrinas para que no sea conocido el veneno.

M. ¿Y cual es la causa de que engañen á tantos?

D. La ignorancia y mala disposicion del corazon por las perversas costumbres.

M. Por que la ignorancia?

D. Porque ignorando los principios evidentes de la religion, juzgan que creemos los misterios oscuros sin razon

M. ¿Por que las costumbres?

D. Porque el que desea satisfacer sus apetitos, gusta hallar apoyos que esterminen temores.

M. Lo has entendido, pues has reducido bien la explicacion.

LECCION III.

La existencia de J. C. que predicó doctrinas á cuya comprehension no alcanza la humana razon, y que fueron creidas son hechos evidentes.

Yo voy á presentarte un caso estupendo, y único en su género: al oírle, y antes de atender á los motivos, que le hacen creible, la razon humana no se atreve á dar el asenso, y aun le parece que en detenerse á caracterizarle de imposible, es hacerse injuria á sí misma.

Yo te digo que allá en la Judea, imperando Tiberio hubo un hombre, que estendió por aquellas tierras una doctrina hasta entonces no oída: que, asociándose doce hombres, les mandó que ellos tambien la publicasen. Decia nada menos que él era hijo de Dios, y que la doctrina que predicaba era la misma que habia oydo de su Padre: que el que la

creyese y practicase se salvaria; pero que seria para siempre condenado el que no la creyese y obrase. Enseñaba cosas tan inauditas que nadie parece podia creerlas. Decia que Dios era tres personas, y que él era la segunda, pero una misma esencia con el Padre y el Espíritu, el cual habia de dar á los que creyesen en él: que habia de morir en un patíbulo; pero que resucitaria el tercer dia: que los que le creyesen harian milagros: que habia sido enviado de su Padre para instruir á los hombres, y á destruir el imperio del demonio: que concluida su mision volveria á su Padre, pero que siempre estaria con sus discípulos; con otras cosas semejantes. Su moral toda conspiraba á la total abnegacion de sí mismos, á la entera sugesion de las pasiones, al desprecio de las riquezas, honores y gustos de esta vida, á que todos los pensamientos, palabras, obras, y deseos de los hombres se dirigiesen á adquirir unos bienes invisibles y eternos; pero fu-

turos: que no sería su discípulo, decía, el que no obrase así; ni tampoco el que no pusiese la vida, si fuese menester, por defender su doctrina, y no la antepusiese á toda perdida temporal.

Este en summa es el hecho: parece que, precindiendo de la fe, no puede creerse que cupiese en una persona pensamiento tan atrevido, como arriesgado proyecto. El entendimiento (no sugeto á motivo alguno) con sola la relacion siente á primera vista dos grandes dificultades: la primera que hubiese semejante hombre, y la segunda que hubiese habido quien le creyese; porque el hombre inventa por imitacion, el que publica doctrinas quiere ser creído, y para esto busca la verosimilitud; pero ¿á quien ha venido jamas al pensamiento decir que era Dios en el sentido que lo decía? ¿como puede esto hacerse verosimil mucho o menos creibles? Basta fijar la mente en estas dos ideas *Dios y hombre trino y uno* para que parezca inmediata-

mente una total repugnancia á la humana razon. Que el hombre se niegue á su convencimiento, ó que no ponga cuidado en convencerse, cuando asi combiene á sus intereses: ó que se convenza en lo que haga á ellos, son cosas bien comunes y naturales al hombre; pero creer las que parecen absurdos con la mayor adhesion en contra de sus mas amados intereses, y aun con detrimento de la misma vida, no cabe en humana presuncion ni creerlo, ni hacerlo creer, ni aun intentarlo.

Semejante dificultad es tan obvia que no habrá hombre de cualquier clase y condicion que sea á quien no ocurra, ni entendimiento tan estúpido que pueda dar naturalmente asenso por sola la relacion del hecho, ó esposicion de la doctrina.

Pues no obstante todo esto el hecho en todas sus partes es tan cierto que no admite la mas mínima duda: es tan constante y comprobado que le conceden, no solo los libertinos sino tambien los de las religiones

muy distintas de la cristiana.

Esto sucedió en medio de una nación numerosa, y en su misma capital que era Jerusalem á donde concurrían gentes de todas partes: á presencia de los mismos gentiles, que por estar sujetas aquellas tierras á los romanos las frecuentaban: delante de los tribunales que por esta causa juzgaron á Jesus, y por esta doctrina le condenaron á Cruz como á blasfemo. Este es un hecho histórico que jamas nadie ha controvertido, ni aun los mas encarnizados enemigos de todos los tiempos le han sospechado de falso: prueba constante de su evidencia. El como público, ruidoso y visto de millares, pasó de viva voz, y por escritos de muchas maneras autorizado á los que no le vieron, y de estos del mismo modo á los sucesores que le averiguaron, y certificados de la verdad, le transmitieron á los demas hasta nosotros: el mismo que pasará con la misma evidencia á los sucesores hasta la consumacion de los

siglos. Es pues un hecho, que, si es el mas estupendo, tiene tambien de su verdad las mas grandes pruebas, pues le hacen tan creido.

Del mismo modo es induvitable que tanto por la predicacion de Jesus, como por la de sus discípulos creyeron su doctrina muchos millares de personas de todas clases, sexos y edades: que se formaron iglesias en el Asia, Africa y Europa: por último, es innegable la conversion de los gentiles, y por una sucesion constante y nunca interrumpida la existencia del cristianismo.

A vista de esto no halla el entendimiento motivo alguno para no creer que en el dicho tiempo hubo el héroe de que hemos hablado; que enseñó aquella doctrina con las referidas circunstancias, y que hubo quien le creyese. Con todo: puede ocurrirse otra dificultad: y es, que aunque sea cierto el hecho no se infiere que sea divina su mision, y de consiguiente ni su doctrina. Aunque él digese que era Dios pudo no serlo real

mente: todos creerán que lo dijo; pero no que era cierto lo que dijo. Su moral pudo ser un plan cordinado por un gran talento, y los que le siguieron creerle ligeramente.

Pero advierte. Los que creyeron á J. C. y le conocieron, no se ciñeron á creer la existencia del hecho, asi como creemos nosotros que hubo un Mahoma que hizo la ley que lleva su nombre, ellos tenian por verdadera la doctrina que enseñó; no obstante que era tan extraordinaria. No le tuvieron por un impostor, ni entusiasta, sino por verdadero hijo de Dios hecho hombre, enviado por el Padre para enseñar y redimir al mundo. Como tal le creyeron, pues ellos mismos asi lo confesaron, y testificaron de muchas maneras. Todos los escritos de sus discípulos dan de él esta creencia. Asi lo confesaron en los tribunales, que los juzgaron por esta causa. Asi lo predicaron en toda la tierra: lo enseñaron con su eemplo, por tales creyentes fueron de todos conocidos, re-

putados, llamados, y en esta, y por esta creencia dieron sus vidas á manos de los verdugos, y esto no es dudable porque hay auténticos testimonios, públicos documentos y antiguos monumentos de su predicacion doctrina y muerte.

Consta que el caracter de ellos no era la credulidad, antes mas bien lo contrario; pues muchas veces (como verás mas adelante) fueron reprehendidos por su maestro de su incredulidad y dureza de corazon. Muchas veces les habia dicho que habia de resucitar, y tenian grandes motivos para creerlo; con todo; Magdalena va al sepulcro á hacerle los últimos honores, no le halla, y le juzga trasladado. Pedro y Juan van á certificarse por sus mismos ojos de lo que habian dicho las mugeres sobre haber resucitado su Maestro, no se satisfacen con el dicho, corren se asoman al sepulcro, no se contentan y entran en él. Los de Emans no creen los testimonios de los que decian le habian visto resucitado, y lo

creen solo cuando le conocen. Tomás no da asenso al unánime dicho de todos sus compañeros, y protestó no creerlo si no lo veia y palpaba. Otros, aunque no tan negativos dudaron; y todos quedaron despues de la muerte de su Maestro con una fe floja y tímida esperanza. Pedro oye la voz de su Maestro desde la playa, y con todo quiere certificarse por el milagro de hacerse llevar sobre las aguas y no obstante, su fe vacila y duda. No es este el carácter de la credulidad, no creer sino lo que se ve, y aun tener dificultad en creer por lo que se ve. Estos mismos, que se manifestaron tan tardos en creer fueron despues los mas adictos; porque su incredulidad dió motivo á recibir mayores y mas testimonios de la verdad.

No es posible que creyesen con tanta adhesion, si no hubiesen tenido irrefragables testimonios; pero si le hubiesen creido sin ellos, y sobre sola su palabra, no seria menos milagroso; porque los hombres á no ser dirigidos por una virtud oculta so-

brenatural, no pueden creer cosas, que no caben en humano entendimiento, sin las pruebas mas claras é indubitables; y en esta parte es el hombre tal, que aunque vea portentos, es menester que sea ayudado de arriba por, la grande repugnancia natural que siente en creer con total firmeza lo que no alcanza, aunque tenga de ello muchas pruebas. El hombre no cree con firmeza, sino aquello á que está íntimamente persuadido; y ninguno se persuade asi á cosas que parecen imposibles, sin testimonios mas fuertes que la imposibilidad que se le obgeta.

Con que, si aquellos creyeron con tanta adhesion y firmeza cosas tan extraordinarias, verian señales de que no pudieron dudar, y si no las hubo, esta es la mas milagrosa señal; por que no cabe esto en lo humano; pero las vieron y palparon en efecto; porque J. C., si enseñaba una doctrina no oida, hacia prodigios en confirmacion de ella que ninguno hasta entonces habia hecho.

Si dijo que era hijo de Dios, hizo obras que evidentemente no podían ser sino de Dios. Estas movieron á sus Discípulos á decir sabemos que has sido embiado de Dios; porque ninguno puede hacer las obras que tú haces sino esta Dios con él. Unos dicen que eres Elias, otros que Jeremias ó alguno de los profetas; mas nosotros decimos que eres Cristo hijo de Dios vivo que has venido á este mundo.

¿Qué otra cosa puedo interesar á los que le creyeron en la defensa de su doctrina hasta las muertes mas acerbas, sino el íntimo convencimiento de la verdad por indubitables testimonios? y aun en este caso se hecha de ver una operacion superior á la humana, é invisible para que la fragilidad no se niegue á su mismo convencimiento á la presencia de los tormentos. Consta certísimamente que J. C. no era rico, ni poderoso: sus promesas en esta vida eran los trabajos, aflicciones, abatimientos y desprecios: las promesas futuras eran in-

visibles, y muy claras las que cada uno podia prometerse siguiendo la Religion de sus mayores. El Judio siguiendo la ley de Moises se juzgaba salvo, y el gentil se reputaba feliz siguiendo sus supersticiones. Con que cada uno podia presumirse que conseguiría su futura felicidad, sin los trabajos que J. C. le prometia siguiendo su doctrina.

Todos saben lo que influye en la adhesion á las ideas, principalmente en materia de Religion, las que se reciben en la educacion, como los usos y costumbres, mucho mas si se conocen autorizadas por inmemorial antigüedad. Los judios tenian por divina su ley, y por sagradas sus costumbres y ceremonias. Los gentiles tenian por muy autorizadas sus supersticiones: ¿pues qué cosa era capaz de trastornar las ideas creyendo en lugar de dogmas aprobados por divinos ó autorizados por tales, otros jamas oidos, y tan incomprehen-sibles á la humana razon, sino un íntimo conocimiento, hijo de una

sobre humana obra? Ninguna humana retórica es capaz de causar semejante trastorno, no hay discurso que alcance á tanto. Los hombres convencen moviendo con sus discursos los humanos resortes, interesando á cada uno segun se le ve afecto, y sentando por bases ideas admitidas; pero causar una total renovacion intelectual, y mucho mas en un instante, no cabe en el orden de las causas naturales. Fuera de que todos los discursos de J. C. son llanos y sin ningun adorno de humano artificio: todos se reducen á la sencilla y llana esposicion de su doctrina, hablaba como quien enseña con autoridad, no como quien persuade lo que es necesario probar.

Luego este convencimiento es propio de esta virtud sobrenatural, que llevaban en sí las palabras, á que acompañaban los prodigios. Es sumamente difícil que un hombre en las dichas circunstancias se convenza de otro modo; pero es absolutamente imposible que se convenzan millares

de distintos genios, religiones, costumbres, facultades, poder, talento, intereses, é instruccion, sin hacerles fuerza alguna estrinseca, sin armas, sin buscar los resortes de las pasiones, antes bien combatiéndolas á viva fuerza.

Basta discurrir asi para conocer que J. C. comprobaria con extraordinarios prodigios su mision; pero se llega á esto la certidumbre de su realidad. En esta parte nada nos hacemos la razon que nuestros mismos enemigos. Es este un hecho tan constante que no se han atrevido á negarlo en ningun tiempo; y si algunos se les ha escapado la negativa ha sido sin prueba, y aun con limitaciones, que contradicen las mismas torcidas interpretaciones, que dan á los hechos, que los convencen de innegables. Los paganos y otros enemigos del cristianismo, que con la pluma intentaron derribar nuestros mas sólidos fundamentos para impugnar los milagros de J. C. y sus discípulos ¿que necesidad tenian de decir que eran mágicos prestigios?

en habiendo negado absolutamente el hecho, alegando testigos que hubiesen visto lo contrario, no habia necesidad de mas: este camino que era el mas corto, y obvio, era tambien el mas convincente ; á qué interpretar hechos ó dichos que no han existido jamas ? el que interpreta á buena ó mala parte alguna accion, no tiene duda que la supone cierta.

Este es nuestro caso. Celso en sus libros contra el cristianismo sospecha que los cristianos poseian las ciencias de los encantamientos y que egecutaban las maravillas por medio de los espíritus. El acusa á J. C. de contradiccion porque condenando en su doctrina las artes mágicas, él mismo usaba de prestigios: dice tambien que J. C., habiendo vivido algun tiempo en el Egipto, habia aprendido allí estas artes. El mismo Celso no atreviéndose á negar los milagros de la multiplicacion de los panes y la resurreccion de los muertos, dice: en esto no hay otra cosa ; sino lo que hacen cada dia los charlatanes

y los jugadores de manos. Este filósofo que dice ataca el cristianismo con conocimiento de él: pregunto ¿si hubieran sido falsos los hechos los hubiera supuesto?

Hierocles compuso un libro para impugnar los milagros de J. C. en el que exalta los pretendidos milagros de Apolonio, y dice; que los cristianos dan grandes alabanzas á J. C. por haber dado vista á los ciegos y obrado otras semejantes maravillas; que por esto le publican los cristianos hijo de Dios; pero que él no mira á un hombre que obra tan grandes maravillas, sino como un amigo de los Dioses ¿qué necesidad tenia este filósofo de esta tan forzosa confesion, si no tuviese averiguado de cierto los hechos? El apóstata Juliano autor instruido en el cristianismo y nada sospechoso en nuestro favor, dice: que Jesucristo no hizo jamas alguna accion señalada, á no ser que se cuenten por grandes maravillas curar enfermos, dar vista á ciegos y lanzar demonios ¿y qué diremos de

Ponfirio y otros autores paganos? Todos insisten en conceder los hechos y atribuirlos á las mágicas artes. Luego los hechos son indudables: á su pesar se ven obligados tambien á confesarlos los impios de nuestros tiempos ó anegarlos sin pruebas directas. ¿Pero serán ciertas sus interpretaciones? Ya habrá lugar de hablar de esto, por ahora supongamos que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios: oyen los sordos, hablan los mudos: se multiplican los panes, recobran perfecta salud los enfermos, los mares obedecen, resucitan los muertos y son espelidos los demonios, aunque no hubiese otro que el trastorno mismo es un prodigio, que no puede ser humano, y este es tan público y constante como lo es la conversion de los gentiles y la rápida propagacion del cristianismo; pero de estos y otros que no pueden negar los mismos impios, se desentienden. Uno de estos dice que J. C. no hizo milagro alguno. Como arrepentido de

tan clara mentira, añade: que si lo hizo no fue en confirmacion de su doctrina. Este que al parecer se mueve á decirlo de las palabras de S. Mateo c. 12 V. 38 y de S. Juan c. 6 V. 40. en que se refiere que J. C. no quiso dar á los judios, las señales que le pedian, se desentiende de todas las demas páginas en que se refieren innumerables prodigios; y no repara tampoco en las que cita; pues el mismo Señor les da en ellos la señal mas auténtica de su mision que es su propia resurreccion. Aquel mismo autor es el que pocas páginas antes, dice que se declara cristiano, no obstante que sus enemigos dicen que no lo es. Repara de paso lo que te digo en la primera leccion; mentiras, contradicciones y supercherias son el caracter de estos impios.

Hace J. C. una cosa tan extraordinaria como decir al paralítico: *te son perdonados tus pecados*; se excita en el pensamiento de los espectadores una duda ¿quien puede perdonar pecados sino solo Dios? y J. C.

para sacarlos de ella y que creyesen que tenia potestad de perdonar pecados, sana en su presencia al enfermo con solo el imperio de su voz, haciendo de este modo un incontrastable argumento: vosotros creéis que solo Dios puede perdonar pecados, yo los perdono, luego yo soy Dios, y si dudais baya por prueba el milagro de su sanidad, obra que tampoco puede ser sino de Dios.

Sobre todo, aunque J. C. no hubiese hecho otro prodigio que dar poder á sus discípulos para hacerlos era para ellos una indubitable prueba de su Divina Mision, y de la verdad de su doctrina. Este es un hecho tan constante que no admite duda, y del que hablaré en adelante.

Todo esto, que vieron, oyeron y palparon no solo sus discípulos, sino millares de personas fué lo que los convenció á creer que su mision era divina, que sus palabras eran eternas verdades, y su doctrina santa. Esto fué lo que les hizo trastornar todas las ideas, dejar sus invetera-

das costumbres, mudar de religion y abrazar una vida segun las máximas de su maestro.

Con que es evidente no solo que hubo la persona que hemos dicho: que hubo quien le creyese, no obstante lo arduo y estraordinario de su doctrina, y esto no por ligereza y credulidad, sino por íntimo convencimiento causado por hechos evidentes, de que no era posible dudar.

Veamos no obstante otra dificultad que puede ofrecerse al entendimiento para retardar el asenso. Está bien que los discípulos y demas que siguieron la doctrina de J. C. creyesen por lo que vieron; pero pudieron engañarse, porque los prodigios pudieron no ser verdaderos milagros, por haber sido efecto del poder del demonio ó de una filosofía oculta á los ignorantes; y en este caso puede componerse la certidumbre de los hechos que nos refieren y la persuacion íntima de los que los vieron, sin que por esto prueben la divina mision de J. C. Esto dará materia á la leccion 4.^a

PREGUNTAS.

M. ¿Es cierto que hubo en la Judea imperando Tiberio un hombre llamado Jhesus que dijo era Dios, y se hizo muchos discípulos de su doctrina?

D. Sí: es indudable.

M. ¿Por qué?

D. Porque es un hecho contestado por todos desde aquellos tiempos hasta nosotros, hay auténticos documentos, monumentos públicos y sobre todo la existencia del cristianismo.

M. ¿Y qué enseñaba?

D. Cosas tan extraordinarias, y sobre la humana razon, que ningun entendimiento alcanza.

M. ¿Fué creida su doctrina?

D. Sí: porque consta por los mismos auténticos testimonios,

M. ¿Puede tacharse de crédulos á los que la siguieron?

D. No: antes bien eran demasiado adictos al testimonio de sus senti-

dos, á su ley y tradiciones.

M. ¿ Pueden tacharse de engañados ó seducidos por coechos, ó amenazas?

D. No: porque su maestro se ostentó pobre, plebeyo y sin ningun humano poder.

M. ¿ Pueden tacharse de seducidos por retóricos artificios, ó por haber sabido su maestro tocar los resortes de sus pasiones ó intereses?

D. No: porque ningun artificio humano alcanza á un trastorno tan substancial: las palabras de su Maestro eran muy sencillas, sin humano artificio, y su doctrina era contra todas las pasiones.

M. ¿ Pues de qué se llevaron para creer con tanta firmeza tan maravillosa y extraordinaria doctrina?

D. De los innumerables y estupendos milagros que veian obrar á su Maestro en confirmacion de la verdad de su doctrina.

M. ¿ Estos prodigios pudieron ser humanos ó diabólicos.

D. A esto responderé en la leccion siguiente.

LECCION IV.

Los hechos con que J. C. confirmó su doctrina, prueban ciertamente su Divina virtud.

Las maravillosas obras, que hizo J. C. en comprobacion de su doctrina, fueron y son tan constantes que ningun autor contemporáneo, ni de los tiempos inmediatos se atrevió á negar los hechos. Para probar los falsos ó ponerlos en duda, era menester alegar testigos oculares de lo contrario, ó probar de sospechosos todos los testigos y los autores. Como esto es imposible; y por otra parte son prueba incontrastable de la Divina mision de J. C. la que siempre ha intentado impugnar el espíritu de las tinieblas, los enemigos buscan sendas sutiles é indirectas queriendo alucinar á los menos cautos; Pero qué hay que estrañar? Son tales la ceguedad y tinieblas del espíritu humano

en queriendo sacarle de su esfera, que primero creará sus mismos monstruosos partos, que asentir naturalmente á lo que no alcanza por no estar en ella: ve efectos que no pueden ser humanos; pero preocupado con la especie de imposibilidad, juzga que no hay sino lo que alcanza; de este modo tuerce la luz que le ilumina, y queda culpablemente en su tenebroso caos.

Los judios mismos que vieron y palparon los prodigios que J. C. obraba, no pudiendo negarse al testimonio de sus sentidos, los hechaban á mala parte, diciendo que por virtud del príncipe de los demonios obraba. Nuestros libertinos generalmente no asienten á semejante disparate, ó porque sus doctrinas se fundan en otros principios, ó porque les parece evasión ridícula; con todo, en los ovillos y marañas, que hacen de las doctrinas, dejan muchos este cabo suelto, como medio posible de maravillas, que no sean milagros. Desentredemos pues este embrollo co-

mo dificultad que puede retardar un completo convencimiento.

Un famoso materialista, siguiendo el sistema de la absoluta necesidad, niega que sea posible suceda alguna cosa realmente contra las necesarias y constantes leyes de la naturaleza; porque, dice, si sucediese alguna cosa que repugne á las dichas leyes, repugnaria la Divina naturaleza, y si ella obrase contra estas leyes obraria contra sí misma. De donde concluye: que el nombre milagro solo tiene una significacion relativa á la opinion de los hombres en quanto no puede el que le ve ó refiere explicar la causa natural de aquel efecto.

Esta absurda opinion es consecuencia de su ateismo, del qual te hablé en la primera leccion. En este sentido quando Josué v. l. g. dijo: Sol no te muevas contra Gabaon, y se paró este astro, fué efecto de las leyes necesarias de la naturaleza, en virtud de las cuales el Sol hubiera detenido su curso, aunque Josué nada hubiera dicho; pero como

no sabemos la causa llamamos milagro. Pugna contra la falsedad de este sistema todo el peso de razones invencibles con que es impugnado el materialismo: tambien todas las leyes de la naturaleza, que constantemente se observan. Es decir; que es menester destruir toda la compaginacion de causas naturales para que por ley natural suceda, lo que es contrario á ellas. La razon fundamental que el dicho autor alega estaba ya antes refutada completamente por S. Agustin l. 26 contra Faustum c. 3 y por Santo Tomas contra Gent. c. 98 y no hay lógico de escuela que no sepa componer la inmutabilidad de Dios con la mutabilidad de las causas segundas. Además que el modo de hablar del autor es capcioso: el habla de Dios, y en su sentido no hay tal ente. A la verdad dice muy bien otro filósofo por otra parte tan impío como él que el sistema de N. en esta parte es un juego de voces; que no admite otro Dios que el mismo orden ciego de causas; y que

tiene su argumento el defecto que llaman los lógicos *petición del principio*; pues en este caso ni hay decretos, ni nada de Divino. De consiguiente, ó es un juego de términos ó una manifiesta contradicción en sus principios. Repara de paso la sencillez y solidez de las razones de los impios.

Pero no me quiero detener en hacerle ver lo absurdo de este sistema. Supongámosle por un instante verdadero, y veamos si, habiendo sucedido de este modo los hechos portentosos de J. C. podrán servir de argumento de su extraordinaria y divina misión.

Son ciertos los hechos y tambien el modo. Unta con barro los ojos del ciego y recobra vista: manda á los enfermos que sanen, y se restablecen al momento: dice á los muertos que resuciten, y recobran la vida: supuesto que esto pudiese ser un natural efecto de las leyes de la naturaleza, y que ellos hubieran necesariamente sucedido en aquel mis-

mo tiempo independientemente del mandato de J. C., se debe á lo menos suponer que este Señor conocia las circunstancias de estas leyes, y también á ellas mismas perfectamente para que aparentase que á su mandato sucedian; porque de lo contrario hubiera dicho hágase ahora esto, ó aquello, y no hubiera sucedido, ni la cosa que aparentaba mandar, ni en el tiempo que queria, y hubiera quedado por un charlatan, é impostor ¿quien le hubiera entonces creído, ni seguido su doctrina? Estas leyes, que se suponen son, según el sistema, naturales, pero necesarias ecepciones de las ordinarias, no sujetas á cálculos, ni periodos; de consiguiente, el conocimiento de ellas no está sugeto al humano entendimiento, que alcanza por esperiencia, observacion, y estudio las leyes generales de la naturaleza: luego el perfecto conocimiento de las leyes de ecepcion ha de ser mas que humano. Con que, aun cuando asi hubiesen sucedido los milagros de J. C.,

debieron servir á los que los vieron de un auténtico testimonio de su poder mas que humano. Otros, aunque no admiten la dicha fatal concatenacion, pues conocen en todas las cosas el brazo sapientísimo de Dios, aseguran que Dios jamas obra de un modo extraordinario en las cosas que reputamos por extraordinarias; sino que de tal modo constituyó el orden de las cosas en el principio, que bajo del mismo orden hubiesen de suceder las que advertimos extraordinarias en los tiempos y circunstancias, que quiso sucediesen: esto lo entenderás mejor con un ejemplo. De tal modo, segun el parecer de dicho filósofo, constituyó Dios la máquina del Universo, que en el mismo momento, y en las mismas circunstancias en que dijo Josue: Sol no te muevas, se hubiese de parar; no por ley extraordinaria y sobre natural, que derogase por aquella vez la natural ley general sino que aquella entró en la ley natural de compaginacion del Universo. De tal mo-

do que no hubo aqui ninguna sobrenatural operacion, ni dependencia de la palabra de Josue en el suceso; pero se hallaron juntos el suceso de pararse el Sol, y la voz de Josue, porque el Señor asi lo quiso y determinó cuando hizo el mundo y el orden de las cosas.

Tampoco en este parecer tenemos milagros; pero para nuestro objeto es lo mismo; por tanto no nos detengamos á impugnarle. Si Dios como agente summamente sábio y libre determinó por algun fin que sucediesen todas las cosas que sabemos precisamente en el tiempo y circunstancias en que J. C. predicaba una doctrina sobre natural, y en el momento mismo en que mandaban sucediesen, ¿cual podia ser aquel sino dar un auténtico testimonio de la verdad que predicaba? ó de lo contrario es menester decir que Dios trató de engañar á los hombres, decretando casos extraordinarios, y señales grandes en circunstancias en que debian engañarse con una doctrina tan blas-

fema, como seria creer que un hombre era Dios, sin serlo.

No te explico otras opiniones acerca del modo de entender la palabra milagro; lo uno por consultar la brevedad; y lo otro, porque ninguna excluye la operacion divina en los sucesos que llamamos milagrosos: de manera que de cualquier modo que se entiendan las opiniones que contravierten entre sí aun los mismos católicos, se prueba la divina virtud de J. C.

Con que siempre que aquellos efectos hubiesen sido reales, y no aparentes se hecha de ver un suceso capaz de comprobar como verdadera, y de hacer creíble una doctrina tan extraordinaria y sobrenatural como la que enseñó J. C. ¿Pero podrían ser prestigios ó ilusiones de los sentidos causadas por algun arte natural y oculta, con la que engañados los espectadores creyesen realidades las que solo eran apariencias?

No es extraño que pueda ocurrir esta dificultad á los que no vieron

los milagros de J. C., cuando se ocurrió á los que los vieron. Sus mismos discípulos sin acabar de creer lo que veían, muchas de las veces que se les apareció le tuvieron por un objeto fantástico, y muchos de los hereges de los primeros siglos, que no querían creer la Encarnacion, no pudiendo negar los hechos que la hacían creíble, quisieron hacer verosímiles sus errores, tomando el medio de decir que su cuerpo fué fantástico. Pero J. C. que conocía lo que revolvían los discípulos en su mente, y lo que habían de blasfemar sus enemigos, ocurrió á esta dificultad, cerciorando á sus discípulos, y desvaneciendo cualquier sospecha: les hizo tocar su misma carne, comió con ellos para hacerles ver que los fantasmas no tienen huesos ni carne. Una representacion fantástica podrá ser de un objeto confusamente, y por breves momentos: un prestigio, ó ilusion causada de cualquier modo que sea, pasa. Cualquier arte que valiéndose de causas naturales ocultas á los

ignorantes admira, está en el orden natural de las cosas ; pero resucitar un muerto que ya apestaba , y que este clara y distintamente sea visto y conocido de todos : que coma , beba , trate y haga todas las humanas funciones , no por un instante sino por muchos dias y años : ni hay causa natural que lo haga . ni arte que lo aparente . Que el ciego cerciorado de su ceguera , y conocido por tal recobre la vista al tacto del barro puesto en los ojos , y que él y todos estén ciertos de que ve , no puede ser efecto de arte ni de naturaleza á no ser que se diga que todo lo que existe puede ser fantástico , ó ilusion de nuestros sentidos ; que la persuacion íntima de nuestra propia existencia puede ser ilusion , y que puede ser que no pensemos cuando pensamos .

¿ Pero el demonio no puede hacer prodigios ? De esto se podrán poner muchos egemplos : con ellos han sido engañadas muchas personas , y aun pueblos y naciones enteras .

Yo , que debo consultar la breve-

dad y separar disputas que puedan distraer del hilo del argumento, no creo y deber meterme á esplicarte las controversias que hay en el asunto; pero no omitamos tampoco lo que haga á él inmediatamente. Que Dios puede en virtud de su poder absoluto invertir, mudar, &c. el orden que estableció en las causas segundas para los altos fines de su providencia, es certísimo y no puede negarlo todo el que admira un Dios criador y provisor. Que pueda valerse del ministerio de los espíritus para que cumplan su voluntad, derogando las leyes ordinarias y generales de la naturaleza; porque siendo dueño y arbitro absoluto de todas las cosas no está precisado á hacerlo por sí y puede dar poder para ello á quien quiera, es tambien cierto. Que Dios permita á los malos espíritus que obren algunos efectos malos, ó para que reluzcan mas sus obras, ó para otros buenos fines de su providencia, y esto limitando la voluntad de ellos, tambien lo es. Que

uno de estos espíritus buenos ó malos, en virtud de su voluntad y poder natural, pueda trastornar el órden, y curso ordinario de la naturaleza ó suspenderle, no es cierto, ni parece verosímil; porque una cosa establecida por disposicion superior, no está en la voluntad, y poder del inferior: ademas que no hay cosa inferior que no esté subordinada. Pero sea como quiera, el caso de que tratamos no admite fraude. Si los efectos son de un buen principio, no pueden ser ilusiones; ni realidades para confirmar y autorizar una doctrina falsa y blasfema; y si son del malo tampoco; porque siendo la doctrina de J. C., en cuya confirmacion sucedian los prodigios: la bteria mas fuerte contra el imperio del demonio, no podia él autorizarla: y si las autorizó, ve aqui una nueva y fuerte prueba. Este es el argumento que hizo J. C. á los que decian que lanzaba dos demonios en nombre de Bercebú. La doctrina de

J. C. y su mision terminaba á destruir el imperio del demonio: si ellos pugnán contra sí mismos, su reyno se destruyó, porque se dividió; y es muy obia la comparacion que á este propósito hizo el Señor: si los de un reyno pelean unos contra otros, se acabó la union; de consiguiente el imperio; con que si los demonios están divididos entre sí, cayó su imperio, que es la obra grande, y el milagro mas auténtico de su divino poder.

Con que tómense como quieran los extraordinarios efectos, con que se confirmó la doctrina de J. C. prueba que no es obra de hombre sino de Dios, pues como summa verdad, y bondad no puede hacer ni permitir señales evidentes en comprobacion de una falsedad, y para autorizar, y hacer evidentemente creible una doctrina, que si no fuere verdad eterna, serian las mas execrables blasfemias. Un hombre dice que es Dios: y para hacer esto creible suceden portentos. Dios tan celoso de su glo-

ria, calla, deja autorizada tal blasfemia: que corra y se crea por todo el mundo por tantos siglos; haee que triunfe el error mas injurioso á su divinidad! No puede ser ni cabe en espíritu humano dar á esto asenso.

Ademas: ¿quien ha denigrado todavía la conducta de J. C.? Conducta que imitándola sus amigos han admirado al mundo, y conducta que ha contenido á su pesar las blasfemas lenguas de sus enemigos. ¿Pues qué hubiera sido un hombre que se hiciese Dios falsamente, y que se valiese del demonio para autorizar su blasfemia? ¿ha que son tan patentes los extremos de la iniquidad, como el colmo de la virtud, y cada uno tiene sus propios caracteres, que no alcanza á ocultar ninguna prudencia humana, ni diabólica; y porque cada causa, de cualquier género que sea, obra según su exigencia.

De todas las maravillas que falsa ó verdaderamente se atribuyen á los malignos espíritus, pongase una que se

parezca á las que J. C. obró. Ilusiones, sugestiones, y persuaciones, engaños, anfibologías, y daños, son todos los efectos maravillosos que se nos pueden referir del espíritu malo; pero aléguese un solo caso, suficientemente probado, en que, por virtud de él se haya dado vida á un muerto. Esto es tan privativo del Criador, como lo es dar el ser al que no le tiene fuera del orden comun.

Hablar de los milagros que se atribuyen á Vespasiano, Apolonio y otros, seria dilatarme en unos asuntos averiguados de improbables, y que aun los muchos impios desechan semejantes pruebas; pues ellas desacreditan sus doctrinas. Ir á caza de espeoies inventadas por la adulacion, recibidas sin exámen, publicarlas sin pruebas suficientes, y convencidas de falsas por una mediana crítica, es buscar evasiones á un mal pleyto. Un impio que dice no cree los milagros de J. C. tan públicos, y tan probados; es posible que crea con ingenuidad los que afirma haber hecho

un orgulloso filósofo, y un emperador artificioso, y esto bajo la fe de un autor solo, de poco crédito, que existió muchos años despues de los hechos que refiere, sin alegar ni un testigo ocular? Sin duda los tales libertinos, ó mienten, ó han perdido el sentido comun.

Hechas todas estas reflexiones, parece que el entendimiento no debia tener dificultad para dar el asenso, y creer la divina mision de J. C. pues está comprobada y autorizada evidentemente con señales que no pueden ser sino Divinas; vistas y palpadas por muchísimos testigos, sin poderles tachar de engaño ni por la naturaleza de los hechos, ni por parte de quien los hizo, ni con relacion á los que los vieron.

Mas puede aun ocurrirse otra dificultad sobre esto mismo: y es: que es menester examinar la cualidad y circunstancias de los primeros y principales testigos, que deponen estos hechos; pues por ellos han llegado á nosotros las noticias: saber los es-

critos que los refieren si son de autores fidedignos: en que tiempos escribieron: la aceptacion que tuvieron: si fueron contemporáneos ó próximos á los hechos: si han sido adulterados en los tiempos posteriores; porque si el canal por donde han pasado á nosotros las noticias, no están bien probados y examinados, nuestro entendimiento aun siente dificultad en cosa de tanta monta.

Todos estos puntos quedarán satisfechos en sus respectivos lugares; pero antes conviene hacerte ver, que precindiendo de escritos, tenemos hechos indubitables que autorizan y evidencian la revelacion: de modo que aunque no hubiese libros sagrados, no puede dudar un hombre sensato.

Pero veamos antes como me recopilas la doctrina de esta leccion.

PREGUNTAS.

M. ¿ Los prodigios que obró J. C. en comprobacion de su doctrina y su divina mision la declaran tal?

D. Sí, porque no puede ser efecto sino del divino y extraordinario poder.

M. ¿Pues qué no pueden ser efecto de las mismas leyes naturales, que por ignorarse estas nos parecen sobrenaturales?

D. No: porque siendo un efecto contra las leyes generales de la naturaleza, se indica en estos casos una derogacion de ellas.

M. ¿Y si esto fuese posible como sienten los ateistas, perderian su fuerza los hechos?

D. Perderian la razon de milagros propiamente dichos; pero aun en este caso serian una verdadera prueba.

M. ¿Cual?

D. Que necesitándose un conocimiento sobrenatural para saber el momento en que iba á suceder el prodigioso efecto con todas sus circunstancias J. C. era persona mas que humana.

M. Por qué?

D. Porque á su voz y mandato sucedia el efecto sin tardanza

M. ¿No pueden atribuirse á alguna causa natural oculta cuyos efectos conocen los sábios, y admiran los ignorantes?

D. No: porque repugna causa natural que produzca efecto sobrenatural, como dar vida al que no la tiene y multiplicar las semillas sin sembrarlas.

M. ¿No pueden hacerse aquellos prodigios por virtud natural de algun genio?

D. No: porque estos no pueden trastornar, alterar ni invertir el orden natural que ellos no hicieron ni conservan.

M. ¿Y no pudo ser en virtud de permission ó autoridad divina dada á los espíritus?

D. Tampoco: lo uno porque Dios no puede autorizar la impiedad, y lo otro porque no permite sin medida y para malos fines.

M. ¿Y si pudiese haber sucedido así?

D. Tampoco se destruye el argumento.

M. ¿Por qué?

D. Porque aun entonces se hubiera manifestado el mayor milagro que era la destruccion del imperio del demonio con sus armas, lo cual fue el principal obgeto de la divina mision.

M. ¿Y que sacas de todo esto?

D. Que la divina mision de J. C. está evidentemente probada por hechos indubitables que no pueden tacharse por ningun lado de humanas.



LECCION V.

La propagacion del Evangelio es un hecho constante que prueba la divinidad de su doctrina.

Que J. C. existió: que enseñó: que hizo portentos: y que fué creído, ya has visto que es innegable: pues vamos á otro hecho que es menos dudable (si es posible) que los anteriores. Despues de la muerte de J. C. sus discípulos se esparcieron por el mundo, predicaron la nueva doctrina y fueron creídos, de que resultó la conversion de muchos millares de personas de todos sexos, edades, religiones y clases. Es escusado probar este hecho; porque nadie le niega, ni pone en duda: tan constante, comprobado, y sabido es. Nadie ignora los grandes rebaños de cristianos que se reunieron en la doctrina de J. C. en Jerusalem, Samaria, Antioquía, Alejandría y Roma: sin otros no poco numerosos en otras

muchas partes del Asia, Africa y Europa.

¿Y que inferiremos de esto? Nada menos que una prueba fortísima de la divinidad de la doctrina. No lo infieren así los incrédulos. Ellos deducen »la lastimosa endebléz del entendimiento humano tan facil á preocuparse con la novedad. El predominio que tiene la opinion, ó capricho. La ilusion que causa el deseo de fama postuma. El interes de los discipulos en la gloria de su Maestro: y la lastimosa ignorancia de aquellos tiempos: en virtud de lo cual no dudan decir: que los progresos de la Iglesia es obra meramente humana: que se empezó á seducir el pueblo cuando no habia impresion alguna; tiempo en que solo reinaba la imaginacion, y en que las mas estrabagantes visiones encontraban sectarios: y en un siglo en que el gusto estaba en la diversidad de opiniones. Que no hay como proponer al pueblo cosas maravillosas para que crea; porque se alaga su orgullo proponiénd-

dole á creer, lo que no entiende. Es verdad que se propuso á su vista un hombre crucificado; pero juntamente se les predicaba, que habia hecho milagros, que habia resucitado, y subido á los cielos: que era Dios, que por nosotros se habia sugetado á tantos trabajos. Esto era, dice, lo que se concilió la fe y compasion de un pueblo impio, incapaz de reflexion, ni exámen. Como haya, continúa, doce hombres á los que yo pueda persuadir que no hay sol, espero que naciones enteras habian de seguir esta opinion."

Ve aqui lo que se habla cuando no hay que decir. Con que venimos á parar en que los discípulos engañados por su Maestro, le creyeron: que ellos ó de buena ó de mala fe persuadieron á un populacho incapaz de discernimiento: que se aprovecharon de un tiempo de profunda ignorancia, y en que solo se ansiaban doctrinas nuevas y estraordinarias, moviendo los resortes del orgullo, y con la esperanza de bienes fu-

turos; y que todo esto lo hicieron los Apóstoles, diciendo que su Maestro habia hecho milagros: para exaltar de este modo su gloria, y echar en cara á los jueces la injusticia de haberle condenado á muerte: que todo esto es muy facil; porque en reuniéndose doce hombres á decir una misma cosa, la persuadirán á todo el mundo.

Me alegrára poder hacerte ver de espacio, cuan llenos de malas consecuencias están estos discursos, cuan embrolladas las verdades, y mezcladas de falsas suposiciones; de ignorancia de la historia, ó de mentiras, que es lo que mas bien creo; cuan poco conocimiento manifiestan del corazon humano, y cuan llenas de malicia las espresiones. Debo consultar la brevedad, y no me he propuesto impugnar ningun autor en particular. Todo esto lo podrás inferir luego que yo te pinte las circunstancias ciertas y averiguadas del hecho.

Ya te he demostrado que los discípulos ni fueron crédulos, ni pudie-

ron ser engañados: veamos ahora si estos mismos pudieron engañar, y si los que creyeron pudieron ser engañados. Ellos predicaron la doctrina que habian aprendido de su Maestro. Una doctrina de que estaban íntimamente convencidos por datos indubitables: en este no cabia engaño; porque estaban evidentemente ciertos. Luego no pudieron engañar de mala fe. Ni tampoco de buena; porque tenian de la verdad evidentes pruebas. Los Apóstoles no publicaron la doctrina de su Maestro muchos años despues de su muerte, sino á pocos dias: tiempo en que vivian todos los que pudieron ver y vieron, los prodigios que aseguraban haber hecho. Esta predicacion no fue en una ú otra casa particular ó aldea, y de esto es prueba evidente el hecho, porque en las principales ciudades fue donde se formaron las principales iglesias: no en region remota de donde sucedieron, sino en Jerusalem y toda la Judea. Estas circunstancias son innegables. Los Apóstoles fueron hombres de la

ínfima plebe, pobres, sin conexiones, poder, ni letras. Esto es tambien cierto, y lo suponen las mismas razones de los incrédulos; porque solo un vulgo ignorante pudo creer, segun ellos dicen, lo que creyeron.

Los que creyeron á los Apóstoles no fueron todos del vulgo; pues es constante que fueron juzgados y murieron por esta causa filósofos, palaciegos, militares de graduacion, senadores, jueces, caballeros y otros de ilustres familias, y los escritos de muchísimos de aquellos tiempos manifiestan su instruccion y talentos. Esto no es suposicion sino innegable verdad; y pudiera hacerte de todos un largo catálogo.

Veamos ahora otras circunstancias de mucho interes, que son el estado de ilustracion con relacion á la religion y el de las costumbres, en que se hallaba el mundo, tanto en el vulgo como en las personas literatas.

Comencemos por los judios, y samaritanos, que oyeron los primeros la predicacion de los Apóstoles en

sus plazas, y sinagogas. Las revoluciones que padecieron los judios desde el tiempo de los Reyes de Soria: las emigraciones al Egipto, principalmente, ó por la dicha causa, ó por motivo de comercio: la sugesion, y trato con los romanos, no los implicó en la idolatria, como antes del cautiverio Babilónico; pero estas causas no dejaron de relajar sus costumbres, y estraviar sus opiniones.

Alejandro el Grande llevó con sus armas al Oriente los sistemas filosóficos de los griegos. Los de Platon y Pitágoras, como mas análogos á los de los caldeos, tuvieron la aceptacion sobre los demas, y fueron tambien adoptados en Egipto en donde los caldeos y persas habian propagado sus ideas antes de las conquistas de Alejandro. Estos sistemas en tiempos posteriores padecieron sus alteraciones, de modo que antes del nacimiento de J. C. aunque en la Grecia estaba olvidado casi enteramente el sistema de Pitá-

goras, corria en cierto modo en el Oriente y Egipto; pero como mezclado con el de Platon, y con las ideas cabalísticas caldeas. De estas alteraciones se habia formado con preferencia á todos un sistema metafísico-jeológico, que era comunmente seguido en el Oriente y Egipto. Los filósofos judios, ya para defender su religion contra los paganos, ya para explicar muchos lugares oscuros de Moises, ó ya por uno y otro, adoptaron tambien esta filosofia. Con las estrabagancias de las emanaciones, y el poder de los genios explicaban la creacion, los milagros de Moises, y casi todas las maravillas que se leen en su historia, el curso de las cosas, los fenómenos naturales, y los sucesos buenos y malos. No obstante este general sistema, estaban divididos entre sí en varias sectas, cuyos puntos capitales eran consecuencias de la doctrina general entendida ó aplicada de distinto modo, segun la analogía ó dispariedad, que encontraban con

los testos ó sus tradiciones. Cuatro eran las principales en que se dividian.

Los fariseos, segun Josefo, creian que todo sucedia por necesario destino, eceptuando las acciones libres del hombre; y aunque defendian la la resurreccion, admitian tambien la transmigracion Pitagórica aunque con alguna limitacion, y eran muy adictos á sus tradiciones supersticiosas.

Las saducéos se ceñian á la letra; no admitan tradiciones: negaban la inmortalidad del alma: y su espiritualidad: ni concedian mas premio y castigo que el temporal de esta vida.

Los esenéos desechaban con los saducéos las tradiciones de los fariseos; pero admitian con estos la inmortalidad de las almas, mas no la resurreccion, y estaban casi tan implicados en el materialismo como los saduceos. Todas estas sectas se dividian en varios ramos, que seria prolijo esplicarte, como tambien hacerte un plan detallado de todo el sistema de estos.

Los samaritanos no admitian mas libros que los de Moisés, desecharon las tradiciones, y estaban mucho mas implicados en la magia por las supersticiones cabalísticas; pero el punto mas principal de la division entre estos y los judios era sobre el lugar de la adoracion: ellos adoraban en Garizcin, y los judios decian que solo era lícito en Jerusalem.

No obstante estas divisiones de opinion, que pasaban á furia; convenian todos en varios puntos con la mayor adhesion: la perpetuidad de la ley de Moisés, y la esperanza de un libertador brillante y poderoso, que sujetando á su dominio las naciones los haria, no solo libres, sino como señores de todo el mundo; y que desde su capital Jerusalem daria la ley al universo.

El vulgo de los jucios era, como en todas partes, y en todos tiempos, ignorante en el fondo de las investigaciones filosóficas de los sábios; pero envueltas entre las estrabagantes ideas que oian á sus doctores, y

que digerian mal, no ignoraban su ley, y estaban muy encaprichados con su equivocado libertador, y la perpetuidad de sus legales.

No hablemos detalladamente de las costumbres morales; porque estas poco mas ó menos eran entre ellos como en todas partes. Todo el mayor cuidado estaba en esterioridades, y muy poco en la reforma del hombre interior. Como se labasen, v. g., las manos antes de comer, no importaba cuidar poco de la templanza. En llevando cosidos á los vestidos muchos testos de la ley andando con estremado cuidado para que no tocasse nada inmundo: llevando la cabeza baja: con otras infinitas esterioridades ridículas, no importaba tener una ambicion demesurada, una codicia intolerable, y un orgullo chocante. El adulterio tan severamente prohibido en la ley, no era raro entre los judios de estos tiempos: el repudio muy frecuente: la usura muy comun y los officios para con los padres muy poco observados con pretesto de religion.

Vamos á los gentiles. Si Roma habia llevado sus victoriosas armas á todas las partes del mundo conocido, tambien habia traído en cambio las costumbres, artes, ciencias y supersticiones de las naciones conquistadas. Poco mas de dos siglos antes de la venida de J. C. apenas se cultivaban en Roma otras ciencias que la jurisprudencia, el arte militar, la oratoria y la historia; y el respeto á las supersticiones religiosas de sus mayores, hizo por mucho tiempo el caracter romano. Pero rodeados por todas partes de pueblos y naciones, que cultivaban las artes y las ciencias, se introdujo entre ellos el deseo de poseerlas. Los griegos con sus conquistas, colonias, y comercio, habian sembrado su literatura en muchas partes del Africa, Asia y Europa, y en todas estas partes habia filósofos muy famosos de todas escuelas.

La conquista del Egipto, Grecia, Españas, Galias y otras que hicieron en el Oriente, facilitó á los roma-

nos el trato con muchos y muy famosos filósofos. La moral de Sócrates, Platon, y Zenon, dió cierto aire de dulzura y elevacion á muchos espíritus marciales, y los hizo juntamente amables y temibles. Poco á poco se fue estendiendo el gusto á la filosofía, y ya los padres embiaban sus hijos á la Grecia á oír los mas famosos maestros. Se establecieron escuelas en Roma, y en donde se estudiaba con entusiasmo. Pronto se hicieron de moda las ideas filosóficas: y cada uno adoptaba aquel sistema, que le parecia ó mas análogo á la verdad, ó á sus caprichos.

Los estoicos descubrian en la disposicion y orden de la naturaleza un principio inteligente; pero no, les parecia atribuir al mismo los desórdenes, que, á su parecer, observaban; por esto admitian como causa de ellos la materia; sin confesar por esto la absoluta espiritualidad del otro principio. Admitian tambien el hado. La virtud era sola buena, y el vicio malo: todo lo demas indife-

rente, é iguales todos los delitos. No faltaban favoritos á Platon y Pitágoras á lo menos en algunos puntos de su doctrina, ya sobre la eternidad de la materia, sobre las emanaciones de los seres, y gobierno de los genios.

En los últimos años de la república es constante á que extremo llegó la corrupcion de las costumbres con las riquezas y el lujo, y fuese causa ó efecto, el sistema filosófico mas seguido era el de Epicuro, que venia á ser como el materialismo de los paganos. Todas las cosas segun esta doctrina eran combinacion de la materia. De consiguiente, ni el alma del hombre se eximia de ser materia. Admitia muchos dioses todos de humana figura y de una materia mucho mas sutil; pero sin mezclarse de modo alguno en las cosas humanas. Constituian la felicidad en el deleite: esto es, en vivir sin incomodidad en el cuerpo, y con tranquilidad en el alma. Ya se hecha de ver quan cerca de esta doctrina está la

impune satisfaccion de los apetitos. Asi los ambiciosos, voluptuosos, y todos los que tenian que temer por sus delitos alguna vida futura, abrazaban con placer este sistema, como sucede hoy á nuestros ateistas. Esta filosofía que habia ya afeminado, y abatido el ánimo de los griegos fue, segun Montesquien, la que acabó de envilecer el de los romanos. Augusto, que se hizo absoluto en el imperio romano, protegió con el mayor ardor todas las artes y ciencias: y es constante que su reinado fué el de las letras, y su siglo el de la ilustracion Romana. Horacio, Ovidio, Virgilio, y otros hicieron familiares, y vulgarizaron los sistemas filosóficos de los griegos. Roma por la paz que dió al mundo aquel príncipe, tuvo oportunidad para satisfacer su gusto en la literatura; y gozando de las riquezas que le habian atraído sus conquistas, la tuvo tambien para acabar de afeminarse y corromperse en sus costumbres. Estas recibieron mayor herida en

tiempo de Tiberio sucesor de Augusto, y el gusto por las bellas letras llegó á un indecoroso exceso. Los caballeros, y aun los mismos senadores pasaban la mayor parte del tiempo con los farsantes, y en la corte de los pantomimos, hasta hacerse sus esclavos, segun la espresion de Séneca. Habia partidos, y parcialidades en tanto extremo, que mas de una vez ocuparon estos desórdenes la atencion del senado, y dieron motivo á varias reformas, que tenian por lo regular poco ó ningun efecto. El caracter de Tiberio príncipe astutamente ambicioso, inexôrable y cruel, acabó de abatir los ánimos á una vil adulacion. Las proscripciones, odios, y crueldades á que habian dado motivo las anteriores revoluciones, de tal modo endurecieron el corazon que junto con la licencia apenas habian dejado sentimientos de humanidad, y de virtud: asi los espectáculos crueles, y tambien los afeminados, eran sus mas amadas diversiones, y el lujo destructor se

hizo razon de estado. Habia no obstante algunos hombres de bien, que lloraban la pérdida de la libertad, y de las buenas costumbres; pero fuese política antirrepublicana, falta de fuerzas de la tirania, ó abundancia escesiva del mal, no se encontraba remedio. El populacho en todas partes menos instruido, aunque tal vez mas insolente, y soezmente corrompido, estaba no menos implicado en los crímenes de los principales, pero muy encaprichado en la credulidad de sus dioses.

Despues de esta breve pintura, hechemos ahora una ojeada general sobre el estado dispositivo en que estaba el mundo para recibir la doctrina de J. C. Los literatos divididos en sectas, opiniones y sistemas; pero que subsistian en unos principios, ó en la substancia ó en el modo muy opuestos á los del Evangelio, y esto con tanta adhesion como causa á cada uno su mismo convencimiento. Otro sin número de personas, aunque no dadas precisamen-

te á las investigaciones filosóficas, tenían bien cultivados sus talentos ó con las bellas letras, ó con otras ciencias, sin ignorar por esto enteramente el sentir de los filósofos. Y otros aunque ignorantes, podemos concebirllos en algun modo orientados de las ideas corrientes; pero por lo mismo adictos al politeismo, á las paganas supersticiones, y á las tradiciones de sus mayores: y á todos ya por sábios, ya por instruidos, ya por ignorantes, envueltos, é implacados en la general corrupcion de las costumbres; y lo que es mas, hechos puntos de religion ó de política los escesos mas abominables. En una palabra: la ciencia, la ignorancia y las costumbres, eran de suyo bien contrarias disposiciones para recibir el cristianismo, cuyas máximas destruyen los mas de los principios y consecuencia de aquella ciencia, son muy obscuras é imperceptibles á la preocupada ignorancia, y enteramente contrarias á los apetitos. Es muy facil adoptar doctrinas que

amplien la libertad; por eso es naturalmente imposible que se adopten las que restringen; y mucho mas si aquellas están autorizadas: aun el dejar generalmente las austeras por las libres, como aquellas estén radicadas, no es sino paulatinamente; por lo mismo aumenta la dificultad el que lo contrario sea naturalmente de repente.

A nosotros nos parecerá tal vez muy facil esta mudanza; porque miramos todas aquellas preocupaciones tan contrarias á la razon, que á poca reflexion que se haga puede conocerse su insuficiencia; de consiguiente poco trabajo podria costar atraerlos á cualquier creencia, haciéndoles ver la inconsecuencia de la suya; mas esto se nos ocurre sin reflexion. Nosotros comparamos nuestra filosofía con la de aquellos (hablo con respecto á la religion y costumbres) despues de los descubrimientos que aquellos no tuvieron. Mirados aquellos sistemas con relacion á los filósofos de su tiempo, tenían

para ellos tanta credibilidad, proporcionalmente hablando, como para nosotros hoy los de Newton, y Copérnico. Yo estoy persuadido á que los principios, en que estribaban, fueron los últimos esfuerzos, que pudo hacer el entendimiento humano por sí solo, y sin otra luz. Si ellos fueron cortos, con relacion á nuestras luces, fueron muy grandes en atencion á sus tinieblas. Creo que, si la luz del Evangelio no nos hubiera iluminado, durarian entre nosotros, como dogmas sus pareceres sobre la creacion, ó eternidad de la materia; economía y gobierno del mundo; sobre el origen del bien y del mal; sobre nuestras almas, destinos, premios, castigos, libertad: sobre la naturaleza de la primera causa, y otras. Lo cierto es que los filósofos que en nuestros dias se han apartado de aquella luz, no han adelantado un paso á las sutilezas de aquellos.

Es menester hacerse cargo de lo que influyen en los literatos las ideas

que oidas, estudiadas ó meditadas hacen el fondo de sus deliberadas opiniones; no se muda facilmente lo que con trabajo propio y dificultad se adquirió, cuyo íntimo convencimiento, aunque no sea por evidencia, es un efecto del propio pensamiento muy difícil de borrar. Es menester tambien tener presente, lo que influyen, aun en los ignorantes, las ideas, especialmente en materia de religion, que se adquieren con la educacion, se ven autorizadas con la inmemorial costumbre, y ratificadas con la práctica universal. Por esto mas bien llamamos á la razon para ajustarla á nuestros pareceres, que ajustamos estos á la razon. Esta es la causa porque no faltaron á los paganos hombres que dieron al politeismo toda la apariencia de verdad de que es susceptible semejante absurdo. Con que sacamos que no estaba el mundo tan ignorante, como ni en el modo que se quiere suponer, ni tan facil á mutaciones religiosas, ni tan dispuesto á engaños; pero mucho menos á una

mutacion total, repentina, y sin analogia alguna entre las ideas nuevas con las viejas. En esta verdadera suposicion discurramos ahora de buena fe.

¿ Cabe en el órden natural de las cosas que doce hombres, pobres, rústicos, y conocidos por de la ínfima plebe, trastornen con sola su palabra el orbe moral y religioso, no de una casa ó aldea sino de ciudades, regiones y aun reynos? No de uno, veinte ó cien hombres sino de millares? Si el hecho no fuese tan constante nadie era capaz de creerlo. Si á doce hombres se les pudiese persuadir que no habia sol, no dudo que lo persuadirian á todo el mundo con tal que (si fuese posible) ellos usasen de los mismos medios, que era menester haber practicado con ellos para persuadirlos, esto es, de señales y testimonios mas evidentes, que lo es la existencia del sol. Entusiasmados los Apóstoles con las mismas ideas que los demas judios, no pudieron creer con tanta adhesion la

doctrina de J. C. si no hubieran visto testimonios evidentísimos, que la hiciese creible, ni ellos se hubieran interesado en propagarla, segun el mandato de su Maestro, si no hubieran estado ciertos de que era divina; ni tampoco la hubieran hecho creible á nadie, sin usar de los mismos medios porque ellos creyeron.

Pongámonos con la imaginacion en medio de las plazas de Jerusalem y en las sinagogas judáicas en los dias de mayor concurso de gentes de todas clases y naciones: contemplemos aquel numeroso pueblo encaprichado en la duracion de sus legales, y en la esperanza de su brillante libertador: miremos á aquellos entumecidos sábios, entusiasmados en sus opiniones filosóficas: y que levantando la voz un despreciado pescador de las playas de Galiléa, ó un aborrecido publicano, dice: que vino ya el Libertador: que lo es el hombre llamado Jesus á quien crucificaron el otro dia entre dos ladrones: que este es Dios: que habia dado cum-

plimiento á la ley: que ha resucitado y subido á los cielos: y que ellos le han visto. Pregunto ¿atendiendo al órden natural de las cosas humanas, es posible la conversion de algunos por solo el dicho de estos hombres, contra la opinion comun, contra el juicio de los tribunales, y contra la reputacion de todo un sábio senado el mas respetable entre los judios? No es posible; pero si asi hubiese sucedido, era un hecho no menos auténtico de la obra del supremo poder de Dios sobre el humano corazon, y un testimonio insuperable de la divinidad de la doctrina; pues solo una divina y fortísima uncion era capaz de semejante trastorno: no alcanza á esto la natural fuerza. Los Apóstoles digeron que su Maestro habia hecho milagros ¿y porque ellos lo digesen lo hubiera creido nadie, si no hubiera sido constantemente cierto? ¿por qué se creen con tanta facilidad portentos? Aunque nose atendiese sino á la natural curiosidad del hombre, naturalmente

inclinado á cerciorarse de lo que oye maravilloso, basta para inferir que era constante lo que aseguraban, el público, averiguado el embuste, bastaba por sí solo cuando menos, á que nadie hubiera dado asenso, y el cristianismo hubiera sido ahogado tan en sus principios, que ni memoria hubiera quedado de él. Digo cuando menos; porque una tan blasfema impostura, tan nada paliada, y tan abiertamente falsa: una calumnia tan grosera contra los príncipes y magistrados, no hubiera pasado adelante, si los hechos con que atestiguaban no fuesen constantes, é intergiversables. Otras circunstancias aumentan aun mas la fuerza de este discurso; pero los dejaré por ahora; las oirás despues de haberte evidenciado la autoridad de la historia evangélica: por ahora basta atenernos al hecho.

De Jerusalem pasemos á Antioquía, Efeso, Corinto, Atenas, Alejandria, y Roma: que enmedio de un lujo ostentoso y fanático, á vista de su-

tiles filósofos; á los oídos de literatos entusiastas: á presencia de nobles orgullosos: y rodeados de inmenso preocupado pueblo, escrupuloso en sus supersticiones, y corrompido con autorizadas costumbres: imaginémosnos, digo, que alza la voz un pobre, y despreciable judío, sin enlaces, sin amigos y sin recomendaciones poderosas, dice: que la religión, que aprendieron de sus mayores, es enteramente falsa: que no hay mas que un Dios, no conocido de sus mas hábiles filósofos: que tomó carne; que padeció y murió: que resucitó y subió á los cielos: que juzgará al mundo: que es el mismo que acababa de padecer el último suplicio por sentencia de Pilato en Jerusalem: que á él solo se debe la adoración: que para seguirle es menester renunciar á los placeres: despreciar de corazón las riquezas y honores: abrazar la áspera penitencia: negarse enteramente á sí mismos: deponer ó reformar las ideas filosóficas, pues ha enseñado que todas son efectos de

las tinieblas y desvarío del humano entendimiento: por último; que para seguir su doctrina es menester disponerse á padecer los mas acervos tormentos y aun la misma muerte, si fuese necesario, por defenderla.

Conocidas las disposiciones naturales del hombre, la naturaleza del humano corazon, y demas circunstancias: pregunto ¿puede concebirse como natural consecuencia que alguno creyese? Cosa extraordinaria seria que al momento no le hubieran abrumado con piedras la multitud, antes que algun tribunal le hubiese condenado como blasfemo, ó encerrado como á frenético.

Verdaderamente, la doctrina que predicaban los Apóstoles, mirada por lo que en ella aparecia, á nadie interesaba, y á todos perjudicaba. Trastornaba las ideas, y costumbres: ofrecia trabajos, persecuciones, desprendimientos muy difíciles, y aun la misma muerte. En su apariencia ningun aliciente prometia que interesase, ni cosa que hiciese temer en no reci-

ven naturalmente tan poco á los que creemos ¿qué podrian interesar á los que ni creían, ni los comprehendian, ni habian oido hablar de ellos hasta entonces? Si tan poco nos retraen de nuestros apetitos el temor de los males eternos, que creemos ¿qué fuerza podrian naturalmente hacer á los que ni eternidad concebian? luego el hecho manifiesta una obra que no puede ser natural: de consiguiente solo de Dios.

Aquella creencia no puede entrar en el número de las preocupaciones; pues no cabe en humano entendimiento el concebirla, y nadie se preocupa en admitir facilmente lo que es contra sus intereses aprehendidos; pero mucho menos puede aquella doctrina alagar el orgullo; pues ella esencialmente le destruye.

Es muy cierto que los Apóstoles se interesaban en la gloria de su Maestro; pero en esto no podian buscar la suya propia; pues sabian de antemano y experimentaban que iban por este medio á sufrir desprecios y

contradicciones, y que la brillante grandeza del mundo no era para ellos. Buscaban la gloria de su Maestro predicando su doctrina, porque conocieron que era verdadera; pues ningún otro interes aparece en esponerse al odio comun, y á la misma muerte por defenderla, despues de extraordinarios trabajos en propagarla. La fama póstuma la han buscado siempre los hombres por acciones brillantes, y ruidosas de suyo, por sólidos monumentos ó por obras que conocian debian ser aceptas á los ojos de los hombres; pero jamás ha ocurrido á los hombres buscarse gloria por unos medios, que, naturalmente considerados, ó le han de traer el olvido, la indiferencia ó el desprecio. Tales entusiasmos podrian acaso presumirse en uno ú otro hombre, de muy raras circunstancias; pero no en muchísimos. La reunion y perfecta conformidad de mas de ochenta hombres, ni aun de doce en una misma doctrina espuestos á las mayores pérdidas, sin el mas mínimo

humano interés, solo porque se digera que un ajusticiado era Dios, es una especie no solo estrabagante, sino naturalmente imposible al corazon humano. Luego el hecho arguye fuerza de verdad, y de un efecto mas que de humano poder.

Luego la doctrina que predicaron los Apóstoles no pudo ser creida sin haberse propuesto como mas creible, que todas las presumidas á que estaba el mundo intimamente persuadido. La sola presentacion de la doctrina no podia causar esta evidencia; la humana retórica no alcanza por sí misma á demostrarla, ni persuadirla: luego, ó fue efecto de una divina interior operacion que trastorna los corazones, ó tuvieron motivos evidentes que se la hicieron indubitable, ó uno y otro, que es lo cierto; porque es tal la dificultad de la empresa que no basta ningun exterior aliciente por sí solo; mas Dios que obraba invisible é interiormente, quiso tambien dar señales exteriores para hacer inescusable la incredulidad.

Estas fueron la facultad de hacer milagros en confirmacion de ella y hacerlos efectivamente los Apóstoles. Nuevo hecho tan constante como los otros que confirma indubitavelmente la divinidad del Maestro y de la doctrina.

» Pero ¿de cuantos impostores nos hacen relacion las historias? Todos han principiado por instruir en sus inventos á algunos pocos hombres: con portentos ó sin ellos los han traído á su poder: y estos interesados en su doctrina, la han propagado despues inmensamente: buen egeemplo de esto es Mahoma. No pudiéndose decir que sus doctrinas, ni la propagacion de ellas fueron divinas, habrá tambien motivo para sospechar á lo menos, que la obra de la propagacion evangélica fué meramente humana.“ Estos dos puntos harán las lecciones siguientes. Recopilemos esta.

PREGUNTAS.

M. ¿Los Discípulos de Jesus propagaron su doctrina?

D. Si.

M. ¿Fué creída de muchos?

D. Lo fue de millares de personas de todos sexôs, edades, climas y circunstancias.

M. ¿Qué disposiciones naturales tenía el mundo para recibir la doctrina de J. C.?

D. Verisimilmente todas eran muy contrarias.

M. Por que?

D. Porque todos los sistemas religiosos, filosóficos, y las envejecidas malas costumbres, ó en la substancia ó en el modo, se oponian á la doctrina y máximas de J. C.

M. ¿Deberá atribuirse la propagacion á engaño ó persuasiva de los Discípulos?

D. No: porque ellos estaban íntimamente persuadidos á lo que predicaban; eran rústicos, y la misteriosa doctrina no puede demostrarse en sí mismo por razon.

M. ¿Seria efecto de la credulidad ó ignorancia de algunos del poblacho, por la poca ilustracion de aquellos tiempos?

D. No: porque fueron muchísimos los creyentes en muy diversas partes, de todas clases, muchos muy instruidos, y en siglo que fué el ilustrado de aquellos tiempos.

M. *¿ Creerian estos sin exámen y como á ciegas?*

D. Naturalmente no puede ser: porque cuando la multitud muda de pronto de costumbres é ideas, á no haber interes ó la fuerza, no lo hace sin exámen.

M. *¿ Podrá atribuirse á la reunion de muchos en decir una misma cosa?*

D. Muy difícil es esto entre muchísimos sin esperanza de interes; pero es imposible que quepa en tantos publicar mentiras delante de quien las sabe ó las puede averiguar, aunque no sea sino por curiosidad.

M. *¿ Qué causa pues deberá admitirse del efecto de que hablamos?*

D. Una sobrenatural que obraba tanto en los que predicaban como en los que creían, que hacia creíble la doctrina.

M. ¿ Como la hicieron creible los Apóstoles.?

D. Por los milagros que obraron.

M. ¿Cómo la creyeron los oyentes?

D. Por un íntimo convencimiento mas cierto que el de todos sus sistemas y costumbres ocasionado por la evidencia de los milagros con que se confirmaba la doctrina, y de una interior unción con que se sentian movidos á abrazarla.

LECCION VI.

La obra del establecimiento y propagacion del Evangelio ninguna semejanza tiene con las de este género que ha hecho la humana prudencia, pues está plantada contra todas las reglas de esta: de consiguiente es divina.

Los caracteres del establecimiento de la Religion cristiana son tan privativos de ella, que, en considerándolos atentamente, se observa una obra, que no tiene semejante. Está rodeada de tales circunstancias, que su plan manifiesta desde luego una inteligencia poderosa y sobrehumana. Solo Dios, que prevee, y provee todas las cosas, pudo hacer una obra que en nada se asemejase á las que, por sus altos, é incomprehensibles juicios, permite á la prudencia humana. Quiso poner en ella tales señales que no pudiese dudar del autor, el que las contemplase.

Muchos impostores han aparecido en varias edades mas ó menos sagaces, afortunados, y maravillosos; pero, si vamos discurrendo por cada uno de los que tenemos noticia, se observa que se valieron de la reunion de muchas circunstancias favorables, que se les brindaron, ó ellos dispusieron; y que usaron de medios conocidamente humanos. Siempre fueron menos afortunados, los que quisieron parecer mas divinos. Todos los impostores, que han pretendido hacerse creer por milagros, y maravillas, han quedado mas pronto por embusteros: porque, habiendo llamado la atencion y excitado la curiosidad de la multitud, han sido descubiertas sus patrañas, abandonado el gefe, extinguida su grey, y olvidada, ó aborrecida su doctrina. Prueba bien clara de que la multitud no se deja engañar tan facilmente con portentos.

No fué J. C. ni el primero ni el último de los judios que dijo era el Mesías. Como por aquellos tiempos debian cumplirse los vaticinios, hu-

bo muchos impostores, que quisieron hacerse famosos. No tenemos individual noticia de los anteriores; pero sí sabemos que su gloria fue bien pasajera; y aunque no hubiesen tenido mas castigo que el desprecio y olvido, se manifestó muy claramente la mentira. Argumento de que se valió Gamaliel, segun nuestra sagrada historia, para observar si era de Dios, ó no la mision de los Apóstoles de J. C. Despues de este Señor, los samaritanos Dositéo y Simon Mago quisieron hacerse hombres de provecho, cuya doctrina, si fué confirmada con los prodigios que se atribuyen á este último, fue tan pasajera como sus prestigios. Si se ha de dar fe á sus maravillas, es menester dar mucha mas á lo aparente de ellas; pues de la misma historia en que consta que fué mago, consta tambien que quiso comprar de los Apóstoles el don de hacer milagros.

El judio Bar-cochebas encontró en el crédito de su amigo Akiba, famoso Rabino, y en los deseos de li-

bertad de sus compatriotas, las mas bellas disposiciones para hacerse el Mesías libertador. Facilmente se cree, lo que con ansia se desea. Revelose contra Adriano; pero costó á los judios la mision de su guerrero caudillo quinientos y ochenta mil hombres, segun el cómputo de muchos historiadores.

Por último: en mas de veinte ó treinta falsos mesías, que sabemos haber tenido los judios despues del verdadero, todos han llevado el premio merecido á su mision caballerzca. Todos tuvieron secuaces: muchos de ellos prometieron, ó aparentaron maravillas; pero todo se disipó; porque es imposible sostener por mucho tiempo un engaño á presencia de la multitud. El hombre mas estólido, si es preocupado por otro, despues observa, investiga, combina, deduce, y si ve que sus esperanzas se frustran, desisten naturalmente con facilidad.

En todos los impostores, de cualquier clase que sean, se hechan de

ver circunstancias favorables á sus intentos. Los referidos mesías quisieron hacerse tales, segun la idea errada que de su libertador tuvieron los judios, y en las circunstancias de mayor opresion, ó persecucion que padecian sus connacionales. Prueba bien clara de que querian hacerse libres y grandes, aventurándose á ser libertadores. Los de todas las sectas han buscado poderosos apoyos. La autoridad, el dinero, las armas, lenguaje acomodado á las ideas de los oyentes, doctrinas análogas á las costumbres reinantes, la fuerza, el terror y la intriga, han sido siempre los resortes que han salido mejor á los impostores, que los portentos. Bien han conocido esto los mas famosos heresiarcas, y bien conoció esto el sagaz Mahomet. Estos conocieron mejor el corazón humano: los milagros verdaderos no los han hecho jamas, ni pueden hacerlos, los impostores; y á los aparentes, dejando la libertad al exámen, es consiguiente el pronto desengaño. Por esto Mahoma, á los que

le pedian milagros en confirmacion de su mision decia (Sura 3, 10, 17, 6, 7, 61.) que el hacer milagros era solo don de Dios, que le daba á quien queria: que á J. C. y á Moisés habia dado esta gracia; pero que él no habia sido embiado para hacerlos, sino para anunciar la felicidad del Paraiso.

Dos cosas encuentro admirables en este impostor: la constancia en hacer el papel de iluminado, y la oportunidad, con que sabia valerse de las circunstancias. Estas dos cosas nada tienen de sobrenaturales: ellas no son frecuentes en los hombres, y esto solo tienen de extraordinario; por esto mismo no todos los caracteres son á propósito para impostores con buen éxito. Por lo demas, no hizo otra cosa Mahoma que, lo que pudieron haber hecho Sesostris, Ciro, Alejandro y otros famosos conquistadores.

Bien constante es el estado en que se hallaba el Oriente, y aun el Occidente, á fines del siglo 6.^o y principios del 7.^o De muy atrás venia

el daño, que padecía el imperio en estos tiempos. El mal habia ya carcomido, por decirlo asi, de tal manera sus fundamentos, que solo se esperaba uno, que se atreviese á dar el impulso para derribarle. De los emperadores del 6.^o siglo solo Justiniano se mostró capaz de sostener la gloria de un digno emperador; pero sus sucesores acabaron la obra de la destruccion, que habian comenzado los anteriores. Las usurpaciones, divisiones, guerras, persecuciones, irrupciones de los bárbaros: la emulacion, odio, embidia entre los generales: las bejaciones é inicuas exáciones de los gobernadores: la afeminacion de los magnates, la flojedad y pereza de los príncipes: la falta de equilibrio en las potestades: la adulacion, la codicia, la demesurada ambicion, los regicidios, y toda clase de intrigas, habian constituido al imperio en el extremo de los males. Sobre todo el mezclarse los príncipes demasadamente en asuntos de religion. Cada secta, cada par-

tido, buscaba apoyos en el príncipe, y en sus favoritos aulicos. De ellos (de buena ó de mala fe) unos favorecian á los hereges de esta secta, otros los de aquella: cual los perseguia con todo su poder: cual favorecia á los católicos , y cual los perseguia de muerte. De este modo , mientras se ventilaba en las salas de palacio si J. C. era consubstancia! al Padre: si habia en él dos personas ó una: si se habian ó no confundido las naturalezas con la union del Verbo: si en Cristo habia dos voluntades ó una: si habia ó no de admitirse el concilio de Calcedonia: mientras se leían las representaciones de los obispos de todos los partidos, y se daban los decretos favorables, ó adversos: mientras se recibian las noticias de las violencias, y disturbios causados ya aqui, ya allí, por los gefes de los partidos, no se cuidaba en el gabinete de los asuntos de estado, y se empeoraban los de la religion. Deben sí los monarcas sostener con una mano el incensario; pero no sol-

tar de la otra el cetro; mas desde Constantino muchos de los emperadores parece habian abandonado los muros, por internarse demasiado en el santuario, para introducir en él, tal vez con falsa piedad, la abominacion y el escándalo.

Esto habia causado un general desorden. Heraclio, que libró al imperio de un monstruoso asesino como Phocas, ocupaba el imperio por los años de 610. Aun permanecian bajo el imperio de Constantinopla la Grecia, Tracia, Mesopotamia, Siria, Palestina, Egipto y otras partes de Africa; pero estas provincias estaban á proporcion muy despobladas; pues las guerras, los partidos y las vejaciones, habian hecho morir, ó emigrar un sin número de habitantes; permaneciendo los demas en la miseria, disgustados con el gobierno, y deseosos de sacudir un yugo, que no podian soportar.

Enmedio de todos estos tan grandes y antiguos disturbios, los árabes habian conservado la paz y la liber-

tad. Esta tierra como mas feliz fué el asilo de muchísimos prófugos y espatriados de grado ó por fuerza de los estados vecinos. Los hereges de todas sectas: los judios, y tal vez muchos católicos, desterrados y perseguidos por los emperapores faccionarios, se habian establecido en aquella region y sus inmediaciones; no obstante que los árabes eran por la mayor parte idólatras. De consiguiente la Arabia y sus inmediaciones estaban llenas de judios de todas sectas, de arrianos, nestorianos, eutiquianos, apolinaristas, semiarrianos, y demas partidos. Muchísimos de estos habian quedado despojados de sus bienes ó por conquistas, ó por sentencia: y arrancados del seno de sus casas y familias, no les quedaban otras relaciones que el enfado, la rabia y el deseo de la postracion de un imperio, tan tiránico y desconcertado.

El politeismo estaba ya en estos tiempos casi destruido: habia sí algunos pueblos y aun reinos, en que

siendo la idolatria la religion de los príncipes, gozaba gages de predominante; pero en el sentir de todos los instruidos, y aun de infinitos del pueblo, la unidad de Dios era el artículo mas seguido; y si las divisiones entre los cristianos no hubieran escandalizado á los gentiles, talvez hubieran sido creidos los demas. En este artículo se reunian todas las heregias y sectas con los católicos como tambien en que J. C. habia sido embiado de Dios para dar á conocer su unidad, y enseñar una santa moral. Todas las disputas y desavenencias entre los cristianos se versaban acerca de los misterios; los cuales eran tambien *estulticia* para los gentiles: y aunque los judios no admitian á J. C. por el Mesías, ni podian negar su existencia, ni lo sanno de su doctrina.

No es necesario decir el abandono en que se hallaban las costumbres, y lo relajada que estaba la disciplina entre esta multitud. La mezcla de tantas sectas, la falta de pas-

tores, los pocos ó ningunos medios para la buena educacion, los malos egemplos, y todas las demas circunstancias, contribuían en todos á una fe tibia é indiferente; y aun talvez á mirar con cierto horror los misteriosos artículos, ocasion de las desavenencias, causas de tantos males. En estas circunstancias es facil una reunion, si hay quien la sepa egecutar. Todo el asunto está en hacer comunes los intereses; en apartar como nada substanciales los puntos de la division; y en presentar como solamente esenciales aquellos en que todos convienen. De este modo se forma un partido de los indiferentes; si se añade la fuerza se agregan tambien los tibios: se presenta á todos un brillante objeto; y entonces hasta los mismos enemigos, ó son atraidos ó vencidos. Este es el caso de la mision de Mahoma y sus apóstoles.

Ellos encontraron el Oriente, en lo político casi arruinado, en lo religioso dividido y en lo moral abandonado. Los ánimos agitados, las voluntades po-

co afectas al gobierno, y á los mas
 deseosos de reforma. Segun todo este
 plan dispuso Mahoma las cosas. Sus
 viages, y el roce con los cristianos
 y judios le dieron la instruccion su-
 ficiente en todas las sectas y parti-
 dos: su original nobleza, y las ad-
 quiridas riquezas le proporcionaron
 deudos, amigos y autoridad: un ca-
 racter sostenido, un tono firme, un
 aspecto impostor, y un hablar deci-
 sivo, hizo crédulos á algunos idio-
 tas, por otra parte afectos á la per-
 sona de aquel, y á sus propios in-
 tereses. No pienses que esta es una
 suposicion advitraria: todo el mun-
 do sabe quienes eran los árabes de
 aquellos tiempos, que estaban mu-
 cho menos ilustrados que los de es-
 tos, los cuales apenas han empeza-
 do á querer salir de la barbarie. Aun
 se conserva la memoria de muchos
 amigos y principales secuaces de Ma-
 homa cuya instruccion, si se limi-
 ta el arte de imbadir pueblos, es
 hacerles favor, no es lo mismo con-
 quistar que saber el arte de la guer-

ra; pero sea como fuere, de esto: lo cierto es que la superstición, y el robo eran casi todas sus ciencias. Luego que Mahoma se vió algo creído y respetado trató de dar la doctrina, de la que despues se formó el Alcorán. Puso grande estudio en reunir á todos, formándola á la contemplacion de todos. Decia que su objeto era restaurar la religion de Adan, Noé, Abraham, Moisés, J. C. y todos los demas profetas, purgándola de los errores de los idólatras, judios y de los que habian introducido los nuevos cristianos. Para contemporizar con los judios introdujo muchas tradiciones talmúdicas, muchos ritos y ceremonias de la ley: trató con bastante consideracion aun á los incrédulos, mientras no pudo usar de la fuerza; pero despues volvió en ódio su condescendencia. Para contentar á los idólatras, á quienes afeaba el politeismo, introdujo en su ley muchos de los ritos y costumbres de ellos. Aduló á los relajados é ignorantes cristianos y judios,

hablando con mucho respeto de Moïses, de J. C., de las escrituras y del Evangelio. Puso entre sus artículos la creencia de los ángeles, de las escrituras, de los enviados de Dios, la resurreccion, el juicio, castigo y premios futuros, y los decretos absolutos de Dios tan mal entendidos que no se diferencian de un necesario hado. Encarga á los cristianos (Sura 4.) que no se excedan de su religion: que no hablen de Dios sino la verdad: que Dios es uno solo: llama infieles (Sura 5) á los que digan en Dios tres ó tercero. Claro está, segun lo que ya te he dicho, á donde va á parar esto. Dice: (Sura 2.) (como cosa que se le reveló) que los que creen en libro á él revelado (el Alcorán) y en los libros revelados antes de él (el Pentatenco y Evangelio) y en la vida futura tienen la verdadera fé: remite á las escrituras, sin citar ningun pasage, en donde dice que está profetizada su mision (Sura 10.) de modo que se ostentó como reformador de los ju-

dios, idólatras y cristianos. Dejó muchos preceptos morales en que no había controversia, y quitó todos los puntos de disputa, como relajaciones, que no eran substanciales á la creencia. Encargó mucho la oracion, la limosna, y ayunos, cosas tan recomendadas, y practicadas entre los cristianos y judios. La circuncision, las purificaciones, el admitir las substancias medias, entre los ángeles buenos y malos, que llaman genios, y cierta especie de fatalismo, con otros muchos ritos, historias fabulosas creidas del vulgo &c. que fueron condescendencias con los árabes, judios y cristianos ignorantes.

Los puntos esenciales de creencia y necesarios para la salud, los redujo á dos: no hay otro Dios fuera de Dios, y Mahoma es su profeta. Asi todas las sectas, que son muchisimas, en que se diferencian los musulmanes, no los excluyen de la comunión, conviniendo en estos dos puntos. Por adular á los cristianos y judios dijo: (Sura 2.) que los que

creyesen en Dios y en el dia novísimo, y obrasen bien, recibirian su paga y no tendrian porque temer, ni serian contristados. Luego conoció que esto no le favorecia mucho y en otra parte, (Sura 3.) puso que, el que no siguiese su religion no seria acepto á Dios, y que pereceria en el futuro siglo. Prohibe (Sura 29.) no solo el disputar, sino tambien oír la disputa en materia de religion. Escusa (Sura 16.) enteramente de pecado á todo el que por fuerza ó por miedo, niegue aun los principales articulos, ó haga alguna cosa intrínsecamente mala. Mientras se vió sin fuerzas bastantes dijo: (Sura 2.) que á ninguno se le forzase á recibir la ley; mas despues que se vió con poder substiyó otra ley (Sura 9.) abrogando la primera, prometiendo el Paraíso como á mártires, y haciendo dignos de públicos honores, á los que muriesen en la guerra de propagacion. Era menester alagar las pasiones, y dar un cebo á la passion mas vehemente para perfeccio-

nar el plan; á este efecto permitió la poligamia y el repudio.

¿Quién no ve en todo esto una gerga de religion compuesta al paladar de todos? Si les obliga á dejar algunas cosas, se las recompensa con otras en que obraba con mucha mas adhesion la preocupacion, ignorancia, pasion, ó interes. La amplitud en las opiniones quitaba la piedra de escándalo de las divisiones. El prohibir las disputas era cerrar los ojos á la razon, y mantener la barbarie. Permitir la poligamia y el repudio, era alagar la devoradora pasion. Salvar de pecado por la fuerza ó temor de daño, era quitar el miedo, á que pudiera inducir la defensa de la doctrina, y recordar á los proscriptos por motivo de religion los males, de que le escusaba la nueva ley. El dar el título de mártires á los que peleasen contra los incrédulos, era hacer unos guerreros entusiastas, que satisfaciendo su furia, codicia, ambicion y todas las pasiones, encontrase la felicidad fu-

tura. Confirmándolos en el fatalismo, quitaba el horror que podría causar la contingencia de morir. Así cuando le daban noticia de haber muerto alguno de sus oficiales decía con gran serenidad y en tono de iluminado, que había muerto porque estaban ya cumplidos sus días; que lo mismo hubiera sido de otro modo.

No obstante todo esto no fueron en el principio muchos sus secuaces; pero él que se valia con oportunidad de todo, se los procuró. Habia entre las tribus árabes algunas diferencias. Ya se sabe que en estos casos los menos fuertes se reúnen, y procuran poderosos apoyos, aunque sea cediendo de su parte en muchas cosas. Mahomet, que sabia hacerse amigos y conservarlos, se proporcionó un partido competidor de que se hizo caudillo. Un acto de generosidad á tiempo en un hombre por otra parte inexorable y poderoso, atrae regularmente los corazones de los mismos enemigos, y confirma poderosamente el de los amigos. Un ras-

go semejante que tuvo Mahomet en ocasion oportuna, hizo la época de su felicidad, y estorvó que hubiera acabado tal vez su mision con deshonra. Los Mecanos eran sus poderosos ribales. Pretendió sugetarlos por fuerza; pero le rechazaron con valor, volvió á la empresa con mas vigor; y fuese por miedo del terror de sus armas, ó por convencimiento de algunos amigos que tendria en la ciudad, ellos se la abandonaron; mas cuando esperaban la muerte y el saqueo, publicó un perdon general. Esto le rindió los corazones de los Koreishitas, que eran la tribu mas señalada de la Arabia, y á su ejemplo siguieron otras muchas.

Quando murió Mahoma dejaba ya un imperio bastante poderoso, y un ejército entusiasta y aguerrido. Sus sucesores Abu-Becra, Omar y Othoman, &c. siguiendo el mismo sistema de apóstoles conquistadores, ó por sí ó por sus generales, llevaron la religion y el terror en la punta de la espada. Entraron por unas tier-

ras desoladas, descontentas, relajadas: pelearon contra príncipes divididos, aborrecidos, acabados con las guerras, y exhaustos de medios. Conquistaron el Oriente reuniendo á sí los prosélitos, haciendo tributarios á los que no admitían su ley, matando y destruyendo á los que se oponían. ¿Qué hay en todo esto de divino? Entraron en el Africa que se hallaba, si puede decirse, en peor estado: pasaron á España en donde es bien notorio lo que pasaba. ¿Pues qué hay de milagroso en la extension de una secta de semejantes principios, en tales circunstancias y con tales progresos? ¿en donde están aquí los prodigios que no pueden ser humanos, con que Dios ha demostrado siempre las extraordinarias misiones? ¿en donde se halla aquí la eficacia de la palabra en sí misma? En donde la santidad sin tacha, característica de todos los enviados extraordinarios de Dios para manifestar sus juicios? ¿en donde una providencia particular y sobrehumana en la conservacion de

una doctrina á todas luces santa, contra el torrente humanamente insuperable, de los que procuraban destruirla? Estos y otros precisos caracteres solo se hallan en los propagadores de nuestra Religion; con una total diferencia de otras circunstancias. Es decir: todas las circunstancias, que ocurrieron en la propagación del Evangelio, naturalmente se oponian á ella: y todas las que se brindaron á Mahoma contribuian naturalmente á ella. Además: ningun carácter de sobrenaturalidad tenia la misión de Mahoma y sus discípulos, y todas las que pueden caracterizar una divina misión tuvo la de J. C. y sus Discípulos.

En cuanto á lo primero: no tienes mas que hacer un parangon del estado de las cosas en uno y otro tiempo. J. C. y sus Apóstoles predicaron una doctrina al mundo nueva y llena de misterios, en un tiempo en que, ni la ciencia de los hombres tenia analogía alguna con lo que mandaba creer, ni las costumbres con

lo que mandaba obrar: ó por mejor decir, su ciencia, su obrar, y todas las ideas, eran opuestas á la doctrina: Mahoma nada mandó creer, ó que no estuviese admitido ó divulgado: ni nada obrar que no estuviese mandado practicar. J. C. halló la razon de los hombres ilustrada; pero en una ilustracion orgullosa, capaz de sutilizar y oponerse á lo que no podia alcanzar: Mahoma habló á hombres ignorantes é incapaces de discernir bien una impostura presentada con sagacidad. J. C. tiró inmediatamente á combatir las tinieblas: Mahoma se valió de las tinieblas mismas. La doctrina de J. C. en su natural apariencia á nadie interesaba, á todos parecia perjudicar, y á ninguno adulaba: Mahoma á todos interesó, prometia perjuicios á los que no la admitian, á los secuaces proponia utilidad, y á todas las sectas lisongeaba. J. C. combatió á viva fuerza las pasiones todas: Mahoma con especiosas paliaciones á todas lisongeaba. J. C. no trató de quitar los

humanos temores, que pudieran causar á los creyentes los enemigos de la doctrina; porque ella era capaz de fortalecerlos contra el espíritu de la mentira: Mahoma trata de quitar este medio, que tanto distrae á los hombres, por la dispensa de cosas intrínsecamente malas. La propagacion de la doctrina de J. C. se debe á una interior eficacia, oponiendo á la fuerza el sufrimiento, la paciencia y el candor: la de Mahoma se debe á su reputacion, riquezas y fuerzas militares. La doctrina de J. C. siempre ha reprobado la coaccion: La de Mahoma llevaba su eficacia en la fuerza, y el miedo que causa el terror. La de J. C. encontró al mundo reunido en fuerzas y en sistemas de opinion: la de Mahoma dividido, flaco en fuerzas, con ideas análogas, y fácil á una reunion.

Por último; haz una reflexion: imagínate doce hombres pobres, y de un aspecto despreciable los cuales se esparcen por el Asia, Africa y Europa y tratan de persuadir á to-

dos que un hombre ajusticiado es Dios, que este es tres personas, y que es uno único y solo: que es menester comer su carne y beber su sangre para ser salvos: que el rico se ha de desprender de corazón de sus riquezas: que el elevado de sus honores: que es necesario dejar toda la antigua creencia ó reformarla: que es preciso dejar las costumbres, ritos y ceremonias, y deponer todas las ideas; pues á aquel ajusticiado solo se debe todo el honor y culto interior y exterior; y que si esto no se hace se condenan: imagínate, digo, que por otro lado entran 80 ó 100 apóstoles bien aguerridos, con buenas armas, y mandados por generales valerosos y experimentados y vencedores. Estos proponen á creer un Dios, que ha embiado muchos profetas y entre ellos á N. que les permite tener muchas mugeres, que pueden dejar con cualquier pretéxto cuando se hartan de ellas: que es preciso creer aquello y otras cosas que ellos ya creen y observan: pero que no hay que

temer detrimento en creerlas; porque si se teme alguno, se puede mentir sin miedo: que se quitan disputas y desavenencias, y que la ley que ellos predicán es substancialmente la misma que tienen solo reformada, y espurgada de las cosas que con tanto perjuicio introdujeron los malos. Por último que el que la admita será amigo de ellos; y el que no, será tributario; mas si se oponen serán tratados con todo el rigor de la guerra. Pregunto ahora ¿qué harán los anunciados y sus vecinos, y mas cuando entiendan que la lascivia halla impunemente cebo: la codicia y ambicion salvaguardia, y que no obstante cualquier delito, se halla el perdon y la felicidad en el valor de las armas? ¿qué hará, digo, el herege tibio aun en su secta, el mal cristiano perseguido, el judío fugitivo, y el pagano casi despreocupado de la vanidad de sus dioses; y mas cuando cada uno encuentra ciertos dogmas y costumbres análogos ó idénticos con los suyos?

Contempla por un rato el corazón humano en su natural estado, y deduce, si es posible que naturalmente se incline á abrazar la primera doctrina por ella misma: y si lo es que no dege de seguir esta.

En semejantes imbasiones unos mueren, otros emigran, y otros se sujetan de grado, por fuerza ó traídos de sus intereses, á la ley del mas fuerte. En el ínterin el conquistador triunfa, y consolida su poder. Esto ha sucedido siempre: y es lo mismo que sucedió con los propagadores del Alcorán.

No obstante todo lo dicho, creo que te se ha de ofrecer una dificultad, y es: está bien que estas hayan sido las causas de la celeridad y progresos de la secta Mahometana; pero no aparece lo mismo en su establecimiento; pues se infiere de lo dicho que los árabes eran ya muy fuertes, y grande el número de creyentes cuando imbadieron los estados vecinos: la obra de su establecimiento en tan poco tiempo no pa-

rece natural. No siendo á la verdad tanto el número de creyentes que J. C. mientras vivió, tiene, á lo menos por este respeto menos visos de milagroso. Con que no habiéndolo sido el de Mahoma, mucho menos lo parece el de J. C. A esta dificultad se pueda dar aun mayor fuerza diciendo que lo mismo sucedió en el establecimiento del cristianismo. Luego que fueron fuertes en número y armas estendieron su religion. Si Constantino no se hubiera apoderado solo del imperio romano imbadiendo los dominios de Licinio, Maxencio, y demas competidores: si no hubiera protegido tanto el cristianismo, si sus sucesores, ó por ser cristianos, ó por temer su número, no se hubieran mostrado tan celosos ó condescendientes con los cristianos, acaso ya no se conoceria esta religion: asi como no se conoceria en las Américas, y en muchas partes del Oriente si los portugueses y españoles no hubieran llevado allí sus armas. Esta dificultad podrá retardar un poco tu

íntimo convencimiento; pero saldrás de ella, si reflexionamos sobre los hechos proponiéndolos con toda claridad y distincion. Vamos por partes.

-12 Cuando una nacion circumscrip-
 ta á cierto territorio se multiplica mu-
 cho, exige la política que salgan
 colonias: deshaciéndose asi de la su-
 perabundancia de gente para que
 queden los que puede mantener la
 tierra á proporcion de su feracidad,
 y de la industria de los naturales.
 Esta política siguieron los griegos,
 los romanos, y todas las naciones
 cultas para evitar los inconvenientes,
 que de lo contrario naturalmente re-
 sultan; pues es cosa muy natural que
 haya, entre otros males, desavenen-
 cias entre los naturales, mucho mas,
 si no está sujeta toda la nacion á un
 mismo dominio. Si á esto se llega
 que los naturales son poco cultos,
 é industriosos; luego que el aumen-
 to de individuos llegue á cierto gra-
 do, ó se han de destruir, ó han
 de imbadir las tierras vecinas para
 extenderse. Esto es lo mas natural, y

ha sucedido siempre como lo acreditan los hechos. Primero empiezan las desavenencias entre los mismos nacionales, los partidos y las guerras. Y así sabe que el término de una anarquía es la sugación á uno; porque nunca falta en alguno de los partidos un hombre afortunado, y manso: á este se reúnen muchos por convencimiento, interés, ó convencimiento, y llega á ser predominante su partido: se hace temible, y se le junta á otros muchos por temor. En el interior el jefe predominante puede menos de dar leyes y preceptos á la multitud que se le sujeta: para lo cual, si es sagaz, se vale de aquellos medios que son más á propósito, y forma su legislación en atención á todas las circunstancias en que se halla, y cuyos fundamentos han de ser dos: lo religioso, y lo político; pues ya se sabe la conexión que tienen estos dos ramos en uno estado. Estos dos objetos tienen tres máximas fundamentales en las dichas circunstancias, que son: no retraer á

los amigos, poner alicientes á los
 indiferentes, miedo y terror á los
 enemigos. Sugetas muchas gentes de
 este modo á un solo gefe, y subsis-
 tiendo la superabundancia de habi-
 tantes, es consecuencia natural ex-
 tenderse en armas por las tierras ve-
 cinas, si ellas no son barreras sufi-
 cientes para detener la inundacion. En
 este caso, donde quiera que se esta-
 blecen introducen sus leyes, religion
 y costumbres: allí se multiplican; y
 vienen á quedar casi los únicos ha-
 bitantes; pues los antiguos, ó emi-
 graron, ó murieron, ó se acostum-
 braron. Ve aqui una cosa natural y
 comprobada en todos los tiempos.
 Los árabes, como ya te dije, en-
 medio de los disturbios que aniqui-
 laba al Oriente, eran los únicos que
 encerrados en su estéril, y arenoso
 pais habian gozado de libertad y paz:
 ellos conservaban la poligamia, eran
 poco laboriosos, y menos industrio-
 sos: allí se habian refugiado infini-
 tas gentes, como ya te he dicho;
 de consiguiente debian haberse mul-

tiplicado mucho , estorbándose tambien con relacion á la esterilidad de su pais. Estaban divididos en tribus con sus respectivos gefes , y ya en tiempo de Mahoma tenian sus desavenencias. Este con su sagacidad, maña, y poder, se hizo gefe de un partido, que fué el predominante, y formó, digámoslo así, un nuevo imperio. Debió darles leyes religiosas; porque ninguna religion de las que corrian que hubiese adoptado podia haber hecho á sus intentos en aquellas circunstancias: debió tambien por la misma razon darlas morales, políticas y civiles: debió valerse de acomodadas estratagemas y patrañas: adular, seguir y mudar ideas, é introducir temor: para esto gastó mucho tiempo; y no es maravilla que hubiese invertido mas de 16 años en establecer su imperio cuando otros, sin ser tenidos de nadie por profetas, ni embiados de Dios, han consumido menos tiempo en formar mas vastos imperios. Muerto el nuevo monarca, sus sucesores, siguiendo sus

leyes fundamentales, y precisados á extenderse, imbadieron á los vecinos. Y ve aqui el caso del establecimiento de la ley mahometana: uno que se hizo soberano, legislador y guerrero, como lo han sido en el mundo infinitos ambiciosos usurpadores, valiéndose siempre de medios bajamente humanos, que adoptaron segun las circunstancias. Claramente aparece que esto nada tiene de maravilloso. Pero acabarás de salir de la primera parte de la dificultad, si vuelves la vista al establecimiento de la ley cristiana.

Siempre J. C. procuró apartar todas las ideas de grandeza, poder, y conveniencia humana. Sus leyes no se dirigen á establecer ninguna humana y temporal dominacion y este es un hecho tan constante como los demas, sino á manifestar verdades, y establecer doctrinas que se aviniesen con cualquier estado, condicion ó género de gobierno, en que el hombre puede hallarse. Jamás usó de fuerza, y sus palabras á nadie

incitaban contra nadie; ántes mandan un sincero amor hasta con los mismos enemigos. La Judea estaba sujeta á los romanos, y aun oprimida por ellos: jamas J. C. hizo gente, ni se constituyó caudillo de faccion alguna. Para él no habia aceptación de personas, y siempre le vieron del partido de la verdad fuesen muchos ó pocos los que creian.

No consiste precisamente en la multitud de creyentes la verdad de la doctrina creida; como si digéramos que aquella es mas verdadera que tiene mayor número de creyentes: mejor valdria tal vez el argumento por lo contrario; porque siempre ha tenido en el mundo pocos partidarios la verdad comparativamente al error. La verdad es contraria á las pasiones y amarga á los apetitos, que tanto cautivan el corazon de los hombres.

Si J. C. hubiera sido un hombre meramente humano, solo en los tres años de su predicacion no le hubieran faltado medios y ocasiones de

que aprovecharse para su brillante elevacion: y si hubiera sido un ambicioso impostor, no hubiera despreciado para su elevacion los medios y ocasiones que se le presentaron. Los que veían sus milagros, y oían su doctrina, aunque no le creyesen Dios, le conceptuaban un hombre extraordinario: si no le creyeron generalmente el Mesías, fué porque no le veían segun las ideas de brillantéz, que se figuraban en el libertador, que esperaban; mas si J. C. hubiera levantado el estandarte, se le hubiera juntado á lo menos toda la Judea; pero aun sin este exterior aparato tenia creyentes en bastante número para haber hecho frente á mucho número de enemigos; pues cuando quisieron hacerle Rey, millares habia que querian sostener su partido. Cuando te evidencie la verdad de nuestras sagradas historias te comprobaré esto y otras cosas: contentémonos por ahora con los hechos, que por sí solos son muy bastantes para quitar toda duda al humano entendimiento de que la obra

del establecimiento del cristianismo es única en su especie, y que no puede ser humana, pues quiso J. C. dárnoslo á etender tomando un rumbo contrario al fin, segun toda humana prudencia.

¿Qué digeran nuestros incrédulos si J. C. hubiera (como pudo) venido con un poder brillante, y que acompañando la eficacia de su palabra con la de su espada invencible, hubiera enseñado su doctrina? Claro está que no encontrarían en su misión sino medios humanos, y ejecutados por otros muchos. Dirían entonces que, si se hubiera presentado pobre, abatido y sin humanas fuerzas, quedaría el entendimiento convencido de que su obra no podía ser humana: que si hubiera dejado toda la eficacia á su palabra, se conocería claramente para con sus creyentes una moción interior sobrenatural y divina en creer doctrinas llenas de obscuridad y misterios incomprehensibles, y en abrazar una moral totalmente contraria á las costum-

bres inveteradas, autorizadas tal vez como lícitas y análogas á las mas arraigadas pasiones; pero que haberlas hecho creer y obrar con la espada en la mano, y á la frente de poderosos egércitos, es conquistar corazonas del mismo modo que se conquistan las plazas. Si en lugar, dirian, de famosos y aguerridos capitanes se hubiese servido de algunos pocos ignorantes, pobres, y despreciados hombres para extender su doctrina y hacerlos creer á los poderosos, sábios, é ignorantes: si él y sus discípulos hubiesen vencido á sus enemigos con el egemplo, paciencia y sufrimiento, no con la espada, entonces debería decirse que su mision era divina; porque se valió de medios contra toda humana prudencia. No tiene duda que esto dirian, y entonces tendrían alguna excusa. Sucedió lo mismo que ellos hubieran querido en otro caso; porque el Señor quiso obrar de modo que fuese inescusable su incredulidad: no quieren creer no obstante, y se atreven á

comparar ineptamente la mision de J. C. con la de Mahomet; con todo ni esta, ni aquella, ni ninguna admiten; porque toda regla les incomoda, mucho mas la de la justicia; por eso hacen gente para oprimirla, porque es contraria á sus obras.

Y ¿qué la propagacion del Evangelio no se debe al poder humano? Esta es la segunda parte de la dificultad de que hablaremos en la leccion siguiente, que esta no ha podido menos de ser larga.

PREGUNTAS.

M. ¿Es solo J. C. el que ha enseñado á los hombres?

D. No: muchos ha habido, unos verdaderos y otros falsos.

M. ¿Con que ha habido algunos hombres que se hayan hecho gefes de sectas?

D. Sí: muchos pseudo-mesías han tenido los judios antes y despues del verdadero, y fuera de esta na-

cion los hubo, y entre ellos el mas famoso fué Mahoma.

M. ¿Estos hicieron creer su doctrina y la propagaron?

D. Sí: unos mas, y otros menos; pero el último la estendió extraordinariamente.

M. ¿Esas doctrinas son verdaderas?

D. No: todos ellos fueron impostores.

M. Luego el que se crea por muchos una doctrina, y se propague con celeridad no es argumento de su divinidad.

D. Segun: porque es menester atender al modo, y sus circunstancias.

M. ¿Para qué?

D. Para saber si puede ser, ó no humanamente.

M. ¿Qué regla podemos tener para conocer esto?

D. Cuando se consigue un fin por medios que humanamente le destruyen, ó se ponen de un modo que repugnen á la humana prudencia, claro está que el efecto no puede ser de ella.

M. ¿ Fué asi la propagacion y establecimiento de la Religion cristiana?

D. Es un hecho constante.

M. ¿ Fueron asi las de los impostores?

D. Todo lo contrario,

M. ¿ En qué modo y circunstancias se diferencian las de estos y las de J. C.?

D. En todas; porque en las de aquellos nada aparece de divino, y en la de este nada de humano.

M. Por qué?

D. Porque todos los que quisieron ostentarse divinos en su mision valiéndose de prodigios, se acabaron, porque fué conocida la impostura.

M. Y otros?

D. Estos se valieron del poder, autoridad, riquezas, intrigas, armas, condescendencias y otras favorables circunstancias.

M. Y J. C.?

D. De sola su palabra; de ir contra todas las ideas, costumbres y religiones: de la pobreza y manse-

dumbre: hizo prodigios que nadie se atrebió á negar, se valió de hombres sin sospecha de intriga, ni poder, y de irreprehensibles costumbres, y tambien publicó una doctrina sin contradiccion sana.

M. Qué mas?

D. Tuvo oposiciones capaces de destruirla naturalmente; y no obstante ellas sirvieron para fomentarla.

LECCION VII.

La propagacion del Evangelio no debe sus rápidos progresos al humano poder; y su extension contra los esfuerzos de este, es argumento que prueba ser obra divina.

Que el cristianismo no debió su establecimiento á ninguna proteccion humana, es hecho constante, pues ni el poder, ni las riquezas, ni la fuerza tuvieron en él parte alguna, y nadie se ha atrevido á negar tan constante verdad. Que sus progresos se deben á la proteccion de los poderosos, y á las armas, es un aserto embrollado solo capaz de alucinar á los ignorantes, é irreflejos. Pongamos las cosas en claro para no alucinarnos: hagamos presentes los hechos como ellos son en sí, y verás que resulta, no solo la solucion completa de la dificultad; sino tambien un vuevo, é invencible argu-

mento de la divinidad de la cristiana religion. LECCION VII

Quando empezó á publicarse el Evangelio podemos conceptuar dividido al mundo en judios, filósofos é idólatras. Es constante que la nacion judáica no recibió el cristianismo. Es cierto que la doctrina de los filósofos, de cualquier escuela que fuese, era generalmente opuesta á las ideas del cristianismo. Y lo es igualmente que aun lo eran mas las de los paganos; la idolatria era la religion predominante en todo el mundo, ménos entre los judios. Aunque algunos filósofos por sus luces naturales no sentian bien del politeismo, eran opiniones particulares, que no tenian transcendencia en la práctica; pues en lo exterior se acomodaban á los usos, y costumbres recibidos, adorando, y sacrificando á los dioses como los demas del pueblo.

Es indubitable que hasta Constantino no hubo ningun emperador católico á lo menos abiertamente: que hasta esta época la religion pagana fué

la predominante, y que hasta principios del 4.^o siglo, que fué el de Constantino habia padecido la Iglesia muchas persecuciones. Todos estos hechos son indubitables. Luego para que la dificultad tenga fuerza, es menester suponer una de tres cosas: ó que la religion católica no se propagó hasta Constantino, ó que ántes de este príncipe hubo poderosos bajo cuyo auspicio se propagase: ó que casi exterminada por las persecuciones, permaneció oculta hasta Constantino que la protegió. Digo que es necesario suponer alguna de estas tres cosas; porque, si estuvo estendida y floreciente hasta Constantino, llevaba ya tres siglos cuando este emperador la protegió. Si las persecuciones no la extinguieron casi totalmente, habiendo durado hasta el cuarto siglo, se infiere que estaba extendida antes de este tiempo: y si no hubo quien la protegiese hasta Constantino, no se debe atribuir al humano poder su propagacion: todo lo cual harian falso el argumento. Efec-

tivamente estas proposiciones le destruyen, porque son certísimas.

Si yo te digo que en tres siglos poco interrumpidos la propagacion del Evangelio, no solo no tuvo proteccion humana, sino que toda la furia del infierno tomó todos los caminos posibles para exterminarla, te maravillarías tal vez; pero no acabarás de formar idea clara y distinta de este hecho, sino entramos en algun detal. Si te afirmo solo en globo la imposibilidad de que el catolicismo hubiese llegado ni aun á los tiempos de Constantino, en atencion á las contradicciones, que padeció; y tambien que nunca estuvo mas floreciente que en tiempo del humano abandono, inferirás que no pudo ser obra humana; pero lo dirás bajo mi palabra, y no por propio convencimiento. Yo quiero por ahora que creas los dichos por los hechos; mas bien que los hechos por los dichos; por tanto entremos con individualidad en la demonstracion.

La Sinagoga que con la publica-

cion del Evangelio se veia acusada de Deicidio, sus doctores convencidos de error en la inteligencia de las escrituras, sus filósofos redarguidos de preocupacion, su pueblo de iluso, y sus diferentes sectarios tenidos por fanáticos, se interesaba estremadamente en la destruccion de una religion, que teniendo por Dios á un crucificado, no siéndolo, la debian tener por la idolatria mas grosera, por blasfema, horrorosamente impia, y seductora. Para cortarla en la raiz quitaron la vida á J. C.; mas viendo que despues de su muerte la publicaban sus discipulos, no podian menos de enfurecerse su rabioso celo. La contradiccion fué segun los dichos principios. Los magistrados, los sectarios, los filósofos, los doctores, y el pueblo eran interesados; de consiguiente, todos debian reunirse al objeto segun su poder: los magistrados con su autoridad, los filósofos con invectivas, los doctores con doctrinas, los sectarios con discursos, y el pueblo con su desenfreno; emulado

por la autoridad, enardecidos por los rabinos, conmovido por los secretarios, y entusiasmado por los filósofos. Un punto tan esencial para todos como la prescripción de la ley mosaica, y la venida de Dios hombre, era de tanto escándalo para ellos que no podían mirarle con indiferencia. En efecto, desde el nacimiento de la religion cristiana, hasta la dispercion de la nacion no dejó de perseguirla de todas maneras para acabarla.

La empresa hubiera sido facil, si los Apóstoles hubiesen predicado patrañas, ó usado de engaños y prestigios; porque habiendo manifestado los literatos, y curiosos la falsedad de los hechos que alegaban, y de los medios de que se valian, por públicos escritos, en sus mismas sinagogas, en las privadas conversaciones, y en las plazas, no era posible que semejante creencia se hubiese propagado: entónces perseguidos los pocos creyentes por la pública autoridad, muertos unos, des-

terrados otros, confiscados los bienes de otros, y excomulgados de la sinagoga, es naturalmente preciso que, tenidos por embusteros en todas partes, y aborrecidos de todos, se hubiera acabado pronto la secta.

No sucedió así; antes bien cuanto era mas furiosa y cruel la persecucion, tanto mas se aumentaba el número de los creyentes. En Jerusalem donde la persecucion fué en los principios mas terrible, se formó una muy numerosa y egemplarísima Iglesia, que constaba de muchos millares de fieles, no solo idel vulgo, sino tambien de muchos nobles, y literatos; mas estos progresos no se debieron en manera alguna á estos; porque ó eran discípulos ocultos, ó estaban tenidos como excomulgados, y fanáticos por los judios; por tanto aborrecidos, y despreciados: estado nada ventajoso para autorizar poderosamente una religion abominable á los magistrados.

Muchos fieles, cuando la persecucion se hizo mas furiosa, saliendo

de Jerusalem, se esparcieron por la Judea y otras muchas partes; favorable ocasion para la destruccion; pues ya se sabe que uno de los medios humanos, y el mas eficaz, para la extincion de un complót, es la division. Habia órden para perseguirlos en todas partes, y se embiaron subdelegados de la autoridad judicial, para averiguar, y descubrir los secuaces de la nueva doctrina, y prenderlos; pero esta dispersion fué como la semilla que multiplicaba el cristianismo por todas partes. Asi se vale Dios de la prudencia humana para sus fines por los mismos medios, que ella procura estorbarlos. Inmediatamente se fundaron iglesias no solo en la Judea, sino tambien en otras muchas partes del Asia; sin aterrar á los cristianos convertidos, ni á los que querian convertirse los rigorosos decretos del senado; las inquisiciones, los castigos, ni la misma muerte.

Y que ¿no hay mas que esto? No es la referida contradiccion la

mas terrible , aun sin salir de esta época. Los literatos , como he dicho , se interesaban en la destruccion , y tomaron un rumbo segun el cual era preciso que la destruyesen por si solos. En la obra de la persecucion de la Iglesia se descubre un plan , en que los hombres no pudieron concertarse ; pero de los accidentes y causas particulares , al parecer manejados con cierto fin , resulta un todo , que no pudo menos de ser diabólico. Asi se manifiesta que desde los principios de la propagacion del cristianismo , su destruccion fué el objeto de toda la infernal sabiduría.

Ya te insinué el estado que tenia en el Oriente la filosofía con respecto á la Religion : con el sistema de las emanaciones del primer ser , el arte de mandar los genios , con los cargos buenos ó malos , que les atribuian , las imbestigaciones mágicas , y la cábala , explicaban el origen del bien , y del mal , la creacion , la armonía del Universo , los desór-

dénes que les parecia ver en él, los extraordinarios sucesos, los horrosos fenómenos, los prósperos, y adversos sucesos. De estos sistemas fueron consecuencias casi todos los errores, y sectas que nacieron en los primeros siglos del cristianismo. los judios y samaritanos, que estaban muy implicados en estas ideas, no pudiendo dudar de los hechos que predicaban los Apóstoles, ni de las señales con que los confirmaban, pasaban á explicaciones de la doctrina segun las dichas ideas.

no Dositéo, Simon Mago, Menandro, Cerinto, Ebión, Basílides, Saturnino, y otros, sistiendo en ellas, dedugieron, publicaron y extendieron errores muy perjudiciales al cristianismo. Casi todos tiraban á unir sus ideas filosóficas con las de cristianismo. Para esto unos se fingian embiados, y formaban nuevos sistemas análogos á unas y otras; y otros decian que los Apóstoles no habian entendido la doctrina de su Maestro. Los Apóstoles, sin meterse en inves-

tigaciones curiosas, creían y proponían á creer los misterios, segun las habian aprendido de J. C.; mas estos, valiéndose de sus principios filosóficos, intentaban explicarlos. Unos tenian á J. C. por un genio bien hecho de los del primer orden, embiado para deshacer los malos genios. Otros confesaban que era la primera emanacion del Ser Supremo, que estaba en Jesus para hacer maravillas, y predicar la mas sana doctrina; pero que al tiempo de la pasion se separó este emanado ser del hombre llamado Jesus. Segun estas mismas ideas explicaban el Ser de Dios, la Trinidad, Encarnacion, Providencia, los milagros, &c. ellas como tan divulgadas y creidas servian de grande apoyo á la credulidad. Como veian que los prodigios eran grande atractivo para el convencimiento, muchos fingian tambien los suyos en confirmacion de la sediciosa doctrina, bien facil por sí misma de creerse como tan análogas á las ideas corrientes. Fingian revelaciones; y se constituían

maestros de sectas. Escribían libros á semejanza de los que corrian entre los católicos, y truncaban el sentido de los testos, en que estos se apoyaban. Los nuevos maestros sacaban discípulos tan hábiles en la secta, como ambiciosos de gloria: de aqui se formaban nuevas escuelas, y discípulos que á poco se dividian entre sí inventando nuevas sectas. Todos predicaban, alucinaban y atraian á su partido á aquellos, cuyas ideas tenían mas analogía con tal ó tal sistema, conviniendo solo en tres puntos: en las ideas filosóficas generales: en ser acérrimos enemigos de los Apóstoles: y en no negar substancialmente los hechos que estos predicaban, ni con los que confirmaban la doctrina; pues ellos por los medios que adoptaron, procuraban hacerse hombres de importancia, ó metiéndose á reformadores del cristianismo, ó á doctores, explicando á su modo los misterios en que los católicos, creyendo guardaban silencio.

De aqui debes inferir dos cosas:

la primera que no pudo dudarse en aquellos tiempos de los hechos que predicaban los Apóstoles, ni de los prodigios con que se confirmaba la doctrina; porque si hubieran sido falsos ó dudosos bastaba la negacion de ellos para falsificar lo que intentaban; y si no hubieran sido milagros propiamente tales; aquellos tan acérrimos enemigos, muchos de ellos versados en aparentarlos, hubieran descubierto el engaño. Se infiere lo segundo: qué una contradiccion de tantos hombres tenidos por sábios que predicaban otras doctrinas, ó truncaban mañosamente la de J. C. la hubieran extinguido, si no hubiera sido verdadera: y aun en este caso, sin una particular protexión divina. Seguramente la Religion cristiana hubiera tenido el mismo fin que todas las sectas que se le opusieron en estos tiempos, si no hubiera sido verdadera obra de Dios. Júntense á esto las pesquisas, y castigos de las potestades, y se verá si podrian haber acabado en los principios con unos

pocos hombres que seguian la Religion de J. C. exterminando asi su doctrina; y si esto no lo pudieron hacer por su mucho número, se infiere que todo el poder humano conjurado contra ella aumentaba los creyentes considerablemente; lo cual, de cualquier modo que se tome, no podía ser obra humana, sino solo de la de aquel que mortifica y vivifica, capaz de hacer hijos de Abraham de las piedras mismas.

Hasta aqui no hemos hecho mencion sino de la persecucion de la sinagoga. Pasemos á los gentiles y veamos lo que nos suministran los hechos indubitables. Ya he dicho que muchos discípulos, y despues tambien los Apóstoles, saliendo de la Judea se esparcieron por todas las partes del mundo conocido. Luego que los sacerdotes idólatras, y los celosos del paganismo oyeron y vieron la nueva secta (como ellos llamaban) movidos del celo de sus dioses, y del de su propio interes, conmovian al pueblo contra los cristianos,

é incitaban á los gobernadores contra ellos: de modo que, aunque no hubiese órden expresa de los emperadores para ello, bastaba el celo de sus dioses, las acusaciones, y motivos políticos para hacerlo cada uno en sus respectivos departamentos. Corrian libremente todos los sistemas filosóficos, sin que el gobierno se metiese con ninguna escuela; porque como ya he dicho, no trascendian contra la práctica y religion recibida; mas con el cristianismo no corría la misma razon, por tanto los sacerdotes y magistrados la miraban como una nueva secta perjudicial á la religion y al estado.

Vespasiano que trataba mas de elevarse al trono que de inspeccionar doctrinas, habiendo determinado proporcionarse la elevacion con la depresion de otros, quiso acreditarse con la persecucion de los judios, con quienes solian equivocarse á los cristianos, teniéndolos por una secta de aquellos; de esta ocasion se valian los sacerdotes y magnates pa-

ra hacer perecer tambien á los cristianos.

Todo el mundo sabe los decretos, que expidieron Neron, y Domiciano para esterminar de todos sus dominios los cristianos. Estas y otras decretadas persecuciones pueden llamarse aumento de ella; pues los magistrados particulares, y los pueblos perseguian por motivo de celo, sin que esto llegase á oidos de la corte, cuyo trono, ó le ocuparon los descuidados y viciosos Cayo, y Claudio, antes de Neron, ó se llevaban todas las atenciones de su gobierno las facciones de Galba, Oton, y Vitelio, sucedidas despues de Domiciano.

No dormian por esto los literatos paganos. Los pitagóricos fundados en sus ideas filosóficas creían á J. C. como una inteligencia emanada del Ser Supremo, que tenia potestad de mandar los genios por medio de la magia, á que atribuian tambien los milagros de los Apóstoles, no pudiendo absolutamente negar los hechos.

Los epicureos, que no admitían mas principio que la materia, lo atribuían todo á ella, como hacen hoy nuestros materialistas. Los académicos que nada creían interesante al hombre para despues de esta vida, oían con indiferencia, é impugnaban á su modo la doctrina cristiana en esta parte. En una palabra: los filósofos de las diversas escuelas; cada uno segun sus principios impugnaban el cristianismo: los pueblos le trataban con furia como á impiedad exêcrable, y los magistrados como una nueva secta, que perjudicaba al estado. Asi judios, literatos, pueblo y magistrados conspiraban á su destruccion. ¿ En donde está aqui la protexión humana? Que citen un solo emperador cristiano, ó un decreto en favor de la propagacion evangélica, ó á lo menos prohibicion de perseguirlos. Esto acaso podria haberse esperado de las virtudes morales de Tito; pero el corto reinado de dos años, ni le dejó tiempo para favorecer la religion ni para perseguirla.

Por ventura todo este torrente de males detuvieron los progresos? nada menos: al paso que las sectas se destruian unas á otras hasta su exterminio, la nave de san Pedro superaba las formidables olas, y evitaba los escollos. Responda de buena fe cualquiera, si la naturaleza de la cosa en este estado no exigia naturalmente ó el total exterminio del cristianismo, ó á lo menos que se disminuyese considerablemente.

Si la contradiccion hubiera quedado en el primer siglo podría decirse, aun sin verdad, que en el segundo siglo se formaron algunas pocas semillas que restaron del primero, y de aqui vino á reproducirse y extenderse, cuyo residuo, si hubieran tirado á destruirle, y no á fomentarle, se hubiera acabado enteramente. ¿Pero se podrá decir esto? Corramos al siglo 2.^o y 3.^o Es verdad que Nerva habia expedido un perdon general á los desterrados, en que fueron incluidos los cristianos, y entre ellos san Juan

Evangelista ; mas esto no fué efecto de favor hacia los cristianos , sino un accidente favorable nacido de un acto de génerosidad , con que quiso ostentarse clemente : política con que intentó hacerse amable por actos contrarios á los que su antecesor se habia hecho á todos aborrecible ; con todo no puede negarse que resultó en bien de los cristianos : pero ¿ cuanto duró esta bonanza ? tan poco que no puede llamarse tal. Trajano publicó la persecucion ; y si despues impidió las pesquisas , mandó no obstante castigar á los delatados como cristianos , movido de la representacion del gobernador de Bitinia .

En tiempo de Adriano su sucesor , fuese continuacion de la anterior ó nueva persecucion , lo cierto es que en el reinado de este fué furiosa ; y esto lo confirma la orden que el mismo Adriano se vió precisado á espedir . Se les buscaba con esmero , se les acusaba con encono , y se les condenaba sin oirlos : asi se derramaba la inocente sangre de mu-

chos millares de vasallos; lo cual representado por Graniano Proconsul de Asia chocó al emperador, y prohibe proceder tan ilegal. Las mismas órdenes tuvo que reproducir Antonino Pio, y de su misma carta se infiere la rabiosa persecucion, que los paganos, aun sin orden del emperador egecutaban contra los cristianos. Semejantes órdenes no prueban proteccion, sino la furia con que eran perseguidos los cristianos, el cual desorden llegó á llamar la atencion, y exítar la compasion de los emperadores más humanos y políticos; porque la pérdida de un cristiano, era la de un basallo, que la experiencia le acreditaba fiel á su monarca, y útil al estado. Hay mucha diferencia de proteger á no perseguir; mas en caso que se quiera dar el nombre impropriamente de proteccion, bien mal la recompensó Marco Aurelio su sucesor con sus repetidos decretos, que causaron la continua y más terrible persecucion. Aun despues de la muerte de este en el reinado del

abandonado Cónmodo, se observaban las órdenes crueles de aquel. Lo mismo poco mas ó menos sucedió en los cortísimos reynados de Pertinax, Dido, Juliano y Sulpiciano; pues las revoluciones políticas no apagaban la sed de sangre cristiana á los sacerdotes y celosos idólatras. Esta protección tuvo el cristianismo en el segundo siglo. Pasemos al tercero.

Aunque la política de Severo exigía tratar bien á todos en los principios de su reinado, fué poco constante para con los cristianos. No obstante que no encontró ninguno en la facción de su rival Niger, pudo mas el celo de sus dioses, ó adular á los paganos, y fué uno de los fuertes perseguidores. Los reynados de Caracalla, Macrino, y Heliogábalo, por la pereza y abandono, poca duración, y por las facciones, ni fueron adversos, ni propios á los cristianos; pero los gobernadores solían obrar segun las órdenes de Severo. Es indudable que Alejandro, no solo no persiguió la Iglesia, sino que

tácitamente permitió el uso libre de la religion, no haciendo caso de las representaciones que, sobre este asunto recibia; ya fuese esto efecto de convencimiento ó condescendencia con su madre Maméa, que se convirtió, tuvo la Iglesia algun corto reposo, que se desquitó despues con la persecucion de Maxímimo. Durante los cortos reinados de Maxímo, los Gordianos y Philipo hubo tranquilidad; mas no la protegieron. Este último emperador aunque cristiano no merece el nombre de tal. Era cristiano por convencimiento, y pagano por miedo, y política condescendencia; favorecia á los paganos, y no se atrevia á declararse por los cristianos; y aun en el último año de su reinado hubo una gran persecucion en Alejandria. Esta tan tibia fe mereció que no se nombrase entre los emperadores cristianos, dando este título como primero á Constantino. Decio su sucesor decretó una furiosa y general persecucion, que fué de las mas perjudiciales á la Iglesia, y si se mi-

tigó por poco tiempo en los reinos de Golo, y Emiliano, se renovó furiosamente por Valeriano. Las turbulencias que ocurrieron en tiempo de Galieno, y Claudio, no exígian persecuciones; pues treinta tiranos querian adornar sus sienes con la diadema; mas Aureliano instauró la persecucion. Las cortas vidas de Tacito y Floriano á nada dieron lugar. En tiempo de Probo, aunque sin persecucion declarada, no dejó de haber muchos mártires; y todo el mundo sabe cual fué la persecucion de Diocleciano, Maxímiano, Licinio y Maximino.

Ve aqui la proteccion que tuvo el cristianismo en los tres primeros siglos hasta Constantino, que imperó en los principios del cuarto; pero advierte que hemos hablado solo del imperio romano. Vamos á la persecucion de los literatos. No faltaron en el segundo y tercer siglo hábiles paganos, que impugnaban con la espada de la razon el cristianismo: tales fueron Celso, Crecencio, Fron-

ton, y otros muchos; los cuales expusieron cuantas obgeciones reproducen hoy los incrédulos; pero nuestros verdaderos creyentes, que sabian vencer la fiereza de los magistrados con la inalterable mansedumbre, manifestaron tambien su buena causa con la pluma, escribiendo apologías, que presentaban con denuedo á los emperadores, refutando completamente todas las sutilezas de los enemigos, y vindicándose de las calumnias que les levantaban. No habia mal, accidente, y fenómeno horrendo que no se atribuyese á culpa de los cristianos. Los terremotos, las hambres, pestes, y todas las calamidades, ó eran efecto de su magia, ó de la cólera de los dioces porque se toleraba secta tan perjudicial á su culto. Se publicaba que cometian delitos exécrables en sus asambleas; y equivocando á los verdaderos cristianos con los hereges, se atribuia á aquellos los crímenes de estos. De semejantes calumnias se vindicaban muy bien los cristianos con la plu-

ma, y con sus costumbres, quedando convencidos los mismos magistrados por sus pesquisas que el único delito de estas gentes era la creencia en sus dogmas.

La razon, las sencillas explicaciones, que da la religion á muchos puntos difíciles, á que la sola filosofía no podia alcanzar; la moral mas sana practicada con perfeccion; y sobre todo los milagros y constancia de los mártires; convirtió tambien á varios filósofos. Muchos de estos, no aviniéndose á desterrar en un todo las ideas de sus sistemas, ni pudiendo negarse enteramente al cristianismo, quisieron concordar la religion con la filosofía. De aquí resultaron explicaciones muy ajenas del verdadero sentido, y tambien heregías que desacreditaban para con los gentiles el cristianismo, despedazaban la Iglesia, y escandalizaban á todos. Tal vez en los pocos interbalos de las persecuciones, cuando debia fortificarse la Iglesia, resarcir con el reposo sus pérdidas, ponian asechan-

zas contra ella los malos hijos. Saturnino, Basilides, Carpocrates, Valentino, Eufrates, Cerdon, Marcion, Hermogenes, Hermias, Bardesanes, Apeles, Taciano, Severo, Heracleon, Teodoto, Praxeas, Montano, Teodoro de Bizancio, los Melchisedecianos, Chiliastas, Cainitas, Ofitas, Nobato, Sabelio, Manes, Paulo de Samos, y sobre todos por el gran crédito de erudicion y virtud, Tertuliano y Origenes, fueron capaces por sí solos para ofuscar la verdadera creencia, y agotar el cristianismo. Todos estos sin negar jamas los hechos, ó intentaban por emulacion á la gloria apostólica, establecer nuevos sistemas de religion, ó explicar dogmas, ó reformar doctrinas. Cada gefe se esforzaba á sostener, y propagar su invento, despachando predicadores, que con exterior mortificado, y penitente intentaban seducir á los incautos. Unos, predicando ayunos, y grandes mortificaciones, en volvian en este rígido moral muchos errores sobre la divina y hū-

mana generacion de J. C. sobre la Trinidad, creacion, origen del bien y del mal. Otros, diciendo que su gefe era el Espiritusanto, reformador de la doctrina de J. C., enseñaban que no era lícito evitar el martirio, otros que eran ilícitas las bodas: que no debian admitirse los lapsos á la penitencia: que el Padre no se distinguía del Hijo: por último, no viene al caso que yo te haga una relacion circunstanciada de los errores de cada uno: basta decirte que sus doctrinas eran capaces de retraer á los paganos de la conversion á la fe; lo uno por la contrariedad, que advertian en los predicadores, y lo otro por el extremado rigor de la doctrina: que eran muy á propósito para seducir á los católicos instruidos, por la analogía de sus sistemas con las ideas filosóficas corrientes: á los ignorantes por mezclar puntos hasta entónces no controvertidos, y á unos y otros por el exterior penitente, y arreglado, que tanto llevaba la atencion de los cristianos de

aquellos tiempos: á la verdad no tuvo esto poca parte en la caída de los dos grandes hombres Tertuliano y Origenes.

Reflexiona por un rato todo este plan del estado de la Iglesia desde su nacimiento hasta el cuarto siglo y saca por consecuencia, si es posible naturalmente que hubiese llegado al dicho siglo la Religion cristiana, si hubiese sido una impostura. Cada una de las causas alegadas eran muy suficientes por sí sola para destruirla, mucho mas todas juntas. Todos los sistemas filosóficos y todas las sectas, pugnando unas contra otras se destruyeron; y habiendo pugnado todas juntas contra el cristianismo, en lugar de aniquilarle le hicieron, mas estendido y brillante. ¿ Es esto obra natural y humana? Si todo el imperio romano hubiera tratado seriamente de exterminar un pueblo numeroso por espacio de tres siglos, aun quando este se hubiese defendido con las armas, sería maravilla que hubiesen quedado vestigios; y

habiendo sucedido aquello con unos
 hombres, que no tenían mas defen-
 sa que la paciencia, y entregar sus
 servicios al cuchillo, no solo no se ex-
 tinguió esta gente, sino que se hizo
 mas numerosa. Y advierte que la com-
 paracion no es igual; pues los cris-
 tianos no fueron perseguidos solamen-
 te por los romanos, sino por todo
 el mundo. Cuando se les perseguia
 por todo el imperio, y cuando se
 les dejaba de perseguir en él, en otros
 dominios del mundo los perseguian
 tambien.

Ciertamente admira que la reli-
 gion hubiese llegado al siglo de Cons-
 tantino; pero te parece que despues
 de tantas quiebras llegó confusa, y
 sus creyentes caminorados, y en po-
 co número; ¡oh grande y sobrenatural
 prodigio! Es incalculable el número
 de católicos que habia en todas las
 partes del mundo conocido. Al con-
 cilio de Nicéa que se celebró á los
 principios del siglo cuarto asistieron
 318 obispos, y no es posible que pu-
 diesen asistir todos. Aun antes de es-

to: en tiempo de Diocleciano y Máximo era tal vez mas el número de los cristianos que el de los idólatras. Oye un testimonio auténtico y nada sospechoso. El emperador Máximo en una circular á los gobernadores dice; » que en tiempo de sus predecesores Diocleciano, y Máximo casi todos los hombres renunciaban el culto de los dioses por hacerse cristianos” y Juliano el apóstata confesaba que » todos los tormentos, que habian empleado sus antecesores para abolir el cristianismo no habian servido sino para aumentarle.” Los autores paganos del siglo tercero como Luciano, Celso, Porfirio, y otros confiesan, y se quejan del prodigioso número de cristianos: lo mismo hacen ver otros muchos autores de aquellos tiempos. Arnobio asegura que el cristianismo estaba ya establecido entre los Alemanes, Persas, Scitas, en el Asia, Siria, España, Galias, entre los Getulos, Moros, y Nomades. Nada tiene esto de particular atendiendo á que consta

por los autores del segundo siglo, que el cristianismo estaba estendido en Germania, Iberia, Egipto, Libia, entre los Celtas, en el Oriente, y aun en Roma, y que en todas las partes del mundo conocido habia quien sufría el martirio, por J. C. cuya venida ninguna nación ignoraba. Los hechos confirman estos testimonios, pues en estos tiempos se celebraron muchos concilios en varias partes del mundo: en Roma, Cesaréa de Palestina, en Acaya, Ponto, Africa, Francia, España y otras muchas partes. Es muy célebre á este propósito la carta de Plinio el jóven gobernador de Bitinia á Trajano, en que manifiesta el prodigioso número de cristianos, que habia en su departamento; tanto que no se atrevió á proceder contra ellos sin consultar á Trajano. Esto fué en los principios del siglo segundo o poco mas ó menos. Pasemos al primero. Los autores de este aseguran que estaba ya estendido por todo el mundo el cristianismo, y que en tiempo de los prime-

ros sucesores de los Apóstoles habia pueblos enteros convertidos: y S. Clemente escribiendo á la iglesia de Corinto asegura que el número de los cristianos era ya mayor que el de los judios. Tacito autor nada sospechoso dice, que en tiempo de Nerón habia en Roma grande multitud de cristianos: y es de advertir que ya estaba la Religion católica en otras muchas partes del mundo antes de esta época.

La fe en medio de tantas persecuciones, sectas, y todo género de turbulencias, siempre se conservó pura; porque los celosos obispos, juntos proscribian todas las doctrinas contrarias á la verdadera creencia recibida, y enseñándola á los fieles, les hacian distinguir la verdadera de la falsa. Como el objeto de los católicos no era hacer prosélitos de cualquier modo, sino verdaderos creyentes, se separaban de su comunión á los que desechaban la verdadera creencia, y de este modo se conservaba ileso el santo depósito de la fe.

Ve aqui como se propagó extraordinariamente sana la Religion católica en los tres primeros siglos contra todo el poder y astucia del mundo, y del demonio. ¿Pudo ser esta obra humana? ¿no se conoce aqui que Dios, para hacer inescusable la incredulidad permitió contradicciones capaces de ahogar naturalmente el cristianismo, dando á conocer al mismo tiempo que, si subsistia era meramente obra suya? Dese alguna causa del porque se aumentaban los creyentes cuanto mas los destruian; porque abandonaban antes sus haciendas, honores, hijos y conveniencias, que su creencia; ó porque dejaban todo esto por abrazarla? porque no se confundió, y exterminó la doctrina, y porque no acabaron tantos males con la Iglesia? No alcanza aqui dar por razon el fanatismo, entusiasmo, credulidad, ignorancia, y otras voces que se usan sin la debida aplicacion. La doctrina de J. C. no enseña á ser fanáticos, aborrece la ignorancia, no precisa á la ciega

credulidad y detesta los entusiastas.

Ya has visto que hasta la dicha época no se descubre humana protección del cristianismo; porque algunos años de descanso en la persecucion declarada no puede llamarse tal; porque los tales emperadores sino intentaron destruirle tampoco procuraron fomentar sus progresos. Luego la propagacion del cristianismo, á lo ménos hasta esta época, ó es un efecto sin causa, ó no la tiene natural; de consiguiente es obra de Dios.

Pero desde Constantino no debe su extension y prosperidad á los potentados cristianos? Tal vez, si desde este tiempo todos la hubieran perseguido se hubiera acabado. En la leccion siguiente continuaré el argumento.

PREGUNTAS.

M. ¿La rápida y grande propagacion de la Religion católica es hecho cierto?

D. No puede negarse.

- M.* ¿Qué infieres de él?
- D.* Una demonstracion en favor del cristianismo.
- M.* ¿Por qué?
- D.* Porque esta obra en todas sus circunstancias no puede ser humana.
- M.* ¿Pues que el favor y humana proteccion no tuvieron parte en ella?
- D.* Todo lo contrario.
- M.* ¿No es cierto que Constantino y los sucesores fueron cristianos y la protegieron?
- D.* Aun quando eso fuese, ya llevaba tres siglos la Religion católica quando este emperador se hizo cristiano.
- M.* ¿En todo este tiempo hubo quien la protegiese?
- D.* Hubo algunos emperadores que no la persiguieron, mas no la protegieron,
- M.* ¿Pues qué en esos tiempos la Iglesia padeció persecuciones?
- D.* Sí: continuas y de todas clases.
- M.* ¿Como continuas? ¿no acabas de decir que algunos emperadores no la persiguieron?

D. Sí: pero como no solo en los estados del imperio romano habia cristianos, tambien los perseguian otros paganos, y antes que todos la sinagoga.

M. ¿Puede llamarse continua aun dentro de los límites del dicho imperio?

D. Sí: porque con órdenes ó sin ellas, los sacerdotes idólatras por celo ó interes, los magistrados por motivos políticos, y el pueblo por fanatismo no saciaban su furor.

M. ¿Hay otra causa?

D. Tambien, porque si cesaba la persecucion sangrienta, entonces solia fomentarse mas la de los hereges, sectarios y filósofos.

M. ¿Como la perseguian unos y otros?

D. Los magistrados con el cuchillo, el pueblo con todo género de vejaciones, los filósofos con astutas invectivas y calumnias, y los sectarios con nuevas doctrinas.

M. ¿Con que habiendo conspirado tantos, de tantas maneras, y por tan

largo tiempo al exterminio de la Religion católica, la acabarían, ó á lo menos, se disminuiría considerablemente el número de creyentes, y ofuscarían la doctrina?

D. Nada menos: las persecuciones aumentaban imponderablemente el número de creyentes: las heregias servían para aclarar la doctrina; y las impugnaciones, calumnias, é invectivas para justificar su causa.

M. *¿ Por qué sabes que era tanto el número de creyentes ?*

D. Porque los autores contemporáneos de los tres siglos, amigos unos y enemigos otros, así lo aseguran y los hechos lo confirman.

M. *¿ Y qué inferes de todo esto ?*

D. Que habiendo conspirado todo el poder del mundo y astucia del infierno contra la Religion católica, sin oposicion de fuerza de parte de esta, naturalmente la hubieran destruido, si hubiese sido impostura, como se destruyeron las sectas de aquellos tiempos.

M. *Por qué?*

D. Porque solo se pudo salvar por el supremo poder, y es injurioso á Dios decir que favorece y hace triunfar tan blasfema impostura si lo fuese.

LECCION VIII.

De los efectos del humano favor con respeto á la Religion cristiana, se saca un argumento que demuestra su divinidad.

Cuando Dios hace una obra que quiere se atribuya á él solo, la reviste de unos caracteres bien distintos de las de los hombres; mas si para la egecucion toma por instrumento al hombre, se observan en ella, por una parte, caracteres humanos, y por otra los divinos: aquellos llevan consigo las propiedades de su causa; la imperfeccion, el desconcierto y quiebras que anuncian de suyo la ruina: y á la parte de Dios queda la buena direccion, el reparo, y la perfeccion de la obra. Asi contrapone Dios su poder con la humana flaqueza, para que conozca el hombre lo que es suyo, y lo que pertenece á Dios. De este modo no

puede gloriarse atribuyéndose lo que no es de él.

Ya has visto que la obra de la propagacion del Evangelio fué divina, porque ningun apoyo humano tuvo; ahora vas á conocer que no pudo menos de ser divina por la parte que en ella tuvo la prudencia humana.

No pretendo quitar á la gracia la obra de la conversion de Constantino; pero ¿cuantas veces se hecha muy bien de ver la operacion divina, disponiendo el corazon de sus elegidos por unos medios ovios, naturales al parecer y sencillos? la misma que toma ocasion de los delitos del hombre muchas veces para triunfar, se vale tal vez de fines que en el concepto humano son políticos.

El gobierno del Occidente habia franqueado á Constantino suficientes conocimientos del estado de todo el imperio. Los soldados llegaron á presumirse con derecho de quitar y poner emperadores á su antojo. Derribar del trono á un soberano del

mundo no costaba mas trabajo que un asesinato; accion con que se habia familiarizado la soldadexca; y para exáltar á otro, no habia mas que proclamarle, defenderle de la oposicion, si se podia; y sino todo estaba compuesto con abandonarle, y pasar á otro partido. Esto traia sediciones, guerras civiles, y otros infinitos males; pero semejantes procedimientos eran ya como el entretenimiento, y ocupacion de una gente ociosa, venal, codiciosa y cruel. Ya se deja entender lo que en semejantes lances, y mas si son frecuentes, pierden las buenas costumbres. Estas estaban enteramente perdidas. Solo los cristianos por lo general guardaban aquella moderacion evangélica, que enamora á los hombres de buen juicio, y admira hasta á los mismos impios. Solamente cuidadosos de servir á Dios bajo el dominio de cualquiera, no tomaban parte en las facciones revolucionarias: ni las atroces persecuciones que padecieron fueron parte jamas para que reuniesen sus

fuerzas contra los tiranos. Sus clamores eran la continua oracion; rogar por los perseguidores, su venganza: su oposicion, la paciencia, la adhesion á la fe, su sistema: su ocupacion, las obligaciones respectivas: y su práctica la de las virtudes todas. Conocia muy bien Constantino que no habia vasallos mas fieles, mas útiles, ni mas egemplares en todos los dominios del imperio que los cristianos; y no se le ocultaba que los males que se padecian provenian de las malas costumbres.

El imperio estaba lleno de tres clases de religiosos: judios, paganos y cristianos. Los judios entusiasmados con su esperado libertador, estaban siempre prontos á la revelion, su ley era igualmente aborrecida de los cristianos, que de los paganos, y sus procederes les habian conciliado un odio nacional para con los romanos. Los cristianos eran en gran número tanto en el Oriente, como en el Occidente, pues (si hemos de creer al autor del tratado de los per-

seguidores) Diocleciano dudó mucho tiempo por esta causa antes de empezar la persecucion. Estos eran aborrecidos por su creencia, mas no por su moral y costumbres. El politeismo era ya tenido casi generalmente por absurdo , y le profesaban dos clases de personas : unas por miedo, y otras por preocupacion. Las de aquella clase eran muchísimas , que convencidas de la vanidad de sus dioses, solo faltaba para decidirse que les quitasen el temor de la infamia, de la pérdida de sus bienes, honores y vida.

Estas disposiciones tenian dividido el imperio en lo religioso, y de estos pretextos se solian valer los poderosos para dividirle tambien en lo político, y llevar adelante sus ambiciosas miras. Los emperadores y los césares, deseosos cada uno de poseerlo todo hacian mil protestas de paz y reunion ; pero estas eran unas disimuladas treguas, para afianzarse en sus dominios, fortificarse y volver á las batallas. El estado pues de las cosas pedia una reforma de

costumbres, y reunion de máximas; lo cual no era fácil, sino se reunia el imperio bajo un sistema religioso y político. El judaismo era aborrecido, y sus sectarios en poco número. El politeismo estaba muy decaído, y la esperiencia de tres siglos habia acreditado que era imposible volver á los cristianos al paganismo y mucho mas facil la conversion de los idólotras al cristianismo. Esta pues debia ser segun el plan político la religion dominante; pero tampoco convenia exâsperar á nadie: era sí conveniente quitar obstáculos al cristianismo, y no favorecer ni á los paganos ni á los judios para que cada una tuviese su aumento ó disminucion, segun la proteccion particular de la providencia. Si á esto se llega el propio convencimiento, y los efectos de la gracia, no es extraño que constantino emprendiese la obra de realizar el plan; pero son muy de notar los medios.

Si Constantino y sus sucesores por espacio de tres siglos hubieran

usado para propagar el cristianismo y destruir la idolatria, de los mismos medios de que se valieron en los tres siglos que precedieron, sus antecesores, nuestro argumento subsistiria; porque ¿qué razon humana habria para que, perseguido el paganismo por tres siglos, se acabase; y perseguido el cristianismo por igual tiempo se multiplicase extraordinariamente? Pero no fué asi. El paganismo sin igual persecucion se destruyó, y el cristianismo con ellas se aumentó. Constantino de convenio con Licinio, Galerio, y Maxencio dió entera libertad de Religion; solo esta órden quitó á los ídolos infinitos adoradores. Sus compañeros nada afectos al cristianismo le persiguieron despues en todos sus dominios. Vencidos estos por Constantino, y hecho el solo dueño del imperio, parece debia ser la ocasion de una abierta y horrible persecucion del paganismo; pero no necesita la Religion por apoyo la crueldad, que ella misma detesta. Es verdad que

entonces Constantino expidió leyes mas favorables á la Religion: eceptuó á los eclesiásticos de las funciones civiles: mandó se guardase el domingo como festivo: volver á los cristianos la libertad, y haciendas de que estaban solo por esta causa privados: dió libertad para dejar legados en favor de las iglesias: hacia mucho aprecio de los obispos y sacerdotes: hizo varios donativos á la iglesia: edificó muchos templos: manifestaba deseo en la conversion de los idólatras; y constituia en las principales dignidades á cristianos. Prohibió que se consagrasen nuevos ídolos, y mandó derribar algunos templos de idólatras en donde se cometian como observancias religiosas las mas abominables crímenes, uno de ellos fué el templo consagrado á Venus sobre el Líbano. Esto hizo en favor del cristianismo; pero al mismo tiempo admitió y obtuvo la dignidad é insignias de sumo sacerdote de los ídolos anexâ á la dignidad imperial: permitia que se consul-

tase á los Arúspices , que pronosticaban por las entrañas de las víctimas (supersticion muy antigua entre los romanos) prohibiendo solo este pagano rito fuera de los templos de los ídolos : permitia tambien los sacrificios como fuesen hechos en ellos y no en casas particulares : jamas espidió decreto alguno para perseguir , quitar la vida ni vejar á los idólatras. Estas fueron substancialmente la proteccion del cristianismo y la persecucion del paganismo por Constantino.

No pretendo denigrar la fama del grande Constantino. Nuestros incrédulos , haciendo su pintura con los mas feos colores , hacen , sin querer á favor de nuestra causa. Le dan á conocer por un hombre sin religion , ambicioso , favorecedor de los cristianos por su propio interes , llevando en ello solo miras políticas. Si asi fué , bien se deja conocer que la Religion cristiana cuando él le favoreció era el partido dominante , la mas á propósito para hacer feliz el

imperio, su moral el mas arreglado á la razon, las costumbres de los creyentes las mas sanas, y sus misterios los mas creibles: ademas que cuanto en esta parte se revage al favor humano, mas aparece el divino. Pero este retrato está formado por los pinceles del ódio, y del furor. Parece á los incrédulos que si Constantino no hubiera favorecido el cristianismo, no existiría; sin acordarse, que ántes de él existia, y mucho mas glorioso, sino tan brillante en lo exterior. Los cristianos presentan el cuadro de este héroe con mas agradables apariencias: no estrañes esta diferencia: estos le contemplan el primer favorecedor, y esta es la causa porque aquellos le aborrecen.

No es del caso hacerte la apología de Constantino. Los hechos manifiestan que si favoreció á los cristianos, tampoco persiguió á los paganos, y sí solo la política le obligó, segun los enemigos, á ostentarse cristiano, mas razon tenemos nosotros para asegurar que la política

sola le obligó á no perseguir los paganos, y á las condescendencias que con ellos tuvo; pero lo que mas se manifiesta en este proceder es: aquella prudente suavidad, que derrama nuestra Religion, cuyas máximas aborrecen la fuerza y la crueldad.

Compara ahora los decretos inhumanos, y destructores de los Nerones, Trajanos, Decios y demas perseguidores del cristianismo con los expedidos por Constantino contra los paganos; y viendo la notable diferencia, observa, que aquellos aumentaron, y extendieron la Religion católica, y estos destruyeron casi enteramente el paganismo. Es decir, que en todo tiempo contribuyó nada ó poco el humano poder para destruir, ó extender el cristianismo, acabar ó sostener el paganismo.

Con todo; que este príncipe y sus sucesores favorecieron positivamente el cristianismo, no es dudable. Veamos ahora los efectos de este favor.

Si bien le contemplas, te convencerás de que este mismo favor natu-

ralmente hubiera acabado con la Religion, si mano mas poderosa que la humana no hubiese sacado sus fines de los mismos yerros de los hombres.

En el siglo tercero Sabelio, para probar la unidad de Dios habia negado el dogma de la Trinidad de personas, diciendo que Padre, Hijo, y Espiritu Santo eran solo tres nombres de una misma subsistencia; de consiguiente no significaban tres supuestos ó personas. Sabelio habia tomado este medio para huir de la secta de Marcion y Cerdon que admitian tres substancias increadas. La Iglesia habia condenado estos errores; pero sin meterse á explicar el misterio. Arrio tomó esto por su cuenta; y para huir de los referidos escollos cayó en otro, enseñando que solo una persona era increada, y que el Hijo de consiguiente era criado. Por el mismo principio dijo despues Macedonio que lo era el Espiritu Santo. Apolinar, por separarse de estos y aquellos inconvenientes, dijo que el Verbo Divino era el alma de J.

C. el cual solo tenia un alma sensitiva humana. Teodoro de Mopsueste, para combatir á Apolinar, se presumió obligado á sostener que en J. C. habia un alma racional humana, pero separada del Divino Verbo: por consiguiente su discípulo Nestorio negó la union personal del Hijo con la naturaleza humana, y dando solo una union accidental ó de asistencia, admitia en J. C. dos personas; divina y humana. Este parecer vino á hacerse odioso; y para alejarse de él Eutiques negó las dos naturalezas en J. C. diciendo, que solo permaneció la Divina; porque esta absorbió la humana: de que resultaba que J. C. no era verdadero hombre. Aunque los Monotelitas no convenian con el error de Eutiques; admitir en J. C. una sola voluntad, ó era consecuencia de aquella heregía, ó conducia á ella. Estas y otras disputas duraron seis siglos, al cabo de los cuales era ya tan aborrecida la idolatria, que vino sobre la iglesia una persecucion tan

furiosa que jamas la experimentó tanto: esta fué la de los Iconoclastas, que no queriendo entender la práctica de la Iglesia en la veneracion de las imágenes, querian exterminar, segun ellos decian, este resto de la idolatría.

Estas, y otras disputas; tambien algunos cismas agitaron la Iglesia hasta el siglo décimo, poco mas ó ménos. ¿Pero de qué modo? Era preciso dilatarme mucho para presentar una noticia individual de los males, que causaron, y podian haber causado naturalmente á la Iglesia la proteccion humana en estos tiempos; la brevedad que es precisa, no lo permite. En adelante podrás, si quieres, instruirte á fondo en estos puntos; pero para que conozcas la verdad de lo que antes te digo, no puedo menos de hacerte ver, aunque brevemente, que la proteccion de los príncipes fué mas nociva á la Religion en aquellos tiempos que todo el ódio de los tiranos. En los siglos anteriores á Constantino, como los poderosos miraban

con aversion, ó indiferencia la Religión, ninguna secta ú opinión hallaba apoyo. Luego que salía una heregía la proscríbía la Iglesia: los verdaderos fieles evitaban la comunicación con los sectarios, y estos se circunscribían á sí mismos. Como el declararse cristiano era en aquellos tiempos señal de proscripción, destierro, pérdida de bienes &c. estaba desterrado generalmente de los cristianos la ambición, codicia y sollicitudes del favor humano. Como las prelacías, y primeros puestos de la Iglesia daban mas bien inexplicables trabajos, que utilidad, no solo no se ambiciaban, sino que era necesario muchas veces hacer cierta fuerza para que se aceptasen; mas luego que el favor de los príncipes les dió exterior honor, y riquezas, tuvieron cebo las pasiones.

Con justa causa ó sin ella, siempre se han prodigado alabanzas á los príncipes religiosos. Muchos de estos tiempos se llegaron á persuadir por una falsa piedad, que ser re-

ligioso y buen príncipe, era todo uno; y tomaron por medio para adquirir este timbre mezclarse demasiado en lo que no les pertenecía bajo el nombre de protectores. Este título á su parecer les autorizaba para hacerse tan árbitros en los asuntos de la fe como en los de estado, y mucha veces se decidia en el gabinete lo que querian autorizase la Iglesia en los concilios. Como los magnates veian á los emperadores metidos á teólogos, se presumian ellos tambien autorizados para parecerlo; pues en todos tiempos ha sido el prurito de los cortesanos imitar los caprichos de los príncipes. O por entrar en parte de las alabanzas, ó por uniformarse con los soberanos, gustan de oír y disputar en asuntos de Religion, y se hacian ellos tambien protectores de algun partido. Los ambiciosos sectarios hallaban con esto una puerta muy franca para sus fines, y atraerse el favor del príncipe. Con un exterior religioso: con palabras de favor hacia la pura creen-

cia; y con alguna sutileza en el decir, estaban los mal intencionados á cubierto de todos los errores y ambiciosas miras que ocultaban en el corazon. Pronto pasan á las provincias las modas de la corte; así no tardó en encenderse el fuego de las disputas en los pueblos, y tomar parte en ellas hasta las mugeres; y si el valimiento de algunas favoreció tal vez la buena causa; el de otras hizo mucho daño á la Religion.

Luego que Constantino advirtió la grande division que ocasionaba la heregía de Arrio buscó la paz por medio de un concilio general congregado en Nicéa, en donde se declaró la consubstancialidad del Verbo Eterno. Parece debia haberse ahogado el horror; pero apareció á poco con mas fuerza. Eusebio obispo de Nicomedia, Teonas de Nicea y Eusebio de Cesaréa, cuyos méritos distinguidos le habian adquirido concepto y su intriga favor en la córte, se declararon en favar de Arrio condenado en varios concilios. La empe-

ratriz Constancia hermana de Constantino habia adquirido ascendiente en el corazon de su hermano. Engañada esta por un capellan suyo del partido de Eusebio, encargó en la hora de la muerte á Constantino el mérito del capellan, y la inocencia de Arrio. Bien por su cuenta tomó el emperador la recomendacion. Oyó al sacerdote que era el órgano de Eusebio, que ambiciaba el obispado de Constantinopla, le creyó, quedó preocupado en favor de Arrio, y estrechó la amistad con Eusebio, que obraba de concierto con los arrianos. Desde este punto se vió Constantino rodeado, y manejado en asuntos de Religion por los arrianos. Hicieron creer al emperador que el Heresiarca estaba inocente, que seguia la verdadera creencia, y que su condenacion era efecto de una persecucion injusta. Constantino, considerándose defensor de la fe, se reputó obligado á constituirse protector de Arrio, y comenzó por escribirle de su puño llamán-

dole á la córte, y admitiéndole en su pribanza. Ya puedes considerar los males que causaria el poder de un hombre, que, á su parecer, obraba en favor de la buena causa, manejado y dirigido por un complot, hábil, furioso y ofendido. Ciertamente son incalculables los perjuicios que causaron á la Religion. Cuantos conciliábulos tumultuarios y violentos! ¡cuantos desterrados! ¡cuantos santos obispos desposeidos inicuaamente de sus sillas para que las ocupasen los arrianos! ¡cuantas violencias y muertes no sufrieron los católicos, y cuantos escándalos la Iglesia! Constantino engañado tomó por empeño, que Arrio fuese recibido á la comunión de los fieles, el santo obispo de Constantinopla Alejandro se opuso acérrimamente. El emperador y sus secuaces intentaron hacerlo por fuerza llevando como en triunfo al herejarca á la iglesia mayor: y si su muerte repentina en este mismo dia impidió el proyecto, no por eso atajó los progresos de la secta sos-

tenida con todo el poder del emperador cortesanos, magnates, y obispos partidarios. Por último, despues de haber causado Constantino con su proteccion todo género de males á la Iglesia con buena intencion, murió en los brazos de los arrianos.

Su hijo Constancio que á poco quedó solo dueño del imperio, siguió sus huellas de protector con ménos sana intencion; y tambien con mas entusiasmo y furor. Eusebio, que era ya gran canciller de Constancio, y los demas aliados habian introducido la peste arriana, no solo en el corazon de Constancio, sino en el de la emperatriz, y la mayor parte de las damas de la córte. Los oficiales de la córte, los eúncos y demas poderosos, se habian hecho partidarios, el error triunfaba y se difundia considerablemente, no solo en Constantinopla y en Antioquía, donde residía regularmente el emperador, sino en los demas pueblos de las provincias. Los católicos oponian á este furioso torrente los sufrimientos, la

paciencia y la razon. convocábanse nuevos concilios, presentábanse fórmulas de fe formadas por la córte, disimuladas unas y otras que daban entender mas el error; se obligaba á los obispos á la aprobacion: se desposeia, desterraba y se bejaba de todos modos á los que se oponian: muchas veces se intentó hacer con la violencia, lo que no alcanzaba la autoridad: se publicaban decretos falsos, y se mandaba á los generales los hiciesen observar. De los obispos unos cedian á la fuerza, y otros resistian con superior valor: estos eran tratados como revolucionarios, y se daban á los faccionarios sus dignidades. De estas y semejantes violencias no estuvo segura ni aun la Silla Apostólica. Tanto llegó á infestar el veneno que todo el mundo parecia arriano. En medio de tantos disturbios, y de tan lamentables circunstancias, en que parecia iba á perecer el principal apoyo de nuestra creencia, que es la divinidad de J. C., subió al trono Juliano el após-

tata , que dándosele muy poco de las disputas , puso todo su cuidado en restablecer la idolatria. ¿ Qué resultó? que Juliano nada adelantó con sus astucias en favor del paganismo; y con su indiferencia , ó con su persecucion contra la Religion católica, se aumentó el número de los verdaderos fieles , perdiendo el arrianismo muchos partidarios. Joviano su sucesor se declaró en favor de la fe del concilio Niceno; pero su corto reynado no dió lugar á restablecerla. Valentiniano 1.^o como católico tenia la verdadera creencia : y como príncipe, se juzgó obligado á favorecer á todo buen ciudadano de cualquier religion que fuese ; de modo que hasta los pontífices paganos fueron restablecidos en sus privilegios, y mandó se les diesen honores de condes. Valente que gobernó el Oriente catorce años era un arriano rabioso, y no contento con extender en aquella parte su error, le introdujo entre los godos, por donde pasó tambien al Occidente despues. El destruia , des-

terraba, desposeia, mataba y queria á toda fuerza que todo el mundo abandonase la verdadera fe. Graciano que quedó solo en el imperio, siguió las máximas de su avuelo Valentiniano. Teodosio, despues de varias tentativas para restablecer la paz, se declaró contra los arrianos; pero la emperatriz Justina los favorecia acérrimamente, sentenciando á muerte á los que no asentian á su error.

Te he contado con alguna mas extencion los progresos de esta secta hasta fines del siglo cuarto para que conozcas que ella sola bastó para acabar con la Religion: y si fuese posible que entrásemos en mas circunstancias y siguiésemos la historia hasta el fin, te maravillarias de que hubiesen quedado ni aun vestigios de la verdadera creencia.

No tuvo tanta fortuna Nestorio, no obstante la proteccion del conde Candidiano, y otros muchos cecua-ces. Mejores circunstancias se brindaron á Eutiques; por tanto se causaron mayores males; pero sobre to-

dos, los monotelitas, é iconoclastas con el favor furioso de algunos emperadores. En fin las divisiones, los cismas, las heregías, las violencias y todo género de males vinieron por último á causar la ruina casi total de la religion, y del imperio del Oriente. ¿Pero se perdió por esto la Religion? Nada ménos: quanto iba decayendo por la tiránica proteccion de los príncipes, adquiria de aumento con solo la de Dios en el Norte, Occidente y muchas partes del Asia; no obstante la persecucion de muchos reyes idólatras.

Ve aqui los efectos de la humana proteccion que tanto se decanta en la propagacion de la Religion. Ve aqui mismo la obra de Dios. Por proteger los príncipes el cristianismo eccedieron los límites de la prudencia, é introduciendo en el santuario la abominacion y desolacion, hubieran destruido enteramente la obra, si el brazo Todo Poderoso no la hubiera sostenido de dos modos: haciendo servir las heregías á declarar mas

bien los misterios; y recompensando la pérdida de los malos creyentes con otros muchísimos, que recibían la fe en toda su pureza: así como cuando se estendía el luteranismo en el Norte, se propagaba la Religión verdadera en América. Aquellas sectas fueron como una porción de pólvora á que se pega fuego; causa esplosiones ruidosas é incendios, y ella se disipa en humo; mas la Religión católica permaneció, y permanecerá siempre salva, é íntegra, sin que puedan ahogarla todos los esfuerzos de las tinieblas. Las heregías se destruían unas á otras y sus mismas divisiones aminoraban el número de sectarios: los príncipes, fomentando unas destruían otras; no obstante, conspirando todas contra la católica creencia, la esclarecían mas; y tantos poderosos reunidos á ofuscar sus verdades, solo sirvieron á arraigarlas mas. ¿Te parece si esto es humanamente posible?

Nota tambien una diferencia. En los tres primeros siglos, en que no

aparece favor humano, tuvo la Religion casi tantos observadores de su moral como creyentes; por tanto un verdadero esplendor; y cuando se mezcló humano instrumento, tuvo la Iglesia mas exterior brillantez; pero mucho perdió de la hermosura que tanto agrada á su autor. Las contradicciones que habia sufrido en los tres primeros siglos no fueron de tan malas consecuencias como las posteriores. En aquello se hecha de ver claramente la limitacion del humano poder, y en esto la flaqueza del humano favor. Repara en uno y otro caso la obra del hombre, y admira en la extension y subsistencia de la Religion la obra de todo el poder de Dios.

Es máxima de nuestra Religion que su propagacion no se haga con las armas, y si hay algun caso de esta naturaleza ella misma le reprueba; por lo general jamas los propagadores se han servido de estos medios. Si Constantino vence á Licinio sus quejas políticas tenia, ó llámense

miras ambiciosas, para quedar solo en el imperio. Si en el Oriente favoreció el cristianismo fué guardar la misma conducta que habia observado en el Occidente, sea política ó religiosa. Si los godos v. g. poseyeron la España, si los vándalos el Africa, los longobardos la Italia, si los españoles y portugueses, las Américas y otros parages tambien del Asia, no fué por propagar el cristianismo con las armas en la mano: sus miras políticas tuvieron, y con esta ocasion cada conquistador introdujo la religion que profesaba; mas para esto los católicos sin usar de la fuerza.

De todo lo dicho inferirás cuan poco tiene que agradecer la Religion al humano poder; pues en todos los estados y circunstancias manifiesta los caracteres indubitables de ser obra de Dios, y un ofecto de su particular proteccion, que solo autoriza la verdad y jamas el error.

PREGUNTAS.

M. Ya sabes la proteccion que tuvo la Religion desde el cuarto siglo ; qué juicio formas ?

D. Que sirvió mas bien para destruir-la que para propagarla.

M. Para qué ?

D. Porque los mas de los emperadores protegieron á viva fuerza las facciones contra ella.

M. Pero al fin no destruyeron la idolatría ?

D. Mas bien debe decirse que la idolatría se destruyó por sí misma á presencia de la verdad , y en fuerza del desengaño,

M. Por qué ?

D. Porque los mas de los emperadores , usando de moderacion , ó tuvieron condescendencias con los idólatras , ó no los persiguieron , á lo menos en sus personas.

M ; Y si los hubieran perseguido como ellos lo hicieron con los cristia-

¿nos en los tres primeros siglos?

D. Nuestro argumento valdria aun en este caso.

M. Por qué?

D. Porque por los mismos medios, que naturalmente se hubiera destruido la idolatria, se aumentó considerablemente la Religion cristiana, lo cual no pudo suceder naturalmente.

M. Pero al fin aunque no persiguiesen á viva fuerza á los paganos, del favor que aplicaron á los cristianos ¿no resultó el aumento y extension de la Religion?

D. Si resultó, no debe atribuirse á él.

M. Por qué?

D. Porque la Religion no se ciñe á no ser idólatras, sino á creer todo lo revelado; y habiendo ellos favorecido tan acérrimamente los errores que le destruyen, lo hubieran naturalmente conseguido.

M. ¿Con que esos pretendidos favorecedores persiguieron la Iglesia?

D. Sí: y de un modo mas perjudi-

cial que los mismos paganos, por mas tiempo, con menos intermisiones, y tal vez con mas furia.

M. ¿Todo ese poder hizo triunfar al fin el error, y deprimir la Religion?

D. No: antes por el mismo camino le destruyó, y sirvió para aclarar, afirmar y estender la Religion.

M. ¿Pues al fin no vino á extinguirse casi enteramente en el Oriente?

D. Sí: y este hecho es buena prueba de lo inútil de aquel humano favor; pero Dios con solo el suyo la estendió con creces por otros parages, y aun la sostuvo allí mismo para enmedio de tantas turbulencias.

M. ¿Qué infieres de todo?

D. Que la Religion cristiana en su origen, estension, progresos, y subsistencia no pudo ser obra humana, sino sola de Dios.

M. Por qué?

D. Porque habiéndosele opuesto siempre todas las puertas del infierno para destruirla, jamas prevalecieron contra ella.

A. En las de los referidos hechos tenidos otros que individualmente evidencia nuestra causa. Uno de ellos es el de los mártires el cual no se debe pasar en claro, pues son tantos que autorizan los hechos. Es indonense que la Religión Católica en todos tiempos ha y tenido muchos simos. Este hecho es tan evidente que no le niegan los mismos contrarios (á no ser que quisiesen cerrar los ojos á toda humanidad). Estas son las edictos imperiales, las causas y sentencias dadas á muchos existió tambien estos consulares, cartas enciclicas de las iglesias, relaciones sencillas, actas de los mártires y monumentos públicos, todos examinados y averiguados con la mas

LECCION IX.

El testimonio de los mártires es argumento muy convincente en favor de la divinidad de nuestra Religion.

Ademas de los referidos hechos tenemos otros que indubitablemente evidencian nuestra causa. Uno de ellos es el de los mártires el cual no se debe pasar en claro, pues son testigos que autorizan los hechos. Es inconcuso que la Religion católica en todos tiempos ha tenido muchísimos. Este hecho es tan evidente, que no le niegan los mismos contrarios (á no ser que quisiesen cerrar los ojos á toda humana fe). Existen aun los edictos imperiales, las causas y sentencias dadas á muchos; existen tambien fastos consulares, cartas encílicas de las iglesias, relaciones sencillas, actas de los mártires, y monumentos públicos, todos examinados y averiguados con la mas

severa crítica por autores los mas escrupulosos y han hallado estos documentos genuinos, auténticos y de toda credibilidad: esto mismo consta por testimonio de muchos autores contemporáneos, ya amigos, ya enemigos; por último, es hecho en que no hay controversia.

Con todo, si en una asamblea de impios digeses que el hecho de los mártires es prueba evidente de la divinidad de la Religion cristiana te habian de sorprehender por un rato. Verias á cada uno de los circunstantes prorumpir segun su genio, carácter y literatura contra tu aserto.

Alguno de ellos moviendo la boca de un modo despreciativo, y manifestando cierta sonrisa, querria dar á entender tu ignorancia. » Otro soltando como al descuido una expresion graciosamente burlona, diria que tu proposicion no era digna de contestarse en forma.»

» Otro, en tono magistral y decisivo, declararía su parecer asegu-

rando que no han inventado los católicos prueba mas insuficiente que esa: y que siendo una de las que tanto aprecio hacen los Apóstoles de la Religion cristiana.”

”En efecto, dirá otro, cada religion tiene sus mártires, y por esta razon, ó todas deben ser verdaderas, ó ninguna. Los luteranos, anabaptistas, y aun los ateistas mismos cuentan los suyos. Es cierto que los montanistas que tenían por artículo no ser lícito evitar el martirio, se entregaban á los tormentos. Ha comprobado bien la experiencia que no son incompatibles el error y el martirio. Por eso tienen los católicos un proloquio muy antiguo: no hace al mártir la pena sino la causa. Esto solo probaria una estremada adhesion á la Religion, que creen invenciblemente por verdadera, mas esto no es privativo de los cristianos. Los mahometanos y aun los paganos tenían la misma.”

”En comprobacion de lo dicho no faltaría otro que alzando la voz

digese: si: es cierto: los musulmanes para hacer ver que siguen la buena causa se ofrecen muchos á arrojarse de lo alto de un edificio. ¿Y cuantos gentiles no se ofrecian á ser sacrificado en honor de sus dioses? Si, si, repondrá otro, no tiene duda: la adhesion á las ideas, el fanatismo, cierta especie de borrachera y furor, efecto de una imaginacion fogosa, y la preocupacion, fueron siempre las causas de padecer el martirio: por eso tienen mártires todas las religiones.“

»No faltaria en la asamblea algunopreciado de mas juicio, y diria con moderacion: no hay necesidad de recurrir á causas sobrenaturales cuando las hay naturales y muy ovias: que verdaderamente las hay en los mártires para haber con valor sufrido el martirio. La índole natural propia de los galileos en hacerse superiores á los trabajos y á despreciar la muerte, cuya propiedad á su ejemplo juntamente con el nombre, heredaron los primeros cristianos: el

rigor de la antigua disciplina: la grande austeridad de vida que los hacia duros y fuertes para tolerar los trabajos y tormentos: el testimonio de la buena conciencia: la inmortalidad de la futura vida: la creencia en que estaban aquellos antiguos cristianos en que los mártires habian de tener la mejor parte en el mundo durante el reinado por mil años de J. C. la proximidad que creian del fin del mundo: y otras cosas semejantes, podian entusiasmar y dar valor al ánimo para desterrar el temor de la muerte. Por último ¿de quanto aliciente no sirve el amor á la gloria y fama póstuma? A la verdad, añadiria otro, que el culto que la Iglesia daba á los mártires era muy bastante para alagar la vanidad de los que padecian."

"Alguno de los circunstantespreciado de sutil cerraria el discurso diciendo: que cuando los católicas aseguran ser su religion verdadera porque hace mártires, suponen lo que intentan probar; pues es cierto que

la buena causa podrá hacer mártires, pero los mártires no harán buena la causa, y que tan léjos están ellos de ser argumento de Religion verdadera, que son otros tantos testigos de la falsedad; pues es injurioso á Dios decir que deja padecer hasta la muerte á los que creen lo que él ha revelado. Con esto se decretaba por todos votos la proscripcion del argumento; y á tí te se impondría perpetuo silencio, bajo la pena de ser tratado, como iluso, preocupado, fanático, é ignorante, si intentabas abrir la boca para impugnar tan sólidos y convincentes argumentos.”

Con todo, no te asustes: todas esas razones son tiros al aire, que no dan en el blanco, ó porque no entienden, ó porque se desentienden de él. Suponen que decimos nosotros, que solo nuestra Religion tiene mártires; y que si no fuese verdadera, seria como las demas sectas, que nadie se ha espuesto á defenderlas con peligro de la vida, y que esto prueba una fuerza interior sobrenatural,

que dá la Religion; de consiguiente es verdadera. Contra esto va todo; pero sus argumentos quedan sin fuerza, porque no decimos precisamente eso. Vamos, pues, á declarar este punto del que sacaremos dos razones convincentes.

Si un juez hubiese de averiguar la verdad de una cosa precisamente conexâ y enlazada con cierto hecho, trataria primero de investigar este; y sacándole cierto hallaria tambien la verdad de la cosa misma ¿que medios pondria á este fin? Buscaria seis ú ocho testigos oculares: les tomaria declaracion sobre el hecho, y todas sus circunstancias: examinaria la cualidad de los testigos: conferiria sus declaraciones, y hallándolas contestes, declararia el hecho por cierto; publicado, escrito, y protocolado tal espediente, haria fe en todo tiempo; y esto bastaria para exigir el asenso de cualquier persona de juicio. Pero si no solo un juez, sino muchos: no un tribunal solo, sino muchísimos hubiesen tomado á su car-

go averiguar el tal hecho; y no contentos con seis ó ocho testigos hubiesen exâminado, v. g. cien oculares, exigiendo de ellos, que habian de firmar la declaracion con sangre de sus venas, y ellos no hubiesen dudado á hacerlo: si esto se hubiese asi testimoniado, y constase uniformemente, parece que el tal hecho no podria ponerse en duda. Aun mas. Si constase autenticamente que no se exâminaron solo cien testigos, sino muchos mas: que estos citaron á otros: que no fueron contradichos: que alegaron la publicidad, sin que nadie los desmintiese: que la proligidad de los jueces y tribunales llegó á tal, que pedian nada menos, que la vida en testimonio de verdad, y que los testigos unánimes hasta en esto, la dieron, si constase vuelvo á decir, todo esto por públicos testimonios ¿podrá exigirse mayor prueba del hecho? Evidenciado pues este, se saca por consecuencia lo que á él está inmediata é íntimamente conexo. Este es nuestro caso.

Nosotros decimos, que nuestra Religion es verdaderamente divina; porque la reveló Dios por su Hijo que se hizo Hombre. Este Señor dijo, que era Dios, que venia embiado de su Padre para enseñar á los hombres estas, y las otras verdades. Para dar testimonio de su mision, hizo verdaderos, multiplicados y públicos milagros, tales que no podian tener por causa criatura alguna, Se asoció Discípulos que fueron particularmente testigos de todos ellos. Dió por señales de su mision, entre otras, que habia de morir, resucitar al tercer dia, subir á los cielos, y enviar despues su Divino Espiritu. Dime: si esto es cierto ¿habrá razon para asegurar que nuestra Religion es divina? Es evidente; porque si creemos, lo que J. C. enseñó, y él es verdadero Dios, no puede ser falso. Si dió testimonios indubitables de su divinidad en especial resucitándose á sí mismo, no tiene duda que era Dios como decia: de consiguiente lo que enseñó divino es. Bien: con que solo

nos falta saber si los referidos hechos son ciertos, ó no.

Para esto traemos el testimonio de los mártires. Los primeros, que andubieron, y trataron con J. C. declararon en juicio, y fuera de él, no solo ante un juez, sino ante varios; no delante de un tribunal, sino en presencia de muchos, que era cierto, y que ellos lo habian visto: que aquel Jesus, cuyos prodigios habian sido públicos, y cuya muerte habia padecido por decir que era Dios, habia resucitado, y subido á los cielos á la vista de ellos. Estos no fueron seis ú ocho personas, sino quinientas que estuvieron prontos á dar, y los mas dieron la vida en testimonio de esta verdad. No es esto solo, sino que apoyaban sus declaraciones con milagros publicísimos por los que creyeron millares de personas, que fueron testigos de vista; y aun estos mismos los hacian tambien en comprobacion de la verdad de los hechos, que habian oido á los que los vieron, firmando tambien

con su vida sus mismas declaraciones.

Siendo todo esto indubitable tenemos un prodigioso número de testigos, de hechos, que tienen inmediata, clara, y precisa conexión con la divinidad de la doctrina de J. C. de donde inferimos, que nuestra religion es divinamente rebelada.

Con que para poner en duda la doctrina, es menester poner tambien dudosos los hechos, en que estriban. Para dudar de estos es preciso probar que no hubo tales testigos, ó poner otros de iguales circunstancias, que digesen lo contrario, ó recusarlos todos por algunas taehas, que los acrediten de falsarios, ó á lo ménos alguna prueba suficiente por donde se hagan ilegales. Lo primero es imposible, pues no hay cosa mas constante. Lo segundo tambien; pues hasta los mismos enemigos, ó lo conceden ó no lo niegan. Demostrar que son falsarios, tampoco; porque hablan de hechos públicos; y porque tantos de tan distintas edades, climas, sexôs, é interes, no pudie-

ron unirse en atestiguar á costa de la vida unos hechos que hubieran sido contradichos, siendo falsos. Tacharlos de interes es desatino; porque ¿qué interes puede esperar de dar la vida un hombre por atestiguar hechos falsos costantemente y doctrinas de suyo muy difíciles de creer? Supongamos por un instante falso, que J. C. resucitó, y subió á los cielos segun habia prometido: hasta este momento pudieron tener sus creyentes alguna esperanza de interes; mas luego que se desengañaron cesó todo motivo. Explíquese ahora ¿como ó porque lo aseguraron tantos tan á su propia costa como testigos oculares? Crédulos no eran; porque ya te he dicho en otra parte, que pecaron en el extremo contrario. Cuando se trata de haber visto ó no un suceso, no caben las palabras, fanatismo, entusiasmo, impostura, credulidad, engaño, y otras semejantes. Luego los dichos testigos dan una prueba evidente de los hechos, de que se trataba: á estos

está inmediatamente conexa la divinidad de la doctrina, con que ella sin duda lo es.

Es verdad, que no todos los mártires fueron testigos oculares de los hechos, con que J. C. dió testimonio de su mision, principalmente de su Resurreccion, y Ascension; pero los oyeron á los que los vieron, se cercioraron de la verdad; y sobre todo fueron testigos oculares de los milagros, que obraban los discípulos en comprobacion de la doctrina, que predicaban, los cuales daban tan evidente credibilidad á aquellos, como la dieron los de J. C. á estos; asi de los demas sucesivamente.

Con que tenemos infinitos testigos oculares de hechos conexos con la divinidad de nuestra creencia; pero testigos de cualidad tan singular, que no hay la mas mínima sospecha de falsedad. De modo que nuestro argumento es este: tenemos hechos fundamentales, que si son ciertos, la Religion, que profesamos es evidentemente revelada; es ciertísi-

mo que lo són, pues tienen toda la evidencia, que puede desearse, porque hay un sin número de testigos oculares sin tacha, que dieron el mayor testimonio de verdad, que es posible, firmando su declaración á costa de su propia sangre.

¿Viene ahora bien contra nuestro argumento decir, que cada religion tiene sus mártires? Téngalos en hora buena. ¿Quién puede negar que haya habido algunos hombres tan encaprichados en sus opiniones, tan adictos á la creencia, que recibieron en la educacion, ó tan persuadidos á sus mismos inventos, que no se dejasen matar antes de dejarlos? No serán muchos, pero demos de barato algunos. En estos sí que cabe la adhesion estremada á la doctrina, el fanatismo, engaño, ilusion, credulidad. Todas las sectas tratan de creer doctrinas apoyadas en dichos, pero no en hechos. En aquello puede haber engaño, y falsedad; en esto no cabe mas que evidencia: por esta razon dijo San Cipriano, que la cau-

sa, y no la pena hace al mártir; y por esto mismo dicen muchos de nuestros apologistas, que no hay mártires sino en la ley de Moises, y en la de J. C., porque solo la creencia de los judios antes, y ahora de los cristianos estriba en hechos evidentemente comprobados, é indubitablemente divinos.

La mayor parte de nuestros mártires no padecieron precisamente por la adhesion á una creencia, que habian recibido de sus mayores, ó que hallaron establecida y autorizada de tiempo inmemorial; sino por no dejar de dar testimonio de la verdad, que los habia convencido á detestar sus antiguas costumbres, y la creencia, que habian bebido, por decirlo así, con la leche de sus madres. En aquello puede influir la estremada adhesion á las ideas recibidas en la educacion, la preocupacion, falta de exámen, y ignorancia, y talvez el furor y fuego de imaginacion; mas en esto no puede influir otra cosa, que los efectos de un evi-

dente conocimiento, el cual no puede adquirirse sino por hechos evidentes, ó probados tales.

Ademas, si los hechos en que estriba nuestra creencia son ciertos, ella es verdadera; y si son falsos prueban positivamente que lo son, ó den la causa de haberlos certificado tantos unánimemente del modo referido; sin salir con fanatismos, borracheras, furioses, puede ser quien sabe. &c. porque esto no es decir nada. Seemejantes expresiones esplicarian bien el furor profético v. g. de un montanista, cuya imaginacion artificiosamente agitada le induzca á una especie de frenesí, y á tirarse á las llamas; pero no por defender hechos que evidenciasen, que el maestro de su secta era efectivamente el paraceto: estos mismos afirmaban, y creian nuestros hechos fundamentales, como la Resurrección de J. C., su Ascension y venida del Espíritu Santo, y no pudiendo negar estos hechos por ser incontrastables, quisieron buscar verisimilitud á sus errores, dis-

tinguian el paraclete del Espíritu Santo para dar lugar á la impostura.

Si los musulmanes suelen hacer pruebas sangrientas de lo que creen verdad, es porque están persuadidos, á que su profeta no fué impostor; pero no porque él probó evidentemente que no podia serlo: ve aqui porque se dice que puede conciliarse el martirio con el error.

Este es el principal argumento que sacamos de los mártires, pero hay otro que da aun motivo de credibilidad no menos fuerte al que lo considere despreocupadamente.

No hay memoria de caso alguno en el que un hombre haya batistiguado hechos constantemente falsos sabiendo con evidencia, que de hacerlo habia de perder sus bienes, su familia y aun su propia vida; y que pegándole, no solo se habia de libertar de estos males, sino que recibia recompensas, que harian su vida cómoda, ilustre su familia, famosa su casa, y próspera su fortuna; pero ha habido muchísimos que

por evitar aquellas penas, ó por adquirir estas promesas, hayan negado la verdad contra su propia conciencia. Esto es tan análogo á la corrupcion y flaqueza del corazon humano que se tiene por un héroe aquel, tan amigo de la verdad, que no se corrompe por viles intereses. Es decir: ningun hombre con detrimento grave, y sin interes, atestiguará jamas una falsedad constante y muchísimos, ó por evitar detrimento, por adquirir intereses, asegurarán mentira.

Sobre propiedades tan naturales del hombre, y practicadas con tanta frecuencia, discurremos ¿qué causa urgia á los mártires pera perderlo todo por afirmar lo que decian haber visto? ¿y cual puede darse para que se hiciesen superiores á todos intereses? Con solo haber negado, unos hubieran quedado libres de toda incomodidad, otros con sus bienes, otros con su vida, y muchos, ademas de no padecer detrimentos, hubieran hecho bodas ventajosas, ad-

quirido privanza, obtenido riquezas, y hubieran sido elevados á dignidades. Si el efecto se atribuye á la fuerza de la verdad nada mas hay que probar, aunque permitiésemos por un instante, que era efecto natural. Atribuirlo á una mentira es dar un efecto sin causa, ó por mejor decir dar por causa un imposible. ¿Pero bien mirado puede ser la causa natural? Esto podria admitirse en algun caso bien raro con un hombre de integridad muy desusada, de educacion felicísima, y de un temperamento singularmente moderado; pero atribuirlo á causa natural en todos los mártires, es imposible: en personas de todos climas, de todas humoraciones, de todos sexos, de todas edades, de todas fortunas, de todas costumbres, de todos genios, y de todos estados, no es causa suficiente.

El engaño, fanatismo, furor, frenesí, y cuantos términos semejantes se quiera, suponen ciertas naturales disposiciones, ya sea la ignorancia,

estolidez , melancolía , ó irritabilidad de un carácter vilioso desordenado. En una palabra ; para que en un sugeto haya alguno de aquellos defectos , es preciso suponer natural disposicion defectuosa , ó morvífica ; ¿ Y es posible atribuir á tanto número de gentes , en tantos siglos , y en tan diversas circunstancias , aquellas defectuosas disposiciones ? ¿ De los martires unos fueron doctos , otros ignorantes , ricos unos , y pobres otros , unos muy penitentes , otros poco , en fin los hubo viliosos , flemáticos , niños , viejos , y de todas clases , y constituciones . ¿ No es pues disparate decir , que hubo causa general , y defectuosa en todos ? Natural , ni defectuosa no puede ser ; porque este efecto no es ordinario , y regular en el hombre . Luego no puede atribuirse sino á una sobrenatural virtud , que para hacer evidente la revelacion , é inescusables á los incrédulos , daba Dios á sus criaturas . Pero crece aun la dificultad , si consideramos otras circunstancias . El

modo de martirio de muchísimos, lo acervo, prolongado, y complicado de los tormentos, y al mismo tiempo la paz, tranquilidad, y alegría con que lo sufrían. Estas circunstancias son tan ciertas, y constantes como los mismos hechos; y muchos de los impíos, que se han empeñado vanamente en aminorar el número de nuestros mártires las confiesan. Lee las actas mas auténticas, y quedarás admirado: y bien puedes desafiar á todos los incrédulos, á que te prueben de falsos estos hechos con sus circunstancias, porque ó se ha de incurrir en un pirronismo absoluto, ó no puede pedir mayor prueba la fe humana. ¡Cuántos gentiles á presencia de espectáculos, que debían naturalmente retraerlos de la conversion se volvian cristianos, sabiendo que se esponian á lo mismo de que se compadecian! Si hubiesen visto en los mártires el furor; que se quiere suponer, no creo hubieran tenido aliciente. Veian si una cosa que no era natural, por eso

inferian que la causa porque sufrían tampoco lo era.

Figúrate un hombre que yendo á padecer los tormentos, y la muerte lleva pintados en su rostro los caracteres horrorosos de la tenacidad, y furor, ó los chocantes de la vanagloria: te parece, que envidiará alguno su estado? Luego no veían estos efectos en los mártires, cuando cada uno, solo con el egeemplo de su sufrimiento, atraía muchos creyentes. Y á la verdad si esto no hubiese sido así ¿como pudieron multiplicarse tan prodigiosamente? ¿puede esto atribuirse á la herencia del nombre y propiedades galileas? ¿no es esto inventar razones frívolas donde no las hay? Los galileos eran como todos los demas judios, unos fuertes, y otros flacos; y aunque todos fuesen fuertes ¿se hereda el galileismo? ¿Las mugeres, niños, viejos, doncellas, hombres de conveniencias al momento, que se convertían heredaban la fortaleza galilea, cuando á pocos dias, y tal vez á

pocas horas despues de su conversión sufrían con santa alegría, y paz de corazón los tormentos, y la muerte? ¿tendrá pues por causa general este efecto la vida austera de los primeros cristianos? No parece sino que los impíos se figuran á todos los mártires como gladiadores, que hechos á pelear con hombres y fieras sufrían con furor, y jactancia los golpes y las heridas.

Las austeridades, que obseavaban los cristianos, y la exácta disciplina de aquellos tiempos, no se dirigía á fortalecer el cuerpo, sino el espíritu; ellas no egercitaban las fuerzas corpóreas, antes mas bien las debilitaban: y aun cuando esto no fuese ¿quien se ha acostumbrado jamas á sufrir mil géneros de tormentos, y muerte con paz, y alegría de corazón? Niños tiernos, delicadas doncellas, viejos débiles, de distintas naciones, climas, complexiones, y educaciones ¿todos estaban acostumbrados á sufrir como si fuesen insensibles? ¿en qué entendimiento ca-

brá semejante absurdo? Semejantes causas naturales no lo son de este efecto. ¡ Qué poco conocen nuestra Religion los que atribuyen la constancia de los mártires al deseo de fama póstuma! Unos hombres, que tenían por máxima el desprecio de los honores en vida, que practicaban generosamente; se habian de mover por honores póstumos? Todos los que los buscaron en vida por acciones brillantes querian dejar memoria de ellas á la posteridad; pero ser condenado á muerte y tormentos por confesarse cristiano es un nuevo modo, y bien raro de buscar fama; pues esto era entonces un delito de la mayor infamia; y si esta se ha hecho gloriosa no debe atribuirse á natural causa. La causa del error de los milenarios ni es general ni suficiente. Esto fué opinion entonces no reprobada pero consta que solo la llevaban algunos, no es suficiente por que un bien natural dudosamente futuro no da naturalmente fuerza para sufrir con sereni-

dad los mayores males presentes.

Ve aqui como es falso que suponemos en estos argumentos lo que intentamos probar. En el uno demostramos la revelacion por los hechos con ella conexôs, y estos los evidenciamos por los testigos. Y en el otro inferimos la causa por el efecto.

Decir que Dios no pudo dejar padecer el martirio si hubieran seguido la buena causa, es meterse á investigar los juicios de Dios con sutilezas ridículas, y no entender la Religion. Dios que petmitió los tormentos y era causa del sufrimiento de ellos, lo hizo para que, apesar de los impios, hubiese testimonios irrefragables de la verdad que ellos niegan.

PREGUNTAS.

M. ¿ Es argumento en favor de la divinidad de nuestra religion el testimonio de los mártires ?

D. Sí: y muy grande.

M. ¿ Por que ?

D. Porque son otros tantos testigos

que con su sangre lo firmaron.

M. ¿ Ellos podrian ser testigo de que dijo su autor que la doctrina que enseñaba era divina, pero puede haber testigos de que así era?

D. Si, porque como lo probó con hechos, que ellos mismos vieron que conocidamente eran obras divinas, se cercioraba su razon por lo que veian sus ojos, y de aquí el íntimo convencimiento.

M. ¿ Y por que se alegan tantos millares de mártires siendo así que los que dieron testimonio cuando mas serian 80 ó 100?

D. Porque como estos predicaron confirmando la doctrina con nuevos milagros la mismo evidencia de estos convenció á otros muchos y asi sucesivamente, los cuales atestiguaron la verdad á que estaban convencidos del mismo modo, aunque tal vez no la habian oido de la misma boca de J. C.

M. ¿ Con que sacamos por consecuencia que los mártires lo fueron de los milagros; mas no de las ver-

dades; esto es murieron por atestiguar los milagros; pero no los artículos de la creencia. Serán pues cuando mas prueba de milagros, mas no de la verdad de la fe.

D. No: ellos murieron por atestiguar la divinidad de la fe, como testigos oculares de unos hechos, que la convencian evidentemente de tal: esto es, murieron por no negarse al testimonio de su conciencia evidentemente convencidos por hechos de que fueron testigos.

M. ¿En eso no cabe engaño, fanatismo, preocupación, furor &c.?

D. Cuando se trata de dichos comprobados por evidentes hechos, nada de esto cabe.

M. ¿No pueden tacharse esos testigos de ilusos ó falsarios?

D. No: porque nadie atestigua con grave detrimento lo que sospecha falso, ni un gran número de tan distintas personas pueden engañarse cuando ven la misma cosa.

M. ¿Con que los mártires son unos testigos que nos aseguran con la

mayor evidencia la verdad de los hechos fundamentales de nuestra creencia inmediatamente conexos con ella.

D. Si: así como para hacernos ciertos de una cosa pasada usamos de los testimonios auténticos de los que la vieron ú oyeron.

M. ¿Las demas religiones no tienen mártires?

D. En sentido propio no.

M. ¿Por que?

D. Por que ninguna religion tiene semejantes hechos fundamentales y así atestiguarán solo que creen en su doctrina como verdadera; pero no probarán que lo es.

M. ¿Hay alguna otra distincion de nuestros mártires á los que se atribuyen otras religiones?

D. Sí: se distinguen en el número, modo y circunstancias.

M. ¿Como se distinguen en el número?

D. Porque ninguna puede contar 18 millones como la nuestra, segun el cálculo de algunos.

M. ¿ Como en el modo ?

D. Porque con ningun creyente de otra religion se han inventado tan aserbos ni tan variados modos de morir.

M. ¿ Como en las circunstancias ?

D. Por la inesplicable alegria y pacífico denuedo ageno de toda protervia que manifestaban personas de tan distintos climas, humoraciones, sexôs, edades y condiciones.

M. ¿ Y de esto qué se infiere ?

D. Otro argumento en favor de la Religion.

M. ¿ Por qué ?

D. Porque solo Dios puede dar á la fragilidad humana tan egemplar fortaleza.

M. ¿ Es indigno de Dios dejar padecer á los que creen en él por esto mismo ?

D. No: porque haciendo fuertes á los flacos confundió á los soberbios haciéndolos inescusables.

M. ¿ No puede haber alguna ó muchas causas naturales que fuesen la causa del martirio ?

D. Ninguna ni todas juntas son suficientes.

M. ¿Y qué inferes?

D. Que hecho tan constante prueba una causa divina.

17

Lecion II. de las diferentes clases de impios, de su doctrina, modo de tratarla e impugnar las mismas, de lo cual aparece un fuerte argumento contra los que se apartan de nuestra Religion por las doctrinas de los libertinos.....

39

Lecion III. la existencia de J. C. que predico doctrinas de cuya comprension no alcanza la humana razon, y que fueron creidas, son hechos evidentes.....

75

Lecion IV. los hechos con que J. C. confirmo su doctrina prueban ciertamente su divina virtud.....

97

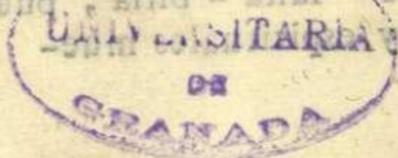
Lecion V. la propagacion del Evangelio es un hecho constante que prueba la divinidad de

(102)
INDICE.

	pág.
<i>Objeto y plan de la obra.....</i>	<i>v.</i>
<i>Leccion I. previa doctrina para el conocimiento de la evidencia de los principios de nuestra Religion.....</i>	17
<i>Leccion II. de las diferentes clases de impíos, de su doctrina, modo de tratarla é impugnar las nuestras, de lo cual aparece un fuerte argumento contra los que se apartan de nuestra Religion por las doctrinas de los libertinos.....</i>	39
<i>Leccion III. la existencia de J. C. que predicó doctrinas á cuya comprehension no alcanza la humana razon; y que fueron creidas, son hechos evidentes.....</i>	75
<i>Leccion IV. los hechos con que J. C. confirmó su doctrina prueban ciertamente su divina virtud.....</i>	97
<i>Leccion V. la propagacion del Evangelio es un hecho constante que prueba la divinidad de</i>	

su doctrina.....	118
<i>Leccion VI. la obra del establecimiento y propagacion del Evangelio ninguna semejanza tiene con la de este género que ha hecho la humana prudencia pues está plantada contra todas las reglas de esta, de consiguiente es divina.....</i>	152
<i>Leccion VII. la propagacion del Evangelio no debe sus rápidos progresos al humano poder; y su extension contra los esfuerzos de este, es argumento que prueba ser obra divina.....</i>	193
<i>Leccion VIII. de los efectos del humano favor con respecto á la Religion cristiana, se saca un argumento que demuestra su divinidad.....</i>	231
<i>Leccion IX. el testimonio de los mártires es argumento muy convincente en favor de la divinidad de nuestra Religion.....</i>	262

A continuacion de testi - en el folio 144
 - ul - bñe - pues si los bienes lu -



ERRATAS.

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
XIV	14	si	se
XV	10	importa.	no importa.
17	9	persuadiese la.	persuadirse de la.
40	6	numerable.	innumerable.
42	25	para ellos.	es para ellos.
54	2	cualquier.	en cualquier.
57	23	conocer.	conceder.
62	26	trogos.	tropos.
73	12	ó á nada.	á nada.
82	25	Emans.	Emaús.
85	13	puedo.	pudo.
91	1	Ponfirio.	Porfirio.
106	25	culquier.	cualquier.
108	12	admira.	admita.
110	17	prueba.	prueban.
112	16	muchos.	mismos.
id.	20	publicarlas.	publicadas.
120	5	dice.	dice un impío.
id.	10	pueblo impío.	pueblo incapaz.
124	3	Soria.	Siria.
125	7	Seológico.	Teológico.
126	12	Las.	Los.
127	21	juicios.	judíos.
129	20	Epañas.	España.
132	5	Mostesquier.	Mostesquieu.
141	24	por.	pues.

Errata notable.

Á continuacion de reci- en el folio 144
 línea 2^a falta - birla ; pues si los bienes fu-
 uros y espirituales me-

<i>Pág.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
147	11	presumida.	presumidas ver- dades.
148	12	poder.	partido.
166	21	Pentatenco.	Pentateuco.
195	22	ueuevo.	nuevo.
214	1	reinos.	reinados.
247	13	aduirtió.	advirtió.
251	5	quedaban.	á
258	6	para que?	por que?
259	23	le	la.
262	21	encídicas.	encíclicas.
264	4	Apóstoles.	apologistas.
277	14	proférico.	profético.
282	26	si.	sí.

COCHOC
R
S. T. F. E.







